

Cristina Cerrada

Hindenburg



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

I

Enciendo un cigarrillo y dejo Yensen atrás...

El dirigible llevaba horas de retraso...

Los movimientos son rápidos...

Cada día camino un kilómetro...

Hace casi tres meses que dura la tregua...

Hace cuatro años oí la explosión...

Abro la ventana del balcón...

II

Leo la tesis que Ber nunca llegó a terminar...

Telefoneo a Yensen...

Mi hermana Petra vive en un barrio...

Hay un cuarto en la fábrica...

La fábrica está situada en las afueras...

Tengo un sueño...
Paul trabaja como voluntario...
Cada mañana me ocupo de mi madre...
Por la noche, antes de irme al trabajo...

III

El dirigible fue el primer artefacto...
Oigo gritos procedentes de la calle...
Caliento el producto al baño maría...
Hay pocas cosas en mi armario...
El saco es una tela de algodón amarillento...
Por la noche encuentro un pájaro...

IV

Tengo diecisiete años...
Soy una niña...
Vendo mis paquetes en los subterráneos...
Doy las medicinas a mi madre...
Me despierto llorando...

V

La nave va a despegar...
Las noticias continúan hablando de alto el fuego...
Sigo cogiendo cada mañana el autobús...
Mi madre me mira con rencor...
Marco el número del hostel de Drashovka...
¿Te acuerdas de Louis, mamá?...
Para ir a casa de Petra tomo un tax...

VI

En mil novecientos treinta y siete...
Suenan mi celular...
Llamo a Zhrinovski y le dejo un mensaje...
Vamos corriendo por la calle...
Abro la nevera...
Cuando llego a Polkrbifskiy...

Hace mucho frío...
El restaurante donde Louis me ha traído...
Llamo al número de Louis...
Marco el número otra vez...

VII

En la tele se ve un puesto de defensa antiaérea...
El servicio de autobús está cortado...
A la mañana siguiente llamo a Panóv...
Louis ha venido a buscarme al instituto...
Preparo los paquetes...
Algo está haciendo una enfermera en mi cara...

VIII

El tratado del final de la guerra...
Tengo un aviso de Louis en mi celular...
Meto unas cuantas cosas en una bolsa...
Petra está sentada en el banquillo...
La iglesia es más que nada un recinto derruido...
Con un abrigo que no es verdaderamente el mío...
Escucho las explosiones al otro lado...
Las diez...

IX

Mientras conduce, Zhrinovski mira el arma...
Un funcionario viene a verme...
El accidente del dirigible...
Dos de la madrugada...
Abro los ojos, me ciega la claridad...
Estoy sentada en un banco de la comisaría...

X

El viento silba a través de las ventanas...
La última sirena dejó de sonar hace rato...
Tiro del pasamontañas...

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

En una ciudad del este de Europa devastada por la guerra y la miseria moral sobrevive Razha, una mujer que trabaja como limpiadora en una fábrica de medicamentos para mantener a su madre y a su hija. Hace tiempo que Razha no siente miedo. Acosada por un hombre violento y temiendo por la desaparición de su hija, no dudará en emplear cualquier método para salir a flote.

La poética de la violencia se mezcla con los recursos clásicos del thriller para crear una novela llena de suspense que retrata el derrumbe moral de Europa. Cristina Cerrada despliega en esta novela un pulso narrativo fuerte e impactante, unos personajes tallados con precisión y unos diálogos magistrales, propios de una autora que domina tanto lo que se cuenta como lo que se oculta tras su escritura.



Seix Barral Biblioteca Breve

Cristina Cerrada
Hindenburg

*Para mi queridísima hija Gabriela.
La vida*

No es nada asombroso que, según las antiguas crónicas, haya aparecido en el cielo todo género de señales y portentos, o que desde siempre el hombre espere del cielo una maravillosa intervención que acuda a auxiliarlo en su incapacidad.

CARL G. JUNG,
Sobre cosas que se ven en el cielo

I

Enciendo un cigarrillo y dejo Yensen atrás. Echo a andar por la pequeña explanada del aparcamiento y me quedo contemplando el puente de la autopista. Un kilómetro más allá podría tomar el autobús, pero prefiero atajar por el subterráneo a caminar por la autopista. Los camiones militares suelen detenerse allí. Si registraran mi bolso no podría explicarles lo que hay en él. Veinte botes de anabolizantes y una docena de cajas de ansiolíticos. Al principio me repugnaba robar, pero en Yensen todos lo hacen. Es fácil. Nadie en su sano juicio rechazaría la oportunidad de negociar en el mercado negro. He vendido aspirinas. Antibióticos. He vendido betabloqueantes. Hasta líquidos para disecar.

Apenas llevo unos instantes caminando cuando del subterráneo que atraviesa la autopista sale un hombre vestido con uniforme militar. No sé de qué ejército es, no lo veo. El subterráneo es una zahúrda inmunda, oscura y maloliente que nadie frecuenta salvo en caso de necesidad, como cuando la alarma no ha sonado y el fuego antiaéreo empieza a oírse en la distancia y no hay tiempo para refugiarse en un lugar mejor.

Detengo el paso y hago amago de cambiar de dirección, pero él me imita al instante. Permanezco parada, frente a él, mirándolo y sabiendo lo que va a suceder a continuación. No intento llevar a cabo ningún movimiento, ninguna maniobra que le haga pensar que pienso oponer resistencia o tratar de huir.

Antes de llegar a mi lado, saca un pasamontañas del bolsillo y se lo cala.

El dirigible llevaba horas de retraso cuando sobrevoló la ciudad. Excepto por los fuertes vientos que dificultaron su avance, el viaje no había sufrido eventualidades hasta que intentó aterrizar. Ya era de noche. Informado de las malas condiciones del tiempo en el aeródromo, el capitán decidió llevar el dirigible a dar un paseo por la isla. Sabía que provocaría expectación. Que la gente se aglomeraría en la calle para avistar al gigante. Que en sus rostros habría una mezcla de entusiasmo y espanto. De horror y admiración.

A las seis y veintidós minutos, cuando la tormenta había pasado, el capitán enfiló el dirigible en dirección al aeródromo. Como ya iba con retraso y esto dejaría menos tiempo del previsto para preparar el retorno, el público fue informado de que no estaría permitido subir a bordo a visitar la embarcación.

A las siete y veinticinco, hora local, el dirigible se incendió.

Todo fue muy rápido. No se sabe dónde empezó el fuego. Algunos testigos vieron llamas amarillas y rojas cerca de un conducto de ventilación. Otros, delante de la aleta horizontal, muy cerca de la esvástica. El fuego se expandió rápidamente. Las llamas se propagaron hacia delante, consumiendo primero las celdas una a nueve, y la parte trasera de la estructura implosionó. Casi instantáneamente, dos tanques estallaron como resultado del impacto. La flotabilidad se había perdido en la popa, así que la proa se inclinó hacia arriba y la parte trasera se rompió.

La nave cayó al suelo solo treinta y dos segundos después.

Los movimientos son rápidos. La acción, muda. Un globo de más de ochocientos pies de largo suspendido en el aire. Aunque la copia del documental es muy vieja, no puedo apartar mis ojos de él. A nadie le interesa un documental sobre otra guerra. A mí sí.

El cine está casi vacío. Dos asientos más allá, casi pegada a la pantalla, se sienta una mujer. Es vieja. Lleva puesta una de esas batas negras como las que llevaba mi abuela. Un pañuelo en la cabeza. No se mueve, hasta que imperceptiblemente su cuerpo empieza a temblar. La observo desde la oscuridad. Hace tiempo que no veo a un anciano llorando. Casi todos los ancianos que conozco han muerto o han dejado de llorar. He visto pocos llorando. Me acerco y le pregunto si necesita algo. Me mira como si no comprendiera lo que le acabo de decir. Se lo repito de nuevo en la otra lengua, la de mis padres. Deja de llorar.

Salgo a la calle cuando acaba la proyección. Miro a un lado y a otro, ni Mogdovoi ni Zhrinovski han llegado aún. La niebla ha caído. Hace solo un mes que el verano terminó, pero parece Navidad. Me froto las manos. Están frías y sudorosas a la vez. Camino despacio hasta el final del edificio y contemplo el reloj de la catedral. Hace una hora que deberían estar aquí, pienso. No me gusta.

Un camión militar se detiene entonces al otro lado de la calle y Mogdovoi y Zhrinovski se apean de él. Por la calle pasan ahora más vehículos, camionetas renqueantes, Ladas de dos puertas, autobuses con el capó levantado y el motor expuesto. Mogdovoi levanta una mano y detiene el tráfico para que Zhrinovski y él puedan cruzar. Nadie discute con los soldados.

Cuando llegan a mi altura, Zhrinovski se adelanta y se detiene junto a mí.

—Llegáis tarde —le digo—. Habíamos quedado a las seis.

—Vinimos hace media hora —dice él.

Le digo:

—Era a las seis.

—Está bien —dice Zhrinovski.

No está enfadado. Zhrinovski nunca lo está.

Mogdovoi saca una tableta de Mars del bolsillo.

—¿Dónde tú estar hace media hora? —dice en mi idioma, masticando a la vez—. Yo muy triste.

Miro a Zhrinovski.

—Acabemos con esto.

—Tú venir cine conmigo la próxima vez.

Mogdovoi golpea a Zhrinovski en el pecho y se ríe. Zhrinovski se ríe también.

Saco de mi bolso el sobre con el dinero y se lo doy.

—Aquí lo tienes. Seis mil.

Zhrinovski toma el sobre y se lo guarda sin abrirlo.

—Cuéntalo —le digo.

—No hace falta —dice él. Me mira con un leve gesto de interés—.

¿Necesitas comida? ¿Cigarrillos?

Contesto:

—Gracias. No.

Se ha levantado la niebla. Vuelvo a ponerme el pañuelo, subo la solapa de mi abrigo y me abrocho el último botón.

—Traeremos más —dice—. ¿Está bien?

—Sí —digo yo—, está muy bien. Avisadme.

Me dispongo a marcharme cuando Mogdovoi me retiene por el brazo.

—¿Quieres que nosotros llevar tú a alguna parte? Es peligroso esta hora caminar por la calle.

No han sonado las alarmas en los últimos tres meses.

Le digo:

—Déjame en paz.

Y me voy.

Cada día camino un kilómetro por la autopista para tomar el autobús. El autobús viene vacío pero no se detiene en el intercambiador. El pequeño grupo que se congrega en la parada murmura algo entre dientes. Yo también lo hago. Hace frío. Me retuerzo las manos para hacerlas entrar en calor, pero me duelen. Es por los productos abrasivos que usamos en Yensen para limpiar. Son baratos. Solo treinta y ocho años y ya me siento igual que una mujer mayor. Es por limpiar. Es porque en cuatro años no he sido capaz de encontrar un trabajo mejor.

Antes de la guerra trabajaba en una planta química de la capital. Ahora limpio. Recorro con una mopa las instalaciones de Yensen, la fábrica de medicamentos de Donsk, el lugar donde crecí, un pueblo en la frontera del este cerca del *Azovske more*. No es una fábrica importante, aquí nada lo es. En tiempos proporcionaba empleo a la ciudad, pero era en tiempos muy remotos. Ahora hace años que no. Las empresas importantes están emplazadas en la capital, al oeste. Cuando regresé a Donsk, justo antes de la guerra, el primer sitio donde busqué trabajo fue en Yensen. Yo me ofrecí como química, pero ellos me propusieron limpiar. Estalló la guerra y acepté.

El autobús tarda una hora en volver a pasar. Estoy muerta de frío. No llevo ropa de abrigo, nadie la lleva. El verano ha sido tan benigno y la tregua que vivimos tan ansiada, que se ha producido una oleada de optimismo general. El otoño no la ha enturbiado. Saco el periódico y me pongo a leer. En Donvast necesitan limpiadoras. En Loganks también. El personal de limpieza escasea.

Las mujeres se han ido del país y los hombres no quieren limpiar. Yensen es una fábrica tan grande que a duras penas podemos limpiarla seis mujeres a la vez. Hay demasiados pasillos, ventanales, equipo. Hay demasiados almacenes y cuartos vacíos. Por eso mismo es fácil robar. Si no tuviera que hundir el cepillo en todos esos inodoros sería un trabajo ideal. Saco más en el mercado negro que limpiando. Eso, más lo que Mogdovoi y Zhrinovski me pagan por traficar para ellos, me da lo suficiente para costearle a Heidi la universidad. Cuando hundo el cepillo en una taza de inodoro no me importa si es un trabajo indigno de una mujer instruida o no. Eso, recorrer las calles, servir mesas. Qué más da. Me importa que mi hija estudie. Que un día se vaya de aquí. Quiero que acabe lo que he empezado.

Hace casi tres meses que dura la tregua. Nadie la anunció. No se comunicó de manera oficial. Simplemente, un día las bombas dejaron de caer. Ahora la casa está limpia. No hay cristales rotos. No hay polvo. Hay agujeros en las paredes, sí. Y cables y tuberías que han quedado a la intemperie por efecto de las ondas expansivas. No hay puertas, el invierno pasado las usamos como calefacción, cuando cortaron el gas. Sin embargo, desde hace dos meses se puede limpiar regularmente. Por primera vez en cuatro años. También hay silencio.

Cuando entro en el comedor me sorprende ver a mi madre sentada en el sofá. El sofá está roto, tiene los muelles salidos, algunos arañan, pero es lo único que hay para sentarse aparte de las camas y una silla o dos. No recuerdo haber llevado allí a mi madre antes de irme a trabajar.

—¿Qué haces levantada, mamá? —le pregunto.

Enciendo el radiador y voy a la habitación de mi hija. Heidi no está.

—¿No ha vuelto Heidi, mamá?

Regreso a la sala y me siento al lado de mi madre. Me descalzo.

Le digo:

—Hace frío aquí. ¿Por qué no has encendido el radiador?

Mi madre no contesta. La miro.

—¿No me has oído?

Ni siquiera pestañea. La examino con rencor. Últimamente no come. No mira la tele. Apenas hace caca o pis.

—Vamos, te llevaré a la cama.

La cojo en brazos y la llevo a su habitación. No pesa nada, parece hecha de papel de estraza. La cubro con la sábana y le echo por encima el edredón y la vieja manta de su madre. El punto tiene tantos agujeros que parece que la hubiera roído un ratón. Tal vez la haya roído un ratón. Ha de haber de todo por ahí. Una ciudad despanzurrada tiene eso: todo lo oculto sale a la superficie. Durante los últimos cuatro años he visto ratas. Babosas arrastrándose por el agujero del desagüe. Hasta culebras en los patios. Una vez me topé con un castor. Todo lo que no se ha destruido por la guerra ha envejecido o se ha alterado. Las calles. Los edificios. Las personas.

Me miro en el espejo y veo a una mujer que no soy yo. No me gusta. Es mi madre cuarenta años atrás. Mi madre con la cabeza rubia. Con la piel tersa. Yo.

Desde la puerta, le digo:

—Duérmete, mamá.

Tiro del picaporte mientras pronuncio una oración.

Hace cuatro años oí la explosión antes de despertar. En la radio escuché que había sido en San Patricio. Fui a ver a Heidi a su habitación. Dormía. Me vestí a toda prisa. Me dije a mí misma que volvería enseguida, que a Heidi no le pasaría nada malo, que solo estaría fuera una hora o dos, el tiempo de ir y volver. Dejé sola a mi hija de trece años.

Bombas. Las farolas se tambalean. Tengo que agarrarme a algún sitio para no marearme. No sé a qué, todo se mueve. Un rato corriendo y otro rato subida a un camión, consigo llegar al hospital. Ecos de explosiones, zumbidos, sonido incesante de la artillería. El conductor eleva su voz sobre el fragor. Tenemos que bajar. Devoro los rostros de los demás. En ellos se refleja lo que nadie quiere decir. Miedo. Nadie habla. Nadie quiere salir. Ojos opacos bajo el estruendo de las bombas. Corremos todos en desbandada hacia las calles más próximas, que están bloqueadas con barricadas, y cada cual se resguarda donde puede, a veces en una tienda, a veces bajo un soportal, a veces tras una simple señal de tráfico que ha caído abatida por una explosión.

San Patricio está en llamas. Ni rastro del ejército. Ni rastro de la policía o la milicia que patrullaba a todas horas la ciudad. Solo estruendos metálicos y crepitar de llamas, como si en la Tierra se estuviese celebrando una barbacoa descomunal. Rodeo el edificio y corro hacia la parte posterior. Junto a las cocinas, donde hace solo dos días salí a fumar un cigarrillo mientras operaban a mamá, hay un pasillo que conduce directamente al montacargas. No lo tomo, la puerta está abierta y sale humo del interior. Subo por las escaleras con miedo de

tropezarme con mi madre muerta. Nunca he visto un muerto.

No me cruzo con nadie. Parece que todo el mundo haya huido, tal vez hayan evacuado el hospital. Huele a humo, a pelo quemado. A queroseno.

Localizo a mi madre en su habitación. Está tirada en el suelo, debajo de la cama.

—¡Dios mío, mamá!

De algún sitio sale un perro que se pone a olisquearle los pies. Le doy una patada y lo alejo de allí. Me arrodillo junto a mi madre. La saco de debajo de la cama y le tomo el pulso. No sé qué hacer, no sé cómo se detecta el pulso. El corazón me golpea tan fuerte en el pecho que ni siquiera me oigo respirar. De pronto mi madre tose. Una arcada me sacude el esternón y se abre paso hacia mi garganta. El vómito le salpica a mi madre en la cara. La limpio. Miro a mi alrededor. Sus cosas, su ropa y todo lo demás, están tiradas por el suelo. Las dejo allí y me cargo en los brazos el cuerpo desmadejado de mamá. Ya no temo tropezarme con un muerto. Quiero salir de aquí.

Avanzo a ciegas hacia el exterior.

La calle está desierta, medio levantada. Una furgoneta atravesada, volcada y con los asientos reventados. Rostros polvorientos, con la mirada extraviada. Camiones del ejército en dirección al centro de la ciudad.

En una de las barricadas me detengo a tomar aliento. Hay un niño. Está doblado por la cintura y con la cara contra el suelo. No se mueve. No me atrevo a mirarlo, siento pavor. Aun así, lo hago. No tiene más de doce años. Si tuviera solo cinco o seis años más sería un hombre. Si fuera un hombre no me costaría verlo allí. Me cargo de nuevo el cuerpo de mamá. Como puedo, echo a correr.

Cuando llego a casa apenas puedo respirar. Dejo a mi madre en el sofá y corro en busca de mi hija. Heidi está en su habitación. Durmiendo como cuando la dejé. Me derrumbo en el suelo. No puedo respirar. Abro mucho la boca y las aletas de la nariz.

Cuando me recupero, recojo a mamá del sofá y la llevo a su habitación. La acuesto. La limpio. Me quedo con ella hasta que me parece que le ha vuelto el color. Hasta que la oigo respirar.

Abro la ventana del balcón. Escucho hacia el oeste la primera llamada de un *salat*, al otro lado del palacio Olímpico. Empieza a amanecer. Sonidos dispersos. Olor a aceite quemado. Vuelvo a entrar.

Suena el timbre de la puerta. Apenas ha amanecido, no sé quién podrá ser. Pienso que tal vez sea la vecina, la señora Chejof. Pierde la cabeza, a veces no sabe quién es o dónde está. No recuerda que estamos en guerra y que su hijo murió. No recuerda dónde ha dejado sus ropas y se presenta en mi casa en albornoz. Al principio, cuando Heidi y yo vinimos a vivir con mamá, ambas pasaban mucho tiempo hablando. Ahora mamá no habla con nadie, y yo no tengo tiempo para perderlo con la señora Chejof, así que suelo mandarla a su casa con cualquier excusa.

Cuando abro la puerta, allí está.

—¿Qué ocurre, señora Chejof?

—Es *Petofi* —dice—. No sé dónde está. ¿Está aquí?

Abro la puerta un poco más. La señora Chejof parece no haberse acostado aún.

—No está aquí, señora Chejof —le digo—. Usted ya sabe dónde está.

—Ay, Dios mío. Se ha escapado. Ese gato no conoce la ciudad. ¿Qué va a ser de él?

—No se ha escapado, señora Chejof. Está en su casa.

—¿En mi casa? Pero si vengo de allí y no estaba.

—Está en su casa. Sobre el aparador. Murió y lo disecamos.

—¿Lo disecamos?

—Usted me lo dejó y yo lo disequé. Traje unos productos de la fábrica. Váyase a dormir.

Durante un instante, parece que se vaya a desplomar.

—Hola, hija. ¿Está tu madre?

Suspiro.

—Mi madre está durmiendo.

—¿A estas horas?

—Es hora de dormir, señora Chejof. ¿No se ha dado cuenta de la hora que es?

—¿Es muy tarde? —Hace como que consulta un reloj, que no lleva puesto —. Solo quería hablar un momento con tu madre, pero puedo volver más tarde.

—Sí, será lo mejor. Vaya usted también a dormir.

—¿Dormir? Ay, no. Yo no duermo durante el día, no tengo costumbre.

—No es de día aún.

—¿Que no? Bueno, pues entonces dormiré.

Da media vuelta y desciende lentamente la escalera hacia su apartamento en el piso inferior. Va murmurando algo que no llega a comprender.

Cierro la puerta sin echar la llave, para que cuando vuelva, Heidi pueda entrar. Estoy cansada, quiero acostarme. Antes de acostarme me gustaría darme un baño, pero no hay agua suficiente para bañarse.

Voy a mi cuarto y me desnudo. Estoy poniéndome el pijama cuando oigo ruido en la puerta de entrada otra vez. Pienso en la señora Chejof con fastidio. Pero también podría ser Heidi, me digo. Tal vez haya olvidado su llave y no puede entrar. Atravieso la casa sin encender la luz, con la bata a medio cerrar. Abro la puerta. Solo he abierto medio palmo cuando la puerta me golpea en la cara y salgo despedida hacia atrás.

Hay un hombre parado en el umbral. Lleva la cara cubierta con un pasamontañas. Con un ruido sordo, la puerta se cierra tras él.

Se abalanza sobre mí y me abofetea. Emito algo parecido a un gemido. Trato de revolverme; muevo las piernas y pataleo en el aire mientras me arrastro hacia atrás. Busco algo con que defenderme, no hay nada. Con un pie, alcanzo al hombre en el pecho, él me agarra por los tobillos y me atrae hacia sí. Me levanta por el cuello y me lanza contra la pared. Estoy mareada. Después se arrodilla y

se desabrocha el cinturón. Le digo: «¡No!». Me arranca el pijama y me baja las bragas. Me tapa la boca y con la mano libre desembaraza su miembro y lo introduce violentamente dentro de mí.

Acaba enseguida. En un momento, toda la tensión de mi cuerpo ha desaparecido. Tendido en el suelo, parece una goma dada de sí.

II

Leo la tesis que Ber nunca llegó a terminar. Como todos los demás, sufrió la depuración del funcionariado tras el golpe: primero fue desposeído de su plaza, después se le prohibió utilizar la biblioteca de la universidad. Aunque no era el padre de Heidi, siempre se portó con ella como si lo fuera. Él le enseñó a leer. A dibujar. La cuidó cuando estaba enferma. Fue el único padre que Heidi conoció. También fue el único marido de verdad que yo tuve.

Leo sobre la Europa de entreguerras. Leo sobre la aeronáutica del *Hindenburg*. Leo sobre las razones por las que los dirigibles construidos en la Alemania nazi dejaron de surcar los cielos superados por la aviación. Me fascina. Un dirigible es un aerostato autopropulsado con capacidad de maniobra. Puede ser manejado igual que un globo, no es como un avión. Difiere de un avión en que la sustentación aerodinámica no se logra mediante el movimiento ni las alas. En él, la sustentación aerostática se logra mediante el gas. El dirigible permanece en el aire como si perteneciera a él. Es un producto de la creación humana que no debería estar allí, pero está.

No puedo dejar de leer. Leyendo dejo de pensar. No deseo pensar. Es imposible pensar sin imaginar el futuro, y yo no quiero imaginar el futuro. El futuro es una promesa, siempre se lo espera. Y el que espera está muy cerca de Dios.

Yo pretendo mantenerme lo más alejada que pueda de Dios.

Telefoneo a Yensen. Hablo con Patel, la encargada. Le digo que hoy no podré ir a trabajar, que estoy enferma. Que quizás tampoco vaya mañana.

—Tendrás que traer la baja médica —dice ella.

Me odia. Ni ella ni las otras chicas me han aceptado aún. No soy como ellas. Me miran con suspicacia cada vez que pronuncian algo mal. Me observan con rencor cuando citan una fuente de dudosa procedencia. «Según el alto mando», dicen. Me pregunto si saben lo que es el alto mando. Creen que una mujer instruida como yo no debería estar allí. Creen que les quito el trabajo, que soy una advenediza. Cuando estoy con ellas yo también pronuncio mal. Digo, «lo hubiera pedido si tanto lo quería». Digo «pósits» en lugar de *post its*. Digo tacos. Digo, «nos ha jodido». Digo, «me cago en Dios». Entonces me miran aún peor. Me desprecian. Piensan que me río de ellas, o que desprecio mi educación. Algunas trabajaron muy duro antes de la guerra para dar a sus hijos estudios universitarios. Sospechan que me considero superior. Y aciertan. Me considero superior. Me avergüenza, pero es así. Les digo que mi esposo era uno de los suyos, que ha muerto y que ahora debo sacar adelante yo sola a mi madre enferma y a mi hija.

—¿Qué quieres decir con que era uno de los nuestros? ¿Es que tú no lo eres?
—me pregunta Patel.

—No digas estupideces. Quiero decir que yo soy católica.

Y es la verdad.

—Sin la baja médica estás despedida.

—Solo es una jaqueca —le digo a Patel.

—Si solo es una jaqueca, ven a trabajar —dice ella.

Lo pienso y le digo:

—Ayer me asaltaron. Me tiraron del bolso y me caí.

—Trae la denuncia de la policía entonces.

—No lo denuncié.

—¿No lo denunciaste? ¿Y por qué no?

—Porque no fue nada.

—Si te robaron el bolso, estarás sin documentación. Tendrás que denunciarlo. No puedes estar sin documentación.

—Me robaron el bolso, pero no la documentación.

—Entonces trae la baja médica. Si no traes la baja, tendré que dar parte de ello en Personal.

—Está bien, la llevaré. Llevaré la baja médica.

Intento dormir. Pero cada vez que cierro los ojos, veo al hombre. Lo veo parado en el umbral. Veo su cara encapuchada. Veo los agujeros de su nariz a través del pasamontañas. La gabardina enrollada entre los muslos.

Voy a la cocina y me sirvo en una taza lo que queda de una botella de licor. No sé qué es, tal vez sea ron. Era de Ber. Entro en la habitación de mi madre. Duerme. De la almohada emerge su enmarañado pelo gris. Abro un cajón, saco la lata de fotografías de mi madre y me la llevo conmigo al comedor. Bebo, el ron baja por mi esófago calentándolo y enfriándolo a la vez. En la lata hay fotografías de mi madre siendo niña. De adolescente. Con zapatos de tacón. También de mi hermana y de mí. En los brazos de mamá. A los nueve años haciendo juntas la primera comunión. De Petra bajando de un avión. El avión que la trajo aquí.

También hay fotos de mi padre. Mirando la cámara con su gesto arrogante de monstruo joven y enigmático. De joven dios.

Mi hermana Petra vive en un barrio en las afueras de la ciudad. No es mi hermana de verdad. Hace muchos años, cuando yo era pequeña, mis padres trajeron a casa una niña de la gran madre patria.

Dijeron:

—A partir de ahora, esta es tu hermana.

No era mi hermana. Era una niña mayor que yo. No conocía nuestro idioma. Hablábamos en el suyo, que en la escuela nos hacían aprender. Por las noches, cuando nos íbamos a la cama, la niña lloraba. No me gustaba oír la llorar, su llanto sonaba como un rezo. Con el tiempo acabé por acostumbrarme a ese rezo. Me adormecía como si fuera un mantra, como una nana. Nunca supe de dónde procedía, en casa no se habló nunca de ello. Tampoco se hablaba de si se iba a quedar o no. Yo esperaba que no se quedase. Pero se quedó.

A veces, mis padres discutían por una carta o unos papeles del gobierno y la niña desaparecía unos días. Un mes. Dos. Y todo volvía a ser como antes. Mi madre, mi padre y yo. Pero siempre regresaba.

No me gusta la casa de Petra. Las paredes del piso están agujereadas, el techo quemado y los muebles desvencijados o rotos. Su edificio está en uno de los barrios más bombardeados de la ciudad, solo ellos y algunos vecinos más, ancianos solos que no tienen adónde ir, continúan viviendo aquí. Cuando le pregunto por qué no se marchan mira a su suegra.

—Adónde vamos a ir con ella.

La suegra de Petra está sentada en una silla frente al televisor apagado, entre

los escombros de la cocina. Es ciega y sorda, tan vieja como todo lo demás.

—No sabes lo que es cargar con algo así.

Me vuelvo hacia mi hermana.

—¿Que no lo sé? ¿Te has olvidado de mamá?

Me mira con cara de incomprensión. A veces tengo la impresión de que aún no entiende nuestro idioma.

Le digo:

—¿Dónde está Paul?

Petra abre el grifo y llena un cubo.

—Paul ya no puede más —dice sin mirarme—. Es solo un niño.

—No digas estupideces, no es un niño. Ya es un hombre. ¿Dónde está?
Necesito hablar con él.

—Tú no lo entiendes —me reprocha Petra. Después me mira con dureza—.
No has tenido hijos varones.

—No. Pero eso es igual. Proteges demasiado a tu hijo. Ya no tiene edad para que lo protejas así.

—¿Qué quieres? —me pregunta—. ¿Por qué no te vas?

—Hace tres noches me violaron —digo sin más.

Petra suelta el cubo de agua en el lavadero y se hace la señal de la cruz.

—¿Quiénes?

—Quién.

—¿Un soldado?

—No lo sé. Llevaba la cara cubierta con un pasamontañas.

—*Bozhe moy!* ¡Un soldado!

Odio que hable en su idioma.

—¿Por qué no hablas como papá y mamá te enseñaron?

—Este es mi idioma.

Si supiera cuánto lo odio no lo hablaría delante de mí.

—¿Has ido al hospital? —me pregunta.

—No.

—Pero... —Me mira con irritación—. Tiene que verte un especialista.

—Quiero que lo haga Paul.

—Paul no.

—¿Por qué no? Es médico.

—Es mi hijo.

—Y mi sobrino.

—No. No lo es.

—No te lo pido a ti. He venido a verle a él.

Petra me da la espalda.

—Vete de aquí.

La suegra de mi hermana permanece inmóvil frente al aparato apagado de televisión.

Le digo a Petra:

—No tengo miedo de estar embarazada. Pero quiero estar segura de no haber contraído ninguna enfermedad.

—He dicho que te vayas.

Cuando salgo, en la calle está sonando la alarma. Hace más de tres meses que no la hemos oído sonar; no sé si me asusta o me extraña. A lo lejos, al otro lado del aeropuerto, brillan los focos del fuego antiaéreo. Dos soldados me detienen y me llevan al refugio más cercano.

Las bombas finalmente no caen y unos minutos más tarde me dejan salir.

Hay un cuarto en la fábrica donde a menudo voy a descansar. Está detrás del almacén. Encima están los laboratorios y los despachos, y al otro lado del pasillo, el almacén. Nadie va allí. No hay nada, salvo ladrillos viejos, sacos de arpillera y herramientas de albañil. Tal vez lo anejaron durante alguna de las reconstrucciones y se les olvidó que estaba allí. Las paredes están sin enfoscar. Los ratones van y vienen. Pero a mí me da igual. No me dan miedo los ratones. No me dan miedo los insectos. Ya no. A los ratones los agarro por la cola y los tiro por el retrete. A las ratas las atrapo con veneno. Hubo un tiempo, hace ya mucho, en que hasta una mariquita me daba miedo. Y las polillas. Y las cucarachas. Ya no. A veces intento recordar cómo era cuando un bicho pequeño me asustaba. Cuando retrocedía ante él. Heidi y Ber se reían de mí y yo me sentía protegida por ellos, por su valor. Lo recuerdo. Pero depender de los demás dejó de ser tan sencillo. Eso, y la rabia, hicieron lo demás.

Escondo cigarrillos en un hueco de la pared. También fósforos. Enciendo uno y aspiro con fruición. Cuando el humo llega a mis pulmones aspiro más. Empecé a fumar tras la guerra. Me gusta. Cada inhalación es una apuesta. ¿Moriré de cáncer o moriré en una explosión? Me horroriza pero no lo puedo evitar. Es como descifrar un jeroglífico. O desafiar a Dios.

Oigo unos pasos afuera. Se detienen junto a la puerta. Escondo el cigarrillo y espero. La puerta se abre y entra Gleb. Gleb es el ayudante del jefe de mantenimiento de la fábrica. A veces nos encontramos aquí. Si tiene cigarrillos, deja unos pocos en el hueco de la pared y luego hacemos el amor. Es bastante

mayor que yo, pero no es bruto y físicamente es agradable.

Hoy termina antes de lo habitual, ha notado que me dolía y que no estaba disfrutando.

—¿Qué te pasa?

—No es nada —le digo—. Tal vez sean hongos.

—¿Hongos? —repite con un gesto de alarma.

—No te preocupes —le digo—. Estos hongos no son malos. Son normales en la mujer.

—¿No harás esto con otros?

—Yo no —le digo. Él tiene mujer y dos hijos. Uno de ellos, el mayor, está con el ejército en el oeste. Creo que nadie lo sabe más que yo.

—No seas así —me contesta.

Se enciende un cigarrillo y me ofrece uno a mí.

—No quiero —le digo. Prefiero fumármelo sola, cuando él se haya ido. Me sabe mejor.

—Mañana llega un nuevo suministro de alcohol. Veré lo que puedo hacer.

—Inténtalo con todas tus fuerzas —le prevengo—. No voy a ser tan paciente como la última vez.

Me mira apretando el labio superior.

—No me hables así. A mí nadie me habla así.

—Yo sí —le contesto. No he acabado de decirlo cuando me da un bofetón. Apenas lo he sentido—. ¿Eso es todo?

Me subo la falda y me bajo las bragas. Él intenta recomponerse. Hace una mueca y exhala un poco de aire por la nariz. Se arrodilla en el suelo y me lame con tenacidad.

La fábrica está situada en las afueras de la ciudad, cerca del aeropuerto. Desde que empezó el conflicto, la han bombardeado varias veces. Una de ellas tuvieron que cerrar. Ya no quedan muchos edificios de los que la integraban. El almacén es ahora una carpa del ejército con una alambrada exterior. Había oficinas, gimnasio y un invernadero en el jardín. Todo eso desapareció. La planta de empaquetado se mantiene en pie, aunque ha perdido la pasarela que la unía con el edificio principal, donde está situada la planta química, que aún sigue en pie. Debemos salir al exterior para cambiar de edificio, carritos de limpieza incluidos, lo que se hace especialmente duro en invierno cuando las temperaturas caen bajo cero.

Patel es nuestra supervisora. Es baja y robusta, como un gladiador. No le gusta que se hable. No le gusta que se llegue tarde. No le gusta que se pare para fumar o tomar un tentempié. Comenzamos a las ocho y acabamos a las dos. No hay parada para cenar. Si alguna limpiadora nos cruzamos con otra en un pasillo, sonreímos y comentamos a media voz. Somos seis. Las otras también han nacido aquí, pero solo yo he vivido en la capital. De modo que eso, y mi educación superior, hacen que les resulte sospechosa. Casi una amenaza. Pero nunca me lo han dicho a la cara ni han hecho alusión a ello delante de mí.

Patel sospecha que sobrevivo haciendo otra clase de cosas, aunque nunca me ha visto ni puede probar nada. No le caigo bien. Es suspicaz conmigo, como lo sería una funcionaria de prisiones. En el fondo, creo, siente celos de mí. Últimamente ha empezado a sospechar que me traigo algo entre manos con Gleb

y no le gusta. Quiere a Gleb para sí. Crecieron en el mismo vecindario y fueron juntos al mismo instituto. Lo considera de su propiedad. Nunca le diría nada a Gleb, pero a mí sí. A mí no pierdo ocasión de fastidiarme.

—¿Dónde está la baja? —me pregunta.

—La olvidé.

Me mira con aversión.

—Esta tarde ha reventado una cañería en el sótano. Vete con Inna para allá.

—Ya trabajé en el sótano anteayer. Que vaya otra.

—Vas tú.

La miro con rencor. Ella me sostiene la mirada, desafiante.

—Está bien —le digo—. Pero me iré un poco antes, si no tienes inconveniente. Aún no me encuentro bien.

—Sí que lo tengo. No te puedes ir.

—¿Por qué no? No hay tanto trabajo aquí.

—No hay más que hablar. Y no te quiero ver parada.

Reviso el carrito de la limpieza: faltan bolsas de basura y papel. Repongo las bolsas de basura con algunas que le han sobrado a Emina, y voy a por papel higiénico al almacén. Abro con una de las dos llaves maestras que nos dan. Una de ellas la tiene siempre Patel. La segunda rota entre las otras limpiadoras y yo. Esta semana me toca a mí. De vez en cuando hago visitas a la planta de empaquetado, tomo lo que puedo sin levantar sospechas y lo cambio en el mercado negro al día siguiente. Gracias a eso, Heidi tiene ropa para ir a la universidad. Y mi madre, medicinas.

Me agacho a por un paquete de rollos de papel higiénico y siento un fuerte dolor en el abdomen. Lo tengo desde la visita. Debería ir al médico, pienso. Me siento sobre el papel higiénico y contengo la respiración. Me quedo un rato así.

Cuando regreso, Patel me está esperando.

—Pensaba dejarte salir antes, pero por haber tardado tanto te quedarás.

Podría decirle que hace dos días me violaron. Podría decirle que soy una víctima de guerra.

Para qué.

Tengo un sueño. En él me voy elevando hasta llegar a lo alto de una plataforma. Esta plataforma sirve para anclar un extraño portento volador. Es inmenso. Tan grande que, desde fuera, apenas lo puedo abarcar con la mirada. Me meto dentro y camino por pasillos largos y estrechos. Atravieso salas vacías con ventanas al exterior. Abajo, insignificantes, veo personas caminando, entrando y saliendo de sus coches, mirando hacia arriba mientras hacen pantalla con las manos. Pronto, llego a la sala de mandos y manejo los instrumentos de navegación, hasta que, suavemente, tras una expulsión de gases, la nave se separa de la plataforma y se eleva grácilmente. Tras un giro de ciento treinta y cinco grados sobre su propio eje, se pierde en el cielo. Conmigo dentro.

Paul trabaja como voluntario en el hospital de la Cruz Roja. Cuando llego, doy su nombre a la recepcionista y me hace esperarlo en una sala con varias ventanas abiertas a un patio. El patio está rodeado por una tapia cubierta de hiedra. Hay árboles en él. Se oye a los pájaros. Se oyen sus trinos y sus aleteos. Parece haber cientos. Planean y se lanzan contra las fachadas de piedra colindantes y el eco de sus gorjeos se multiplica como si saliera a través de un altavoz.

Paul aparece enseguida. Tiene una cara blanca y delgada que contrasta con su estatura y con sus músculos. También con el tatuaje que le asoma por el cuello, encima del jersey. Lleva una bata verde y un gorro. Está muy guapo.

—Hola, tía.

—No me llames así —protesto yo.

Paul sonríe.

—Mi madre me dijo que ibas a venir.

Se agacha a besarme. Huele a desinfectante y a alcohol.

—¿Te contó también por qué?

Aparta la vista de mí.

—Eres médico —le digo—. No me digas que te vas a impresionar por algo como eso.

Después de un momento, vuelve a mirarme.

—Normalmente no. —Deja de sonreír—. Pero si se trata de mi familia, soy también humano.

Tal vez espera que muestre vergüenza, rabia o algo así. Hago una mueca. Intento sonrojarme. Al fin y al cabo, Paul es un hombre también.

—Tengo miedo de haber contraído alguna enfermedad. ¿Me reconocerás?
Paul vacila.

—Tal vez preferirías que lo hiciera un compañero mío. O compañera.

—No seas ridículo —le digo—. No me importa que lo hagas tú. Lo prefiero. Me sentiría menos avergonzada.

Mira el reloj que preside la sala y se rasca la nuca. Luego me mira a mí.

—Está bien. —Vuelve a sonreír—. Vamos.

Atravesamos un pasillo bien iluminado por la luz del exterior. Es otoño. La luz es sesgada, ilumina desde un lado del cielo. Nos cruzamos con un enfermero y dos milicianos. No parece que nadie esté pensando allí en matar. Paul se detiene junto a una puerta y la sujeta para que entre yo.

—Vete desnudando ahí detrás —dice, señalando un biombo tras el que hay una ventana por la que se ven un aparcamiento y una garita—. Cuando hayas acabado, ponte esa bata y siéntate en el sillón.

Obedezco. Mientras me desnudo, un hombre sale del aparcamiento y se dirige a la entrada del hospital. Antes de llegar, se detiene y mira hacia aquí. Puede verme con claridad, la ventana es grande y hay demasiada luz en la habitación. Continúo quitándome la ropa hasta quedar completamente desnuda. Entonces me siento en el sillón.

—Ya estoy.

Paul empuja el biombo. Cuando me ve sin ropa retrocede.

—La bata —dice desde detrás.

—No me la has dado.

—Está ahí mismo, junto al sillón.

Me levanto y me la pongo. El hombre del aparcamiento aún sigue allí. Me vuelvo a sentar.

—Ya.

Entra Paul.

—Lo siento —dice mientras se pone los guantes—. Creí que la habías visto.

—No tiene importancia —digo yo.

Se sienta en un taburete con ruedas delante de mí.

Le pregunto:

—¿Por qué no te has ido, Paul?

—¿Qué?

—¿Por qué sigues aquí? Ya eres un hombre. ¿No te has dado cuenta?

Baja los ojos. Luego los dirige hacia el mostrador que hay detrás de él. Coge un instrumento complicado, como un abrebotellas, y lo empuña.

—Hago falta aquí, no me puedo marchar.

—Qué idiotez. Claro que puedes. Nadie depende de ti.

—¿Eso crees? —dice, mirándome a los ojos—. ¿Y tú? ¿Por qué no te has marchado tú?

No contesto.

—Coloca las piernas aquí y ábre las.

Paul está entre mis muslos. Veo cómo le tiembla el mentón. Sonrío.

—¿Te vas a ruborizar? —le pregunto.

Introduce el espéculo en mi vagina y lo deja allí. Oigo su respiración. Siento algo duro y frío que se mueve en mi interior. Doy un respingo.

—Joder. —Me incorporo.

—Perdona —dice Paul. Se quita los guantes y los arroja a una papelera—. Vas a tener que contarme cómo fue.

Le miro fijamente. Se lo cuento.

—¿Eyaculó? —me pregunta.

—No lo sé.

Me observa con una pizca de incredulidad. Abre la bata y me palpa los pechos. La vuelve a cerrar.

—Vístete.

Obedezco. Cuando salgo, está tecleando algo en el ordenador. Me siento al otro lado de su mesa.

—¿Qué edad tienes, tí... Razha?

Sonrío.

—Lo sabes perfectamente. Treinta y ocho.

Sigue tecleando, la mirada fija en la pantalla. Yo lo miro a él. No hay nada en sus facciones de Petra ni de su marido. Dice, sin apartar la vista ni dejar de teclear:

—Todo está bien. No tienes de qué preocuparte. Ahora te sacaré sangre y mandaré una muestra de tu cérvix al laboratorio. En cuanto a posibles

enfermedades venéreas, habrá que esperar.

—¿Cuánto tardará?

Me mira. Está tan blanco como la pared.

—Lo mandaré ahora mismo. Esta noche te lo diré.

Le doy las gracias. Me levanto.

—No le digas a mi madre que yo te examiné.

Siento la ira mordiéndome por dentro.

—Si eso es lo que quieres, Paul.

Cada mañana me ocupo de mi madre. Es mi ritual. La cojo en brazos, la llevo al cuarto de baño. La siento en el retrete. Le quito la bata y la lavo, pasándole una toalla humedecida por las axilas y los brazos, por el torso enjuto y descolgado, entre los muslos y las nalgas, entre los dedos de los pies. Tiene la piel seca y apergaminada. Le aplico aceite de almendras por el cuerpo y por la cara. Le cambio la bata por una limpia y abro la ducha. El vapor le humedece el cabello y así lo puedo cepillar. Tiene el pelo fino y gris, como una muñeca. Tan largo como cuando era joven. Junto a ella, frente al espejo, me veo a mí misma dentro de mucho tiempo. O quizá no tanto.

—Ahora tienes que comer, mamá.

Me cuesta sentarla a la mesa. Enciendo la tele, pero hoy no hay emisión. Me pongo a hablar. Aunque parezca no escuchar, yo le hablo de todos modos. Le hablo del tiempo. Le hablo de la carestía de los alimentos. Le hablo de Heidi y de la universidad.

—Se ha hecho mayor, mamá.

Le hablo de mi trabajo en la fábrica. De que Patel es una mujer estricta, pero buena. De que me aprecia. Le cuento toda clase de mentiras. Las mejoras en las calles. La retirada de escombros. El final del mercado negro, que es cada vez más insignificante y residual.

—Pronto no podrán aprovecharse de nadie más.

Le digo que la guerra está a punto de acabar.

Finalmente le hablo de Petra. Le digo que la odio. Le digo que ojalá hubiera

muerto en su país, antes de que nos la enviaran aquí. Mi madre ni siquiera pestañea.

—Cómete la sopa —le ordeno.

Le cuesta. Voy a buscarle una pajita a la cocina y se la hago sorber.

Por la noche, antes de irme al trabajo, recibo la llamada de Paul.

—Todo está bien —dice. Le oigo respirar—. Admito que estaba preocupado.

Sonrío.

—¿Por qué?

Él aguarda un instante antes de contestar.

—Eres muy fuerte, Razha. Eres más fuerte que yo. Que todos nosotros. Te admiro.

—No digas bobadas. Será la edad.

Paul no sabe qué decir.

—Mira, la anciana.

Me río. Es una risa que no puedo controlar. Ríe hasta que mi risa resuena por toda la casa. Paul se contagia y se ríe también. Me dice, buenas noches. Yo le doy las buenas noches también. Y cuelgo.

Voy al cuarto de baño y cierro por dentro.

Me masturbo pensando en Paul.

Gleb se ha quedado hasta tarde a trabajar. Lo sé porque he visto su coche al llegar, es el único coche en el aparcamiento. Y porque Patel me espía. Espía cada movimiento que hago por la fábrica para ver adónde voy. Para ver si estoy con él. La encuentro en el almacén cuando voy a por más bolsas. La encuentro en la planta de envasado cuando voy a limpiar. La encuentro en el pasillo fumando un cigarrillo y, más tarde, en el ascensor.

Me dice, mirándome con desafío:

—Hoy puedes irte antes. Si quieres, puedes irte ya.

Le digo:

—¿De verdad? Gracias.

Suelto todo en mi taquilla y rodeo la fábrica hasta el escondite del chiscón. Gleb está allí. Le arranco la ropa casi con desesperación. Me arrodillo frente a él y le desabrocho el pantalón. Se corre en mi boca.

Le digo que le amo.

Por supuesto, no le amo.

III

El dirigible fue el primer artefacto capaz de llevar a cabo un vuelo controlado de larga duración. Aunque actualmente solo se los emplea en aplicaciones secundarias, como la publicidad, durante muchos años fueron los dueños del cielo. A una altura de crucero por debajo de los mil pies, el *Hindenburg* asombraba y deleitaba a todo el que era testigo de su paso. Para aquellos que eran lo bastante ricos como para cruzar el Atlántico en su interior, su cocina resultaba elegante, y la vista no podía compararse con la de ningún otro lugar.

Hasta que un tormentoso anochecer...

Oigo gritos procedentes de la calle. Me levanto de la cama y me asomo al ventanal. Es de día. Veo abajo a la milicia cargar contra unos cubos de basura y unos perros. Me da un vuelco el corazón y corro al dormitorio de Heidi, que no está allí. Sin embargo, su armario está abierto, sus botas y su blusa tiradas por el suelo y su pijama encima del edredón. Lo recojo. Meto en su caja las botas y pongo el pijama debajo de la almohada. Recojo la blusa. Era mía, yo se la di, a ella le sienta mucho mejor. Tiene un cuerpo extraordinario, si se cansara de estudiar o no viera demasiadas perspectivas en su profesión, podría trabajar como modelo. Pero a Heidi le gusta estudiar, es muy lista. Siempre tuvo una gracia especial. No hablo de la belleza insulsa de las adolescentes de su edad, sino de la impronta del vigor. De la chispa del entusiasmo y la inteligencia.

Yo me encargaré de que no le falte nada. A pesar de la guerra. De lo que sea.

Me visto. Después de dar su desayuno a mi madre, me pongo el abrigo, salgo y cruzo la calle para tomar el autobús. Es temprano. El cielo está bañado de color azul pastel, rosa, blanco, anaranjado, y algo de matiz acerado difícil de describir. Todo está tranquilo a esta hora. De vez en cuando un sonido, un frenazo, el motor de un vehículo, recuerda un disparo y alguien salta en una acera o se arrima a una pared. El autobús viene vacío, durante el trayecto se suben una o dos personas nada más.

Me apeo en la parada del puente Brösch. El hospital de San Patricio está prácticamente derruido desde los bombardeos, pero aún conserva cierta actividad. Se compra y se vende. Se practica el trueque. Siempre hay soldados

entrando y saliendo por las puertas, vehículos militares aparcados detrás del almacén. Todo el mundo trafica allí, los soldados también.

Mogdovoi y Zhrinovski son soldados extranjeros del ejército de colaboración. Mogdovoi es pelirrojo y grande, parece un campesino. A pesar del frío, lleva siempre la camiseta verde del ejército arremangada. Su uniforme, a diferencia del de Zhrinovski, casi siempre está sucio. A veces me pregunta si se lo quiero lavar. Le miro con desprecio. Él se ríe.

—Tú ser una poco romántica mujer —dice en mi idioma.

—No tengo tiempo para tonterías —le digo—. ¿Lo has traído o no?

—Ay, cuánta poca pasión en tu forma de mí hablar.

Saca un paquete del bolsillo trasero de su pantalón. Me lo muestra. Cuando voy a cogerlo lo lleva de nuevo hacia sí. Apoya el paquete contra su pecho mientras enciende un cigarrillo. Me lo da.

Digo:

—No.

Expulsa el aire por la nariz. Con arrogancia, lentamente, sonrío con su cara de patán.

—Tú ser muy mala conmigo. Yo no ser tan desagradable como tú puede parece, mujer.

Le echo un vistazo. Tiene el cuello tan ancho como la cabeza. Su pecho, por debajo de la camiseta, está tan hinchado como el de un ave de corral. Probablemente consume esteroides. Me pregunto si su ejército se los proporciona también.

Le digo:

—¿Tan desesperada crees que estoy?

Suelta una risotada.

—Mí gusta tu sentido del humor.

—No me estoy riendo —le digo—. ¿Lo has pesado ya?

Él sonrío.

—Medio kilo. ¿Fías de mí?

No contesto. Miro el paquete mientras aguardo.

—¿Me lo das o no?

Mogdovoi me lo tiende sin dejar de sonreír. Cuando voy a cogerlo, me agarra la mano y cierra el puño alrededor. Quiere que sepa lo fuerte que es. Lo

sé. Pero no hago un solo movimiento.

Aparece Zhrinovski. Lleva unos cascos conectados a un iPod. No puede tener más de veinte años y, sin embargo, parece el padre de Mogdovoi.

Mogdovoi deja de sonreír y me suelta.

Entonces, sonrío yo.

—Eres un pobre idiota —le digo—. Qué peso le habrás quitado de encima a tu mujer.

Zhrinovski viene hacia nosotros y saluda. Buenos días, dice en su idioma. Miro de reojo a Mogdovoi mientras guardo el paquete en mi bolso.

—Quiero un diez por ciento más —le digo a Zhrinovski.

Él me contempla un instante con asombro.

—Eso no puede ser.

—No lo entendéis —les digo yo—. Me importa un bledo vuestra mierda. Hago esto por mi hija, para que pueda irse de aquí. Si me cogen con esto encima no la volveré a ver. De modo que lo mismo me da.

Mogdovoi se lleva la mano a la cartuchera.

—Conque tú da lo mismo, ¿eh, puta?

Zhrinovski me mira con curiosidad.

—¿Tienes una hija?

—Sí.

—¿Pequeña?

—En la universidad.

Mogdovoi se ríe.

—Una putita como ella.

—Cállate —dice Zhrinovski. Tras una pausa, añade—: Está bien. Lo preguntaré.

Digo, mirando a Mogdovoi:

—Pregunta también por qué admiten retrasados mentales en vuestro ejército.

Mogdovoi aprieta los puños y pronuncia un juramento. Zhrinovski le palmea el hombro. Después le pasa el brazo por la espalda y lo sacude mientras el otro se deja hacer.

—Vuelve cuando te hayas deshecho de todo —dice Zhrinovski con cordialidad.

Caliento el producto al baño maría y corto una porción. La envuelvo en papel y hago un paquete. Ato con un cordel el paquete y lo peso. Envuelto, el paquete pesa justo lo que tiene que pesar. Si hago lo mismo con las demás porciones, si las peso una vez envueltas y no antes, sobra un cinco por ciento del producto total. Un cinco por ciento que nadie advertirá, y cuyo producto de venta será íntegramente para mí.

Guardo todos los paquetes menos diez, los míos, en un agujero del lavabo abierto tras la última explosión. Escondo los otros diez paquetes en mi bolso. Cojo el autobús para Shoríkino.

Ocupo el último asiento. Desde la ventanilla veo calles abandonadas. Veo perros vagabundos. Veo un hombre tendido en la acera junto a una fuente. Me pregunto si estará muerto. Hace meses que no he visto un muerto, desde que la tregua empezó. Vuelvo la cabeza negándome a aceptar que lo esté. Será un borracho, pienso. Antes de la guerra había muchos borrachos en esta ciudad. ¿Dónde habrán ido?, me pregunto.

En Shoríkino las calles están destrozadas, no ha habido tiempo de arreglarlas. Está empezando a oscurecer, lo que me viene mejor. Camino por la avenida principal. Mis pasos resuenan. Las tiendas están cerradas; los escaparates, rotos. Algunas aceras están despanzurradas y hay farolas derribadas en el suelo, bloqueando el paso. Un cruce de calles entero ha desaparecido. Bajo el asfalto, a unos metros de profundidad, se ven las tuberías del agua y del gas.

Llego a la antigua iglesia católica y me detengo allí. Después de un rato

empieza a llover. El cielo se vuelve ocre y después gris, y yo me resguardo de la lluvia bajo la marquesina de la parada de autobús. No se ve a nadie. Tengo las manos frías, los dedos de los pies congelados. Cruzo la calle y miro dentro del callejón. Hay un coche quemado junto a unos bidones. Hay un perro olisqueando la basura. Al cabo de un rato, del local situado en los sótanos de la iglesia sale un grupo de personas. Mujeres y niños, sobre todo; pero hay algunos hombres también. Del grupo se separan tres hombres que vienen hacia mí.

—Creíamos que ya no volverías —dice uno.

—Fuimos a buscarte a Srlenko —dice otro.

Yo les digo:

—¿Por qué hay tan poca gente aquí? La última vez que vine había más.

—Se han ido casi todos —dice el tercero—. Dicen que el ejército está preparando una nueva ofensiva.

—Dicen que han construido dos campos de concentración.

—Uno cerca de Markiopol.

—Y otro en Sdoviansk.

—La próxima vez deberías ir a Srlenko —dice el tercero—. Queda más gente que aquí.

Abro mi bolso. Les pregunto:

—¿Queréis lo mismo de la última vez?

Se aproximan a mí. Me miran con ansiedad. Saco tres paquetes y se los entrego. Ellos me dan el dinero. Es parte de la mercancía que he apartado para mí, de modo que guardo el dinero en mi monedero. Mañana iré a comprar medias y ropa interior con él.

—¿No te da miedo andar tú sola con todo eso por ahí? —me dice uno de ellos cuando se van.

Lo dice conteniendo una sonrisa.

—¿Por qué? ¿Me lo vas a quitar?

Me mira con fijeza.

—Anda, ve a cuidar de tu mujer y tu suegra —le digo—. No las vayas a perder.

Hay pocas cosas en mi armario. No hay vestidos. No hay chaquetas de piel ni zapatos de tacón. No hay abrigos. Lo fui vendiendo todo para conseguir dinero hasta quedarme con lo justo. No necesitaba vestidos para ir a Yensen a limpiar. No necesitaba las chaquetas. No necesitaba los zapatos de tacón. Ahora vuelvo a desear esas cosas, las echo de menos. Echo de menos parecer una mujer.

Me pruebo todo lo que tengo. Me desnudo y me pongo una prenda y luego otra. Me miro en el espejo. Es un espejo viejo, siempre estuvo en la casa. Lamentablemente es tan pequeño que tengo que agacharme para verme los hombros y la cara. No me veo los pies. La casa donde vivíamos Ber y yo en la capital estaba llena de espejos. Era amplia. Bonita. Había muebles buenos y calefacción.

Me pongo unos vaqueros y unos deportivos.

Mi madre tiene los ojos abiertos fijos en un punto de la pared, lo que no quiere decir que esté mirando. Tiene ojeras profundas y mal color. Come muy poco. Ya no comemos frutas ni verduras. Ya no tomamos leche. Siempre lo mismo, conservas y pan.

Le digo a mi madre que esto se va a acabar, que voy a salir ahora mismo a traer de todo.

—A partir de ahora llevaremos una buena alimentación —le digo.

En la habitación de Heidi hay una nota para mí. Dice: «Me voy a Drashovka a una reunión estudiantil, mamá. Nos alojaremos en el hostel de allí. Te quiero».

Arrugo la nota y la tiro al suelo. Miro su foto. Heidi tiene trece años y sonrío

a la cámara con un rostro ingenuo, infantil. En ella también dice «te quiero». Qué fácil es, pienso. Las palabras. Recojo la nota y la devuelvo a su lugar.

Tomo el autobús. Aún hay racionamiento en las tiendas de comestibles controladas por el gobierno, de modo que tendré que hacer cola. También tendré que discutir.

En la calle brilla el sol. Toda la fealdad de este sitio se va un poco cuando sale el sol. Echo de menos la ciudad. Esto no es una ciudad de verdad. Echo de menos mi casa, las grandes avenidas, a los vecinos, los árboles de allí. Echo de menos hablar mi lengua, la lengua con la que crecí y la que hablé en la universidad. A veces presiento que voy a morir aquí.

Llego al mercado de Petka antes de que hayan abierto sus persianas la mayoría de las tiendas. Aun así, hay colas ya. Aguardo un rato en la carnicería. La cola no avanza. Las mujeres hablan entre sí. Yo no tengo con quién hablar. Me impaciento y me voy.

Consigo colarme en la frutería. Pido patatas, puerros y apios. Solo hay calabazas. Son muy grandes, pero me llevo una. No hay manzanas, ni peras. Solo higos secos y duraznos.

Hay mucha gente en la cola del pan. Le compro tres hogazas a una mujer al doble del precio que ella acaba de pagar. Hago lo mismo con la mantequilla, la leche, el azúcar y el arroz. Hay milicianos patrullando la plaza. Cuando encuentran a alguien haciendo lo que estoy haciendo yo, se lo llevan de allí. Quieren evitar la inflación. De modo que cojo mis bolsas y me voy.

Voy a la parada y cojo el autobús que va a Tyabrisk.

Llego a Tyabrisk a las once menos diez. Me dirijo al hospital. En el hospital no se comercia con alimentos. Está lleno de gitanos. Las mujeres les compran relojes, ropa, medias y artículos de ropa interior. Los hombres compran herramientas, teléfonos, televisores y ordenadores portátiles.

Hay una furgoneta parada en la antigua entrada de Urgencias. Tiene las puertas abiertas. Paso por detrás mirando al suelo, hasta que veo a una vieja gitana con un saco a la salida del callejón. Lleva varios bolsos al hombro. Del saco asoman algunas prendas de ropa. La gitana tiene la cara apergaminada y un amontonamiento de dientes en la parte frontal de la boca que sus labios son incapaces de abarcar. Creo que ya la he visto antes alguna vez.

Me acerco a ella. Me detengo y me arrimo a la pared del callejón. Saco mi

mercancía y se la enseño.

—Nolotil —digo—. Paracetamol y Nolotil. Aspirina —digo separando las sílabas.

La vieja echa un vistazo y se santigua.

—*Peňažný!* —niega con la cabeza.

Habla un idioma extraño que no es ni el mío ni el de los soldados. Ha debido venir del oeste. Me pregunto por qué, y cómo ha sido capaz de sobrevivir aquí.

Insisto:

—Todo a cambio de dos pares de medias y unas bragas. Solo quiero eso.

—*Peňažný!* —gruñe—. *Peňažný!*

Me da la espalda, carga con el saco y se aleja. Vuelvo la vista hacia el hospital. Hay soldados en la puerta, pero no miran hacia aquí. Sigo a la vieja. Llegamos al interior del callejón, donde se agacha para hacer pis. He robado esas cosas en la fábrica y no pienso irme sin mi botín.

—¡Todo para ti, tómallo! —Se lo arrojó encima—. ¡Lo venderás muy bien, vieja puta!

Ella se baja las faldas y se pone a gritar.

—*Vypadnite odtial'to!*

Tiro del saco y se lo arrebato. Ella lo agarra, forcejeamos.

—*Ukradnutý! Ukradnutý!*

De un último tirón la empujo contra la pared. Ella se golpea en la cabeza y cae al suelo.

Deja de gritar.

Cojo el saco con la ropa y salgo corriendo del callejón. Suena un disparo detrás de mí. Las bolsas con la compra pesan mucho, me impiden correr. Las suelto. Veo la calabaza rodar por el suelo delante de mí.

Llego jadeando a la parada de autobús. No veo ningún soldado. La gente me mira. Aliso mi abrigo e intento controlar la respiración.

El saco es una tela de algodón amarillento. Me da asco tocarlo. Voy por unas tijeras y corto el nudo. El contenido se desparrama por el suelo.

Hay de todo. Paquetes de medias. Bragas. Sujetadores y leotardos. Calcetines de hombre y de mujer. Relojes. Camisones de raso y cinturones. Hay varias prendas de ropa con sus etiquetas nuevas. Faldas, suéteres, blusas de seda. No son auténticas, claro, pero son finas y de tejido delicado. Me pruebo una. Debería lavarla antes de usarla, lo sé, pero me la dejo puesta. Me pongo una falda. Voy a la habitación de Heidi, me pongo sus botas de piel.

Salgo. Tengo que vender mi mercancía y recuperar algo del dinero que perdí ayer. Tomo el autobús que lleva al centro. Llego cuando está anocheciendo. Hay farolas encendidas, algunos escaparates iluminados. La calle está llena de gente. Jóvenes ruidosos, niños, matrimonios que han salido a pasear. Hay milicianos, soldados extranjeros que se comportan como turistas, fotografiándose frente a los edificios emblemáticos que aún permanecen en pie. No parece que estemos en guerra.

Vendo muchos paquetes a las prostitutas del centro. Acuden en parejas. Son ruidosas, descaradas, la mayoría jóvenes y muy hermosas. Veo cómo se lo cuentan unas a otras y cómo menudean hasta que, como un reguero de pólvora, todas acaban llegando a mí. Han permanecido demasiado tiempo encerradas en los refugios, en los bares. En sitios peores. Tienen ganas de estar en la calle. De vivir.

—¿Vas a venir más veces? —me preguntan.

—¿Cómo te podemos localizar?

Les digo que volveré. Les digo que estaré allí mañana. Que volveré cada primero de mes.

Pronto he vendido casi todo el material. Me apoyo contra la fachada de un edificio en ruinas, y guardo el dinero. Estoy cansada de caminar, las botas de Heidi me hacen daño. Un hombre de aspecto cuidado, alto, de mediana edad, envuelto en una gabardina verde se aproxima a mí.

—Tú. —Me señala con el mentón—. ¿Qué haces aquí?

Mantengo el bolso donde está, sé que no quiere comprar.

—¿Cómo dice? —le pregunto.

Saca las manos de los bolsillos. Se identifica. Es inspector de policía.

—Llevas mucho tiempo aquí parada. ¿Qué estás haciendo?

—Nada —le digo—. Solo espero.

—A quién.

—A una amiga. Íbamos a ir al teatro.

—¿Al teatro, dices? No hay ningún teatro abierto, que yo sepa.

Bajo los ojos. Meto la mano en el bolsillo de mi abrigo y saco una entrada. Se la muestro. Él la examina con el ceño fruncido. Más tranquilo, me la devuelve. Ahora me habla de usted.

—Su documentación, por favor.

Se la doy.

—Ese teatro no está aquí —me dice—. Si no se apresura, no llegará a tiempo a la función.

Guardo mi documentación. Le digo:

—No crea que me importa.

—¿Y eso?

—No me gusta el teatro. Prefiero el cine.

—¿Y su amiga?

—Tiene razón. No quiero hacerla esperar. Será mejor que me vaya.

—Venga. La llevaré en mi coche.

—No hace falta, inspector.

Él ya ha echado a andar delante de mí. Le sigo a unos pasos. Se detiene junto a un Volkswagen reluciente aparcado en un vado. Acciona el mando a distancia y las puertas emiten el inequívoco clic. Abre la del acompañante para que entre

yo. El interior está caliente. Después de cerrar mi puerta, da la vuelta por delante del vehículo y entra en él. Se pone el cinturón. Antes de poner en marcha el motor vuelve la cabeza hacia mí.

—Abróchese el cinturón.

Lo hago.

Desaparca maniobrando con habilidad. Circula despacio por las calles del centro, entre la gente que se agrupa, hasta salir al puente Bröch. Lo cruza, invadiendo la vía reservada a peatones, y se incorpora a la avenida de Abroskin. En el trayecto, ninguno de los dos dice nada. De vez en cuando, el inspector me mira. Creo que no se fía de mí.

Tardamos algo más de diez minutos en llegar a la calle donde se encuentra el teatro.

—¿Dónde está su amiga? —pregunta oteando la acera a través del parabrisas.

Yo también miro.

—Habría entrado ya.

—¿Sin usted?

—La función ha empezado. ¿Por qué iba a perdérsela por mí?

Me mira sin contestar. Después se inclina sobre mi asiento para abrirme la puerta.

—Bájese.

Obedezco. Desde la calle, antes de cerrar la puerta, le doy las gracias al inspector por traerme hasta aquí.

—De nada —contesta él.

Se queda esperando en el coche. No tengo más remedio que entrar en el teatro y ver la función.

Por la noche encuentro un pájaro en el balcón. Lo recojo, está muerto. Lo llevo a la cocina y lo guardo en la nevera, envuelto en un papel. Mañana, tal vez pasado, lo disequé.

Suena el teléfono. Me sorprende. Siempre me sorprende volver a oírlo sonar.

Contesto:

—¿Diga?

—Hola, puta —dice una voz.

Es una voz distorsionada. Quien llama ha tapado con algo el auricular.

Pregunto:

—¿Quién eres?

—Estoy a punto de correrme —dice él.

Le oigo jadear. Me quedo escuchándolo un momento.

—Voy a llamar a la policía —lo amenazo un instante después.

No se detiene.

Dice:

—Me gustaría correrme dentro de ti.

Sus gemidos aumentan hasta culminar en un estertor.

Cuelgo.

Miro a mi alrededor. Me acerco a la ventana. Oculta tras la cortina, echo un vistazo al exterior. No se ve a nadie. Me asomo a la habitación de mi madre para comprobar que todo está bien. Registro la casa. Es una estupidez, no puede haberme llamado y estar aquí.

El teléfono vuelve a sonar. Lo miro mientras permanezco alejada. Al cuarto pitido se detiene.

Me siento en el sofá. Cuando el teléfono vuelve a sonar me lanzo sobre él.

—¿Diga?

Es Paul. Aguardo un instante.

—Dios mío.

—¿Qué ocurre? —dice él.

—Nada. —Agarro el teléfono con las dos manos y sonrío—. Me alegro de que seas tú.

Paul permanece callado. Después dice:

—¿Esperabas que fuera otro? ¿Él?

No contesto. Me pregunta:

—¿Vas a ir a la policía?

—No —me apresuro a decir—. No quiero que la policía se meta en esto.

—Pero ese hombre te ha atacado. Te ha hecho daño. ¿No te asusta?

—Se cansará.

—¿Por qué estás tan segura de que se cansará?

—Lo sé.

—No lo sabes. Nunca te ha ocurrido algo así.

No contesto. Paul pregunta:

—¿O sí?

Me cierro la bata. Tengo frío.

—¿Qué quieres, Paul?

Paul carraspea. Vacila. Parece un niño.

—Nada. Solo quería hablar contigo. Saber cómo estás.

—No hay teléfono en casa de tus padres —le digo—. ¿Desde dónde me llamas?

Él se embaraza aún más.

—Desde la calle. —Le oigo soltar el aire por la nariz—. Estoy hablando desde un celular. La Cruz Roja nos proporciona uno.

—Eres muy dulce por pensar en mí.

—No, no lo soy. Solo estoy loco.

No contesto.

—Necesitas un teléfono móvil —dice él.

—¿Para qué lo quiero?

—Para llamar a la policía, por ejemplo. O a mí. Yo te conseguiré uno.

—No. No lo hagas, Paul.

—Está bien. Pues hazlo tú.

—Vuelve a casa —le digo—. Gracias por llamar.

Después de una pausa, dice:

—De nada.

Paul cuelga.

Me voy a mi habitación. Me quito la bata y el camisón. Cierro los ojos, no intento dormir. Estoy caminando descalza por un campo de amapolas. Acaricio las flores. El viento golpea contra mi vientre, me eriza la piel. Me quito las bragas. Acaricio mis muslos. Mis pechos. Lamo la punta de mis dedos y los deslizo suavemente por mis pezones hasta que se ponen duros. Los aprieto. Me acaricio el sexo. Introduzco dos dedos dentro de él. Lo abro y los empujo con la palma de la mano. Aprieto los muslos y me contraigo. Grito. No puedo parar de gritar.

IV

Tengo diecisiete años y estoy en un campo de aviación. A mi alrededor hay un zumbido resonante. Mi padre, a mi lado, me coge de la mano y tira de mí. Le digo que no quiero ir, que tengo miedo. Pero el avión que aguarda en la pista está listo para despegar. Es lo más grande que he visto jamás.

Me despierto acalorada, con la lengua pegada al paladar. Voy a la cocina y bebo agua.

La ropa del saco se ha secado. La plancho y la guardo en mi armario. Por la tarde abro las puertas del armario y contemplo las prendas colgadas en él. Examino los cajones llenos de ropa interior. Hay muchas cosas, tengo tanto donde elegir que no me decido. Cojo unas medias, unas bragas, un sujetador. Me los pongo. Me pongo una falda y unos zapatos de tacón. Me contemplo en el espejo. Me gusta. Me maquillo los ojos y me pinto los labios.

Tomo el autobús. Con el dinero que he obtenido por la venta de la mercancía voy al mercado negro a comprar una batería nueva para mi celular. Atravesamos el centro hasta el barrio de Yabroski, el suburbio donde estaba el instituto al que asistí de adolescente. El aeropuerto está justo al lado. Pasamos muy cerca del amasijo de hierros en que quedó convertido tras el primer atentado. Hay soldados con fusiles de asalto apostados en las puertas de cada terminal. Siguen allí a pesar de estos meses de relativa paz. Son del ejército extranjero de colaboración, ese que el nuevo gobierno insiste en que no está aquí, en nuestro nuevo país. Me pregunto qué es exactamente un país, y si puede surgir de la nada. De una guerra. Saco un chicle del bolsillo y lo mastico con fruición.

El sol ilumina un trozo del camino, donde la carretera se hace una recta larga. Me recuerdo a mí misma recorriendo esta carretera a pie, con Hanna, mi amiga del instituto, para ir a las tiendas libres de impuestos del aeropuerto a comprar. Dos adolescentes confiadas. Sin miedo a nada.

Llego a Yabroski. La venta ilegal de mercancías se lleva a cabo en la misma explanada donde antes se instalaba el mercadillo dominical. Los domingos íbamos allí a comprar pendientes, discos de vinilo, revistas. No había vuelto a venir aquí desde entonces.

Detrás de unos contenedores veo a un hombre que vende aparatos de radio y televisión. Le enseño mi celular. Le pregunto si aún fabrican baterías para él. Dice que no, pero saca una y me la da. No sé instalarla, lo hace él. Cuesta menos dinero del que había previsto, de modo que saco el celular de Heidi y se lo enseño. Tiene baterías para ese modelo también.

Estoy contenta. Ahora podré hablar con ella siempre que quiera.

Enciendo el teléfono e introduzco mi antiguo pin, que me ha costado recordar. Hace tanto tiempo que no lo usaba que, cuando se activa, una indicación sonora me advierte de que tengo varios mensajes nuevos por escuchar.

Escucho uno de Ber.

Dice:

¿Dónde estás? Se hace tarde para la exposición.

La voz de Ber me sorprende, no esperaba volver a oírla nunca más. Me duele.

Hay un mensaje de mamá, la fecha es de cinco años atrás. Mi madre tiene la voz entrecortada y dice que va al cementerio a visitar la tumba de mi padre. A continuación, después de un silencio, me pregunta si es que no pienso ir a visitar la tumba de mi padre alguna vez.

No, no pienso ir, contesto para mí.

Soy una niña. Vivimos en una casa pequeña en un barrio obrero de reciente construcción. Es un hogar extraño. Él decide todo en casa. No tenemos amigos. Una vecina o dos. Los abuelos. Ni tíos ni primos. Solo compañeros de mi padre del trabajo que a veces vienen a verlo. Acuden por la noche, juegan a las cartas y se encierran en la cocina a beber.

Mi padre trabaja en el puerto. Viste un uniforme azul que la compañía naviera le da. Camisa celeste y mono azul. Naturalmente, no es capitán de barco, es mecánico. Pero por entonces yo no sé en qué consiste ser capitán. Sé, en cambio, como cualquier niña de mi edad, que el uniforme de mi padre se parece al de un príncipe azul.

Adoro a mi padre.

Soy una niña problemática, tengo miedos nocturnos. Mi padre aparece en el momento justo en que despierto de una pesadilla empapada en sudor. Suelo soñar con perros. Con personas que se convierten en otra cosa; en animales, en estatuas de piedra, en criaturas desconocidas y siniestras, en monstruos. Cuando el miedo me atormenta, mi padre me coge en brazos. Susurra, vamos, muñeca, duérmete, con una voz grave y aterciopelada. Sonríe y se inclina sobre mí para darme un beso húmedo en la boca. Mientras me acuna, con el pelo negro y corto que me roza el pecho y la mejilla. Huele a jabón y a la colonia de papá.

Me deposita en la cama. La luna entra en el cuarto a través de las ranuras de la persiana y las rayas se deslizan por la pared, su cara, la manga de su jersey. Suben y bajan por él.

Al salir del cuarto deja la puerta entornada, de forma que yo pueda ver la punta de su cigarrillo incendiándose en la oscuridad. Mientras, él se mueve por la casa como una sombra. Sin hacer ruido. Para no despertar a mamá.

Vendo mis paquetes en los subterráneos de Odessa. La gente es bastante humilde allí, clase trabajadora. Nunca han gastado dinero en mercancías como estas, pero la guerra ha enganchado a muchos de ellos. Es una manera de soportar la tensión. Muchos de mis clientes son mujeres maduras como yo. Amas de casa que llevan a un niño apoyado en la cadera y a otros dos o tres de la mano. Con el pelo amarillo, el maquillaje corrido y el culo muy gordo. Las miro y me dan pena. Luego pienso en mí, y me echo a reír.

Voy al centro. Les vendo a cuatro o cinco prostitutas. También a unos adolescentes latinoamericanos, pandilleros, en quienes me sorprendo pensando un instante después. ¿Qué hacen aquí? ¿Por qué no se van? ¿Qué los retiene?

Voy a la parte alta del barrio. Las calles están llenas de gente que va al trabajo. Una mujer con la cara cubierta extiende su mano hacia mí. Paso a su lado sin mirarla. Por todas partes hay escolares que suben y bajan de un autobús. Me sorprende. Hombres de ojos fieros, mujeres con sari y *hiyab*. Me sorprende que todo siga haciéndose igual que si nada hubiera ocurrido. A veces me paro a mirar en el interior de un edificio. Está medio derruido. La puerta es de madera, a juzgar por el enorme marco vencido cuyas jambas se han ido deteriorando a causa de la humedad o, al menos, la parte de ellas que no ha sido empleada para leña. No me lo explico. ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué no nos vamos?

Es mediodía aunque no hay ni rastro del sol. En el cruce de la calle Sura con la avenida Kiev me detengo en un semáforo. Un hombre se detiene a mi lado. Cuando el semáforo se abre, espero a que eche a andar, pero él permanece allí.

Lo miro. Lleva un grueso anorak. No me muevo. De repente, el cielo es surcado por dos aviones Sukhoi. Todo el mundo corre a ponerse a cubierto. Retrocedo hacia el edificio que hay detrás. El hombre retrocede también. En solo unos segundos, la gente ha desaparecido de la calle, solo quedamos él y yo. Vuelvo la cara hacia él. Tiene unos cuarenta años. Es muy alto. Tan alto como la señal de tráfico junto a la que se ha parado. No siento nada. No puedo saber si se trata del mismo hombre que me ha violado varias veces. No siento rabia ni temor ni rencor.

Cuando los aviones se alejan, la gente vuelve a salir, todos nos dirigimos hacia el semáforo otra vez. Cuando el semáforo se pone en verde, nos precipitamos a cruzar. Siento a ese hombre caminar detrás de mí. Antes de abandonar la avenida hacia la parada de autobús, me detengo y lo encaro.

Le digo:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Él se detiene bruscamente.

Me pregunta:

—¿No te acuerdas de mí?

Le observo con detenimiento. Examino sus facciones. Las arrugas en las comisuras de la boca. Las cejas. Las anchas aletas de la nariz. Hay algo en él que me resulta familiar. Lejanamente. Detecto un parecido con alguien que conocí tiempo atrás, quizás en la universidad. Entonces, bajo su cara, reconozco los rasgos de un rostro infantil.

Le digo:

—¿Eres Louis?

—Cualquiera lo diría, ¿no? —contesta él.

Sonríe. Ahora sí. Reconocería esa sonrisa en cualquier lugar. Es Louis, el compañero del instituto. El chico del cual me enamoré a los quince años, mi primer gran amor. Y está ahí, delante de mí. No lo puedo creer. Es una aparición, me digo. Y como toda aparición, tiene algo de sacrílego, igual que la exhumación de un cadáver.

—No te había reconocido —le digo a Louis—. Han pasado... ¿cuántos? ¿Veinte años?

—Veinte años, sí —dice él—. Tú estás igual.

—Por Dios —me incomodo—. No digas bobadas.

Lleva un grueso anorak de motorista, con el pecho cerrado hasta el cuello; y un casco. Pienso en las veces que apoyé mi cabeza allí.

—Vaya. Louis. —Vacilo—. ¿De verdad te acuerdas de mí?

Un brillo de arrogancia que reconozco enseguida ilumina el rostro de Louis.

—Pues claro que me acuerdo. Razha.

Se adelanta a besarme. Son dos besos que me traen a la memoria los besos de veinte años atrás. Aquellos besos en un parque.

—¿Adónde vas? —me pregunta—. Puedo llevarte. Tengo la moto ahí detrás.

Se vuelve a señalar un punto impreciso tras de sí.

—No importa —le digo—. Vivo muy cerca de aquí. Me he alegrado de verte.

Me marchó de allí mientras él queda atrás. Sé que continúa mirándome. Puedo sentir su cuerpo grande detenido en mitad de la calle, haciendo que la gente tenga que sortearlo para seguir su camino.

—¡Razha! —le oigo gritar.

Me vuelvo. Viene hacia mí.

—Espera, mujer.

Siento una honda satisfacción. El hecho de que sea él quien me siga a mí alimenta mi vanidad. A los quince años, el amor es un hecho doloroso de consecuencias devastadoras.

Le digo:

—Tengo un poco de prisa. Mi madre me espera para comer.

—¿Vives con tu madre?

—Y con mi hija.

—¿Y tu marido?

—Murió. Antes de la guerra.

Él sopesa un instante la información que le acabo de dar.

—¿Te acuerdas del parque de Yabroski? —me pregunta.

La gente nos mira.

—Sí —contesto. Claro que me acuerdo. Lo increíble es que lo recuerde él—. No creo ni que exista ya.

—Existe —dice Louis—. Yo sigo viviendo allí. ¿Ya nunca vas por el barrio?

—No —miento—. Hace muchos años que no voy.

Mira a un lado y otro de la calle, sonriendo, haciendo tiempo. Buscando algo

que decir, sacude la cabeza.

Dice al fin:

—Es increíble que nos hayamos vuelto a encontrar.

—Sí —contesto—. Tenía que ser en una guerra.

Se ríe.

—No nos llevábamos tan mal —dice.

—Rompimos —digo yo.

—¡Yo no! Rompiste tú.

Me parece mentira reconocer sus requiebros. La misma forma de seducir de veinte años atrás.

—Me gustaría que nos viéramos otra vez —dice él—. ¿Puedo llamarte?

¿Por qué no?, me digo. Al fin y al cabo, no hemos muerto. Estamos aquí.

—Claro —le digo.

Le doy el número de mi celular y él lo graba en el suyo.

Me vuelvo y empiezo a alejarme. Cuando doblo la esquina con la calle Ventura, mi pulso aún no ha recuperado su ritmo habitual.

Doy las medicinas a mi madre. Reposo la cabeza en el sofá. Me adormezco, y sueño.

Hanna y yo en sexto. Somos amigas. Hanna tiene el pelo largo, rubio, le cae en ondas por la espalda. Tiene las pestañas largas. Tiene pecho. Es mi modelo. Yo soy plana y mi pelo es corto, mi madre lo corta cada vez que empieza a crecer. Además, llevo gafas.

Pero en sexto mis gafas desaparecen. Mi pelo crece. A comienzos de año tengo la primera menstruación.

Hanna tiene un novio llamado Louis. Una tarde, a la salida del colegio, Louis me aborda. Hasta ahora he sido invisible para él.

Dice:

—¿Dónde está Hanna? Habíamos quedado aquí.

Le digo:

—No lo sé.

—Pareces distinta —dice él.

Me ruborizo y me voy.

Voy a casa de Hanna a merendar. Su casa es más grande que la mía. Su habitación está decorada con pósteres de Bon Jovi y Madonna. Merendamos en su cuarto de estar y hacemos los deberes allí, mientras su hermano mayor se prepara para ir a entrenar.

Hoy me saluda, aunque siempre he sido invisible para él.

—¿Tú eres Razha? ¿La amiga de Hanna?

La vitrina del cuarto de estar de Hanna está llena de fotografías de Hanna y su padre. Hanna y él montando a caballo. Hanna y él caminando por un prado. Hanna con un año dentro de una bañera sujeta por unas manos peludas.

Le pregunto si es su padre quien la sostiene.

—Sí —me contesta.

Le pregunto si el de las otras fotografías también lo es.

Dice, sí, echándoles un vistazo sin mucho interés.

—Qué suerte —digo yo.

—¿Por qué? ¿Tú no tienes fotos?

—Sí, muchas. ¿Dónde está? ¿Está trabajando?

—Sí. Trabaja en un despacho de abogados.

Un despacho de abogados. En otra foto, algo apartada de las demás, hay un hombre con traje y chaleco azul.

Llega el verano y Hanna se va de vacaciones. Yo también me voy. Me aburro. La echo de menos. Escribo a Hanna varias cartas seguidas. Nunca me contesta. Capto la atención de algunos chicos. A algunos les he dejado que me besen. A algunos les he dejado que lleguen un poco más allá. Por fin, recibo carta de Hanna, cuando yo ya no me acuerdo mucho de ella. Es una carta muy larga. Y amarga. Dice que unos amigos de sus padres han venido a su casa a pasar las vacaciones. Dice que uno de ellos la ha intentado violar.

Le contesto:

—Bah. No te creas que eres tan guapa.

Nunca vuelve a dirigirme la palabra.

Lloro la pérdida de mi amiga durante semanas. Me odio a mí misma por haberle escrito una cosa así. Nada me consuela. A veces, Louis, su novio, me pregunta qué tal estoy. Le cuento cómo me siento. Empezamos a vernos después del colegio. Me enamoro de Louis y me acuesto con él. Nos acostamos hasta que acaban las clases. Cuando acaba el instituto no vuelvo a verlos ni a Hanna ni a él. Después mi padre murió. Y yo pasé un año en el reformatorio.

Me despierto, y pienso en él. No en Louis, sino en ese hombre, el que a lo mejor violó a Hanna. No creo haber pensado nunca en él. Nunca se me ocurrió que Hanna pudiera estar diciendo la verdad.

Me despierto llorando. Mi habitación está en penumbra, he dormido parte de la tarde y está anocheciendo. Me cambio la blusa mojada de sudor, me lavo la cara. Al mirarme en el espejo me asusto. No recuerdo cuándo fue la última vez que lloré.

Enciendo un cigarrillo, cojo un cenicero y me siento frente a la ventana a fumar. Tengo unos minutos antes de irme a trabajar. Veo cómo cae la noche sobre el pueblo. Veo los perfiles del cielo y de la tierra, el horizonte de edificios. Hay un edificio en ruinas. Hay un parque bombardeado. Hay un templo de estilo contemporáneo con arcos medio derruidos entre cuyas dovelas crece la espadaña y el diente de león. Es un milagro que se sostenga en pie.

Acabo de recoger los platos cuando suena mi celular. Ya no recordaba el sonido que tenía después de tanto tiempo sin oírlo sonar. Me sobresalto.

Miro la pantalla, no conozco el número.

Contesto.

—Hola —dice una voz.

Es Paul.

Me alegro mucho de oír su voz.

—Aún recuerdas el número de mi viejo celular.

—¿Cómo estás, querida tía? —me pregunta él.

Hay algo raro en su forma de hablar. No tardo en darme cuenta de lo que es.

—Estás borracho.

—Sí. Estoy borracho. ¿Y qué? Tengo algo que celebrar.

Me acerco a la ventana. Doy una larga calada al cigarrillo mientras aguardo su respuesta.

—¿No quieres saber por qué? —pregunta Paul.

—Claro. ¿Por qué?

—Me han ofrecido trabajo en un hospital —dice él.

Exhalo el aire por la nariz. Se empaña el cristal.

—Es una buena noticia, Paul. Sabía que tarde o temprano te marcharías de aquí.

—No voy a aceptar —dice Paul.

Vuelvo a inhalar una bocanada de humo y añado:

—¿Cómo que no? ¿Por qué no?

—Es en la capital.

Me apresuro a decir:

—Podríamos irnos juntos.

Paul guarda silencio un instante. Luego, con la voz algo pastosa, dice:

—Razha, ¿vamos a celebrarlo?

—¿Qué temes, Paul? —insisto—. ¿A tu madre?

—Te llevaré a una discoteca.

—¿Eres un hombre o no?

Paul se aclara la voz. Carraspea.

—Tú no lo entiendes —dice con frialdad.

Me río.

—A lo mejor no lo eres. —Doy la última calada al cigarrillo y lo aplasto contra el cenicero—. Tal vez solo eres un niño.

Al otro lado del teléfono, el volumen de la música aumenta.

—¿Lo eres, Paul?

Silencio.

—¿Paul?

Paul contesta al fin:

—Me necesitan aquí.

Digo:

—Yo también te necesito.

La música se apaga. Se cierra una puerta, oigo una risa de mujer.

—¿Paul?

Luego el sonido húmedo de un beso.
Cuelgo.

V

La nave va a despegar. Mi padre sale de la cabina y viene hacia mí. Me pide que lo acompañe. Yo no quiero, pero él me coge de la mano y tira de mí hacia el pasillo. Es estrecho, lleno de gruesos cables de aluminio. Su uso principal es albergar la carga y las habitaciones de la tripulación.

Entramos en una. En ella, colgado de la puerta, hay un flamante uniforme azul con los botones dorados. Mi padre cierra, se sienta en la estrecha litera donde no parece caber una persona y enciende un cigarrillo. Sé que es peligroso fumar aquí, el *Hindenburg* está lleno de helio, lo he leído en la tesis de Ber. Pero cuando intento decírselo a él es tarde ya.

Las noticias continúan hablando de alto el fuego. Nadie tiene miedo. Parece que nunca hubiera habido bombardeos, fuego de artillería, explosiones. Nadie habla de los aviones Sukhoi que ayer sobrevolaron la ciudad.

Me asomo a la ventana y veo gente en la calle. Niños. Repartidores. Hay una mujer que pasea a su perro con toda tranquilidad. Hace dos años, en el edificio de enfrente se apostó un francotirador. Nadie sabía que estaba allí hasta que un día mató a un hombre. Era un hombre que pasaba, nada más.

Nunca ha habido francotiradores aquí. En las poblaciones del este todo el mundo es leal al nuevo gobierno, contrario a la apertura hacia el oeste. No hay disidentes. A veces, el francotirador pasaba días sin disparar. Vino la Guardia Nacional. Saqué las puertas de sus goznes y las usé para tapar las ventanas. Arrastré los muebles hasta allí. Heidi me preguntaba por qué rompía la casa. Se lo expliqué. Le prohibí que se acercase a las ventanas. El francotirador permaneció en el edificio de enfrente durante más de tres semanas. Mató a cuatro personas más antes de que lo mataran a él.

Cada noche, antes de irme a la cama, compruebo la cerradura de la puerta. He hecho poner un cerrojo más. Ahora es imposible entrar. Cuando Heidi regrese tendrá que llamar para que yo le abra, no podrá entrar con su llave. Por si acaso, además, duermo con un cuchillo de cocina debajo de la almohada.

Sigo cogiendo cada mañana el autobús. Frente a las tiendas, hoy veo colas más largas. De manera, me digo, que esos aviones Sukhoi sí sembraron la inquietud.

El autobús va casi lleno, no me puedo sentar. Observo a la gente a mi alrededor. El hombre de la cazadora vaquera. El chico con el traje arrugado. El gordo de barriga cervecera. Podría ser cualquiera.

Estoy sudando, pese a que las temperaturas han vuelto a descender.

Me apeo en el puente Bröch.

Mogdovoi y Zhrinovski ya están ahí, junto al vehículo militar. Mogdovoi se apoya en él con indolencia, el pie en el estribo del guardabarros. Le miro con frialdad y me dirijo a Zhrinovski, que me saluda a su manera cordial.

—Buenos días, señora —dice, sonriendo.

Saco el fajo de billetes y se lo doy. Él lo coge a toda prisa mientras mira nervioso en torno a sí. Me gusta verle nervioso. Es un crío nada más.

Dice:

—Sube al camión.

Obedezco. Le sigo hasta el interior y me siento junto a él. Inmediatamente, Mogdovoi entra también. Se sienta a mi lado y cierra la puerta tras de sí.

Zhrinovski cuenta el dinero.

—¿Es todo? —dice, mostrándomelo.

—No —contesto—. Falta mi veinte por ciento.

Me mira serio. Tiene la cara imberbe y la mirada porfiada, infantil. Tras un

instante, dice:

—Tienes que traerlo todo. Ya conoces las reglas. El reparto se hace aquí.

—Qué más da. Tengo necesidades. Tengo que vivir.

—Tú creer muy lista, ¿verdad? —dice Mogdovoi.

Se ha vuelto hacia mí. Sonríe mordiéndose el labio inferior.

—Está bien —dice Zhrinovski, mirando el dinero otra vez—. La próxima vez hazlo bien. —Sonríe—. Lo has colocado muy deprisa. Eres muy eficaz.

Le miro a los ojos. Le pregunto:

—¿Qué hay de esos dos aviones de ayer?

—¿Qué aviones?

—Ya sabes a qué aviones me refiero. Los Sukhoi.

Se miran los dos.

—No ser cosa tuya —dice Mogdovoi.

Yo espero lo que el otro tiene que decir.

Zhrinovski rehúye mi examen.

—Cosas de la guerra —contesta.

—La guerra me interesa —digo yo.

—No te preocupes.

—No me preocupo. Solo quiero saber si voy a morir.

Mogdovoi se ríe.

—Quiere saber si voy morir —dice, riendo.

—Todavía no —dice Zhrinovski.

—Entonces quiero más dinero.

Zhrinovski me mira. Yo lo miro a él.

Digo:

—El veinticinco por ciento.

Lo sopesa un momento.

—No seas ambiciosa —dice—. Eso no puede ser.

—Tú creer muy lista, puta —dice Mogdovoi.

Mete su mano entre mis piernas y la deja ahí. Yo la miro y luego lo miro a él.

Digo:

—Eso ya lo has dicho antes.

Él sube la mano hasta el inicio de mis muslos. En su cara hay una mueca de desprecio. Zhrinovski no dice nada.

Me vuelvo hacia él y le digo:

—¿Quieres que reparta más mercancía o no?

En torno a mi muslo se atenaza la mano de Mogdovoi. La aparto de golpe y lo abofeteo. Él me agarra por el cuello.

—¡Maldita puta!

Aprieta los dedos hasta que no puedo respirar.

—Basta —le dice Zhrinovski.

Mogdovoi sigue apretando. No respiro. Veo borroso delante de mí.

Zhrinovski repite:

—¡Que pares!

Doy manotadas en el aire. Alcanzo la cara de Mogdovoi. Él la contrae. Su boca se distiende y va perdiendo tensión.

Me suelta. A pesar de ello, sigo sin poder respirar. Siento que mi cabeza va a estallar y que los ojos se me salen de las órbitas.

Zhrinovski me coge por los hombros y me sacude. Busca algo en la guantera y me lo da.

—¡Bebe!

Intento tragar. Siento el agua corriendo por mis dientes. Al fin, la siento en mi lengua. Toso y el aire circula por mi garganta en dirección al interior. Cuando todo acaba estoy empapada de agua y sudor.

Mogdovoi sonríe.

—Eres una valiente mujer —farfulla—. Admirar a ti.

Me limpio la boca con el dorso de la mano.

Digo a Zhrinovski:

—¿Quieres que reparta más o no?

Él me da la mercancía y luego se aparta para que pueda salir del camión.

Afuera, le pregunto si me puede conseguir un arma.

Zhrinovski me mira con cara de estupor.

—¿Para qué quieres un arma?

—¿Puedes?

—Sí, podría.

—Este es mi número —le digo. Se lo escribo en un papel—. Avísame cuando la tengas.

Me observa con una mezcla de curiosidad y admiración.

—Ten cuidado, señora —dice.
Le sonrío. No es más que un crío.

Mi madre me mira con rencor cuando le digo que estoy harta de que no quiera comer. Un día de éstos dejaré de cuidar de ella, la amenazo. Le digo que es mi hija quien necesita mi atención.

—¡Come! —le grito—. ¡Cómete todo de una vez!

Aprieto sus escuálidos dedos en torno al tenedor. No me importa si le hago daño, al fin y al cabo se lo merece. Finalmente, arrojo su plato contra el suelo. Mi madre permanece en silencio. Como si supiera lo que pienso. Como si sintiera lástima por mí.

—Deja de mirarme así, madre.

Vemos la tele. Es domingo, acaba de empezar la emisión. Una periodista habla con un doctor. La periodista escucha pacientemente cuando el doctor enumera las consecuencias de una enfermedad. Las pústulas. La fiebre alta. La coloración y tumoración de la piel. Mi madre duerme. Tiene los ojos cerrados. Sonríe con una condescendencia infinita, afelpada, sacerdotal. Le digo que me perdone por haberle gritado. Que Heidi me tiene preocupada aunque finja no estarlo.

Desearía que mi madre volviera sus ojos hacia mí y me hablase. Que dijera cualquier cosa.

De pronto recuerdo la tarde que murió Ber. Recuerdo a mi madre junto a la cabecera de su cama en el hospital. Dice: ahora sabes lo que siente.

Sus ojos me perforan. Ber acaba de morir.

Marco el número del hostel de Drashovka en el que Heidi se aloja. Nadie contesta.

Me marcho al trabajo.

Hoy una de las chicas me cuenta que tiene un problema. Se ha quedado embarazada de su novio y va a abortar. Necesita marcharse antes y no sabe cómo decírselo a Patel. Necesita el trabajo tanto como yo. Patel, por su parte, viene hoy dispuesta a hacernos trabajar. Me cuesta no enfrentarme a ella. Llevo dos días sin comunicarme con Heidi y eso me pone de mal humor.

Voy al chiscón y se lo cuento a Gleb.

—No sabía que tuvieras una hija tan mayor —dice Gleb.

Fuma y me mira con desdén.

—No es tan mayor.

—Déjala. —Aplasta el cigarrillo con el pie—. Estará pasándoselo en grande con su novio.

—No tiene novio.

Viene hacia mí y se desabrocha el cinturón. Se baja los pantalones y el slip. Me mira mientras su miembro queda al aire. Tiene un miembro hinchado y grande. Me pongo de pie. Lo tomo con las dos manos mientras le miro a los ojos. Deslizo el prepucio adelante y atrás. Le acaricio los testículos. Cuando empieza a jadear, meto mi dedo índice en su ano. Después el anular y el corazón, los tres. Hasta dentro. Se corre con un estertor silencioso. Epiléptico.

Antes de irnos, Patel nos convoca en su despacho. Es un cuartucho siniestro

con una mesa, una silla y un archivador. Patel nos mira una a una, mientras se columpia en su silla al otro lado de la mesa, y dice que está harta de nosotras, de nuestra pasividad. Dice que no está contenta con la calma de estos días. Que echa de menos más acción. Me pregunto a qué clase de acción se refiere. Pienso en las explosiones y el fuego. Pienso en Yensen ardiendo.

Veo que la chica embarazada no se ha marchado aún.

Le digo:

—Estás loca. ¿Qué vas a hacer?

Patel me lanza una mirada de reproche.

—Y tú —dice—. Los jefes se han quejado.

No contesto.

—¿De mí? —digo al cabo.

—Falta tu parte de baja. —Patel deja de columpiarse. Mira ahora hacia otra parte—. Sois todas unas holgazanas.

Ninguna de las seis decimos nada.

—Voy a tener que despedir a una de vosotras si esto continúa así.

—¿Así, cómo? —le pregunto yo.

Se levanta. Rodea la mesa, viene hacia mí. Me apunta con el dedo.

—No me provoques, lista.

Necesito el empleo, así que no digo nada ni vuelvo a preguntar.

Cuando llego a casa, vuelvo a telefonar a Drashovka. Una mujer contesta al fin.

—Su hija no está —dice—. Aquí no hay nadie. Los estudiantes van a bañarse todos juntos y a emborracharse en la playa por la noche. Están todos allí.

Cuelgo. Imagino a mi hija en la playa. La imagino en brazos de algún muchacho de su edad. La imagino bailando y cantando bajo el cielo estrellado, junto al negro silencioso y calmo del mar.

Me acuesto. Intento dormir, pero cada vez me cuesta más dormirme por la noche. Veo cada hora en el reloj, hasta el amanecer. Oigo cada ruido. Me digo a mí misma que hace más de tres meses que no suenan las alarmas y que quizás todo, la guerra, Yensen, Patel, se haya acabado. Que no haya sido más que un sueño.

—¿Te acuerdas de Louis, mamá? —le digo a mi madre—. ¿Aquel chico del colegio?

Me siento a su lado en la cama.

—Sé que te acuerdas, mamá. Éramos novios.

Le doy su medicina, que le baja resbalando por el cuello. Paso una servilleta por él.

—Me lo encontré en la calle hace unos días.

Tiene la piel amoratada en los párpados. Quizá debería llevarla al hospital o pedirle a Paul que viniera a visitarla aquí. Pero para qué. Sé lo que me iba a decir. Es mayor, está cansada. Una vez vi una pareja de ancianos sentados junto a la carretera esperando a morir.

Echo a mi madre la manta de la abuela por encima. Dejo la medicina en su mesilla. Abro el cajón; su reloj, su rosario de cuentas de ámbar, la lata con las fotos familiares, una bolsa de mazapanes. Cojo la lata y la bolsa de mazapanes y salgo de la habitación.

Pongo la tele. A las doce empieza una película en el primer canal. La miro un rato. Después abro la bolsa de los mazapanes y como uno. Abro la lata de las fotografías y cojo una en la que mi padre parece un actor. Tiene vueltas sobre los bíceps las mangas de la camiseta, un paquete de Marlboro asoma por una de ellas, lleva puestas unas gafas de sol de aviador. Mi madre, cogida de su brazo, lo está mirando.

—¿Cómo has podido decir una cosa así de tu padre? —la oigo decir.

Está parada en medio del salón, mirándome con lágrimas en los ojos. Tiene treinta y dos años.

Me mira fijamente y repite:

—¿Cómo has podido?

Petra dice:

—Eres mala.

Me retuerzo las manos. No sé qué decir. La policía ha venido y se ha llevado a mi padre. El inspector me habla despacio, con cuidado, como si en vez de quince años tuviera solo diez. Quiere que le cuente lo que le conté por teléfono ayer. Lo de mi padre. Mi madre y mi hermana me miran con rencor. No les permiten hablarme, pero ellas lo hacen. Dicen: ¡Cállate!

Viene una mujer policía y me lleva a la otra habitación, donde pueda hablar sin sentirme cohibida. Hablo. Lo cuento todo. Las visitas nocturnas de mi padre, la puerta cerrada de mi habitación. Su forma de hablarme. Sus caricias. Cuento que visita también a mi hermana, aunque ella no lo quiera decir. Ellos interrogan a mi madre. Hacen a Petra salir del salón y la traen donde yo estoy. Desde allí, oímos llorar a mamá.

Petra dice:

—¿Qué has hecho? ¿Qué les has contado?

No contesto. No imaginaba que mi madre reaccionaría así. Creí que me abrazaría, que me querría más. Cuando los policías terminan de hablar con ella, el inspector me dice:

—No sufras, has hecho lo que debías. Se abrirá una investigación. Si es culpable, tu padre pagará por lo que ha hecho.

Una vez que se marchan, mi hermana corre a buscar a mi madre y lloran las dos. Ninguna de ellas me mira ni me dirige la palabra.

Guardo las fotografías. Voy a la habitación de mi madre y la cubro con la manta.

Para ir a casa de Petra tomo un taxi en vez de coger el autobús. Cuando llego ha anochecido ya. Todo su barrio está a oscuras.

El taxista me acompaña hasta la puerta del portal con su linterna y me deja allí. Le doy las gracias y atravieso el pasillo. Subo por las escaleras. Faltan la mayoría de escalones, hay solo una rampa llena de escombros hecha con un tablón.

Llamo a la puerta de Petra.

Abre ella. Soñolienta, dice:

—¿Qué haces aquí?

Una débil luz amarilla ilumina el pasillo procedente del comedor.

—¿Puedo pasar? —le pregunto.

Petra no se mueve. Sujeta la puerta y me contempla. Ella también tiene el pelo amarillo, el maquillaje corrido y el culo muy gordo. Siento una punzada de íntimo rechazo en el estómago.

—Rostislav y su madre están en el comedor. ¿Qué quieres?

La casa está ruinoso, mucho peor que la mía. No sé cómo pueden vivir aquí.

Meto la mano en el bolso y saco el dinero.

—He venido a darte esto —le digo.

Se lo doy.

Petra observa el sobre unos segundos. Al fin suelta la puerta para tomarlo y yo aprovecho para entrar. Me sigue apresuradamente por el pasillo, me adelanta y me cierra el paso.

—No voy a quedarme mucho —le digo.

Permanezco de pie sin quitarme el abrigo. Petra se hace a un lado y me deja entrar en la cocina.

Ella se sienta en una silla.

Dice:

—Ese abrigo era de mamá.

—Sí —digo con desprecio—. ¿No piensas abrir el sobre?

Lo examina con asco, como si fuera una bomba o cualquier otra aberración.

—¿Qué es? —pregunta.

Sin quitarme los guantes, enciendo un cigarrillo.

—Dinero.

Arruga sus ojos hacia mí.

—¿Dinero? —repite.

Mira el sobre otra vez.

—Quiero que dejes marchar a Paul —digo sin vacilación.

Petra sonrío.

—¿Qué?

—Paul tiene un futuro fuera de aquí. Quiero que le dejéis ir. Ahí tienes un dinero para vosotros. No tienes que devolvérmelo. Podéis marcharos a otra parte. O, si tanto os gusta, podéis arreglar esta pocilga y quedaros aquí. Pero sin Paul.

Petra abre el sobre y comprueba que le digo la verdad. Que el dinero que tiene en sus manos es suficiente para vivir bien una larga temporada. Aquí o en otro lugar. No puede dejar de mirarlo.

—Rostislav no tendrá que preocuparse más por su madre —le digo.

Petra aparta la vista del sobre.

—Eres el Demonio —dice.

Sus ojos son dos rayas afiladas. Dos cuchillos que se clavan en mí.

—Destruiste a mamá. Y ahora quieres destruirme a mí.

—Yo no hice eso.

—Lo hiciste. Aunque ella nunca tuvo la culpa de nada.

—Así que reconoces que había algo por lo que sentir culpa.

Los labios de Petra empiezan a moverse. Está rezando. Me aparto bruscamente.

—¿Qué murmuras? —grito fuera de mí—. ¡Deja de rezar!

Mis gritos se han oído en la otra parte de la casa. Por el pasillo se oye el paso apresurado de Rostislav. Antes de que entre en la cocina, Petra lo intercepta.

—¡Déjala! ¡Déjala, te he dicho!

Rostislav vuelve al comedor.

—Quemaría tu dinero —dice Petra—, pero aprecio demasiado mi cordura. —Arroja el sobre en la mesa—. Quémalo tú.

Ni siquiera lo miro. Mirándola a ella, digo:

—A Paul le han ofrecido un puesto en la capital.

—Deja a mi hijo en paz.

—Vas a dejar que lo acepte y que se vaya de aquí.

—Te mataré. Te mataré como no lo dejes en paz.

—¿Es que no te importa su futuro? ¿No quieres que Paul prospere? ¿Que sobreviva? Por Dios, Petra, ¿qué clase de madre eres?

—Soy la única madre que tiene.

—¿Y qué? Las madres no viven para siempre.

Ahora me mira con odio.

—No. Ya lo sé. Ni los padres. A veces mueren a causa de sus hijos. O se vuelven locos.

—¿Qué quieres decir?

—Que deberías estar encerrada.

—Eres una inconsciente, Petra. Tienes una responsabilidad con tu marido y tu suegra. Si no coges ese dinero... —Sacudo la cabeza con pesar—. Es igual, lo siento por ti. No podrás retener aquí a Paul aunque quieras. Solo puedo decir que me das pena.

Petra da un paso hacia mí.

—Fuera de aquí.

Apago el cigarrillo en el fregadero. Me ajusto los guantes. En la cocina huele a comida para perro y a estiércol. Me pregunto cómo pueden vivir así.

—Sí, me voy.

—Eres un monstruo, Razha. ¿De dónde sale toda esa maldad? Me pregunto cómo puedes inventarte tantas cosas. Tu cabeza está llena de suciedad.

—No sé de qué me hablas, Petra.

—¡Hablo de papá! ¡Tú le mataste!

Con el envés de la mano, le doy un bofetón.

—¡Cállate! —le digo—. ¡Él ni siquiera era tu padre!

—¿Qué está pasando aquí?

Paul está parado en la puerta de la cocina, contemplándonos a su madre y a mí.

Le digo:

—He venido a traerles a tus padres un poco de dinero. No pueden seguir viviendo así.

Paul mira el dinero y luego me mira a mí.

—Paul —dice Petra—, vete a tu habitación.

Paul se vuelve hacia ella. En sus ojos hay desprecio.

—Vamos, Razha —dice, cogiéndome del brazo—. Vámonos.

Avanzamos por el pasillo en tinieblas hasta la puerta. No oigo a Petra detrás.

Sigo a Paul por la escalera. Apenas lo veo. Voy tropezando con los escombros, agarrándome a la barandilla. Una vez en la calle, sigo avanzando ciegamente detrás de él.

Lo llamo:

—¡Paul, espera!

No contesta, corro tras él. En el subterráneo de la carretera se detiene dándome la espalda. Lo adelanto y le obligo a mirarme a los ojos. Paul me sujeta por los hombros y me empuja contra la pared. Sus ojos están opacos, brillantes y fijos. Siento su respiración cerca, me pego a él. Siento su pecho subir y bajar contra el mío.

Alza la mano y roza mi cuello. Mi esternón. Se introduce en mi blusa. Siento sus dedos acariciándome. Mete la otra mano entre mis piernas. Yo la atezco, aprieto los muslos alrededor. Empiezo a gemir.

Entonces Paul se aparta de mí. Me mira un instante sin expresión. Tiro de él, pero él me empuja y sale corriendo.

Lo veo correr en la oscuridad.

VI

En mil novecientos treinta y siete, el *Hindenburg* había transportado a más de mil pasajeros, había sobrevolado silenciosa y pacíficamente el cielo y había cubierto ciento sesenta mil kilómetros sin accidentes.

Colgados del aire, los viajeros eran deleitados con hermosas vistas sobre las ciudades y el campo alemán, el océano, los grandes icebergs y las costas americanas. Los primeros pasajeros viajaban en góndolas recubiertas de caoba con incrustaciones de madreperla, comían paté de foie, caviar Beluga, y bebían los mejores vinos y champán francés.

Gentes de todas partes del mundo venían a probar. Aunque las travesías eran largas, de más de dos días de duración, y caras, todos los vuelos iban llenos, sin un solo hueco libre.

Y sin embargo, a pesar de su éxito comercial, la industria del conde Von Zeppelin, y toda Europa, estaban ya entonces pendientes de su futuro militar.

Suena mi celular. Contesto:

—Dígame.

Es Louis. Dejo lo que estoy haciendo y voy a mi habitación.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

Dice que está bien. Me habla de esto y aquello, me cuenta una serie de cosas sin importancia y después dice que ha pensado mucho en mí. Me siento en la cama. Juego con el borde de la sábana. Estoy viendo su cara con dieciséis años.

—Me gustaría verte otra vez —dice—. Podría ir a recogerte en mi moto.

Sonrío.

—Como si fuéramos adolescentes —digo.

—¿Por qué no? Lo somos. El tiempo no ha pasado para nosotros. Es como si aún estuviéramos en mil novecientos noventa y dos.

Me hace gracia su forma de hablar. Habla igual que entonces, cuando éramos jóvenes y flirteaba todo el tiempo. Con todas. Con Hanna. Conmigo.

Le digo que me gustaría visitar Odessa. El parque.

—¿Aún sigue ahí?

—¡Claro! —se alegra. Oigo que enciende un cigarrillo y que aspira el humo con ansiedad—. ¿Sabes? Siempre fuiste una chica muy especial.

—¿Te acuerdas de los bancos donde nos sentábamos a besarnos? —le pregunto.

—Me acuerdo muy bien —dice él.

—¿Te acuerdas de los besos?

—También. Aunque es posible que no queden muchos bancos de aquellos.
Sé que no los recuerda. Los besos tampoco. Yo sí.

Quedamos para cenar. Hace tiempo que nadie me lleva a cenar. No he ido a un restaurante desde antes de que empezara la guerra, tengo ganas de salir. También tengo ganas de que un hombre me diga que el tiempo no ha pasado para mí. Que soy una chica especial.

—¿El jueves? —dice Louis.

—El jueves.

—Pasaré a buscarte a las seis.

Cuelgo.

Mientras me preparo para ir al trabajo suena un aviso en mi celular. Es un vídeo. Hay un hombre desnudo con la cabeza cubierta frente a un espejo. Sin bajarse los calzoncillos, saca su miembro y se empieza a masturbar. Cuando acaba, el semen sale despedido contra el cristal. El hombre lo limpia con un papel. Después se limpia él.

Voy al dormitorio de mi madre. Duerme. Voy al cuarto de baño y abro el grifo de la ducha. El agua sale caliente, el baño se llena de vapor. Me desnudo. Dejo que el agua corra por mi piel. Mi cuerpo me parece distinto, más grande y más pequeño a la vez. Aprieto los muslos. Me duele. Me enjabono y salgo.

Llamo a Zhrinovski y le dejo un mensaje en el contestador. Necesito un arma. Espero un rato su respuesta, pero no llega.

Le preparo la comida a mi madre. Se ha quedado dormida con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá. Le aparto la manta y dejo la bandeja en la mesa frente a ella. Me siento a su lado y la ayudo a comer.

Llego al centro alrededor de las seis. El tiempo ha empeorado, ahora hace frío. La lluvia se ha convertido en aguanieve, me alegro de tener ropa de abrigo. Llevo unos leotardos de la vieja. Llevo una camiseta térmica debajo del jersey.

Recorro los lugares habituales del centro. En las calles hay menos prostitutas que otras veces. La lluvia y el frío las disuaden. Sin embargo, en el puente Bröck continúa habiendo la misma animación de días atrás.

Termino de vender los últimos paquetes y salgo de la plaza. Las calles por las que transito están cada vez menos iluminadas. Otros años, antes de la guerra, habrían colgado ya en los aleros de las casas los primeros adornos navideños. Huele a castañas.

En la parada de taxis no hay ninguno. Frente a la parada hay una taberna. Entro y pido un café.

Cuando salgo, una mujer se me acerca. Es joven, más joven que yo. Tal vez tenga la edad de Heidi. Sonríe. Dice que las otras la han enviado a mí.

—Querría que me vendiera lo mismo que a ellas.

La hago callar. Miro a un lado y otro de la calle. La miro a ella. Tendrá unos diecisiete años, no más. Aunque con el maquillaje parece mayor.

—No tengo nada que venderte —le digo—. Márchate.

—Vamos, compruébalo, por favor.

Se queda esperando con las manos en los bolsillos. Tiene que tener frío. Ahora que me fijo, debajo del abrigo no lleva más que el sujetador y unos pantis.

—Por Dios —le digo—. Vete a casa.

Ella deja de sonreír y me mira con sorna.

—¿Quién te crees que eres, mi madre?

Saco todo el dinero que llevo en el bolsillo y se lo doy. Mi recaudación de hoy.

—Vamos. Vete de aquí.

Ella lo mira con los ojos muy abiertos y se aleja corriendo.

Llega un taxi. Me dispongo a cogerlo cuando alguien me retiene por el brazo. Es el inspector de policía de unos días atrás. Lo miro con sorpresa, casi con temor.

—Lo siento —dice él—. No pretendía asustarla.

—Hola, inspector.

Llega una pareja. Le hace señas al taxista que aún aguarda a que yo me decida a subir. Miro al inspector. El inspector le hace un gesto al taxista para que se vaya. Cuando el taxi se va, el inspector me pregunta:

—Ha sido una casualidad encontrarla aquí. ¿Tiene un momento?

Le digo que entro a trabajar en media hora, que no me puedo entretener.

—¿Dónde trabaja? —me pregunta él.

—En Yensen.

—¿La fábrica?

—Sí.

—¿Es usted química?

—Limpiando —contesto yo.

Él me mira un instante sopesando lo que acabo de decir. Tiene los párpados caídos bajo un pronunciado arco ciliar. Dos arrugas le atraviesan la frente.

—No se acuerda de mí, ¿verdad?

Le observo.

—No.

—Soy Nicholas Leon. Hace cuatro años investigué la desaparición de su hija. ¿No se acuerda?

—Ah, sí —miento.

No me acuerdo de él. Solo deseo que me deje marchar.

Él hace una pausa. Me mira con gravedad.

—Muchas veces he sentido el impulso de ponerme en contacto con usted. Tengo la impresión de que no la tratamos bien. Con el inicio de la guerra, dejamos de ocuparnos de muchas cosas. Abandonamos algunos casos.

—No se preocupe —le digo, mirando el reloj—. Afortunadamente, aquello ya pasó.

—Sí —dice él—. El tiempo pone todas las cosas en su lugar.

El inspector mira hacia atrás, hacia la taberna.

—¿Tiene tiempo de tomar un café?

—No —contesto—. Llegaré tarde al trabajo.

—No se preocupe, yo la llevaré. Tengo el coche ahí detrás.

No hay modo de librarse de él.

Le sigo a la taberna. Dentro, nos sentamos a una mesa y el inspector pide dos cafés.

—Debió usted pasarlo muy mal —dice mientras enciende un cigarrillo. Se da cuenta de que no me ha ofrecido y añade—: Perdón. —Acercándome el paquete—. Yo también tengo hijos.

Acepto el cigarrillo. El inspector me da fuego. A pesar de que está intentando ser amable, tengo la impresión de que quiere algo de mí.

Le digo:

—Le agradezco su preocupación, inspector. Pero tengo que irme ya.

Él me mira con severidad.

—No se ha tomado el café.

Dice:

—Cuando la guerra empezó, nos movilizaron. Formamos parte de una milicia urbana durante el primer año. Fueron momentos terribles, yo hubiera preferido... —No lo acaba de decir. Sacude la cabeza con pesar—. Hasta hace dos años no volvieron a reintegrarnos al cuerpo.

Me retrepo en mi asiento. Doy una calada al cigarrillo y le observo.

—No tiene que explicarme nada. —El camarero nos sirve los cafés y yo doy un largo sorbo al mío. Quema—. Ya le he dicho que aquello, por fortuna, terminó. No quiero hablar más de ello.

—Usted tampoco volvió nunca. Por comisaría, quiero decir.

—¿Para qué?

El inspector baja los ojos.

—Tiene razón. —Los levanta, alzando mucho las cejas. Está a punto de sonreír—. Una vez fui a su casa, pero usted ya no vivía allí.

—No —le digo—. Me mudé.

—Ya lo sé. A casa de su madre.

Me doy cuenta de que son ya varias cosas las que el inspector cree saber sobre mí.

Le digo:

—¿Me ha estado investigando, inspector?

—No —dice—. ¿Por qué? Solo quería saber cómo le iba.

Me observa con el ceño arrugado. Tiene los ojos claros, hundidos bajo los párpados caídos, tanto que apenas se le ven.

—¿Nos vamos? —le pregunto, mirando el reloj.

—Termínese el café.

Me conduce en su coche por la carretera de circunvalación. Antes, dice, tiene que detenerse un momento en Jefatura. Me hace entrar en un despacho. Un chico joven y sonriente, con los cabellos rizados, me indica una silla.

—Siéntese.

No quiero sentarme. A los pocos minutos regresa el inspector.

—Vámonos —dice.

Atravesamos la ciudad. Es de noche. En el coche huele a ambientador, a vainilla. No llega a ser agradable. Hace calor. Tras dejar la autopista, llegamos a la fábrica. Le digo dónde tiene que pararse.

No detiene el motor.

—¿Desde cuándo trabaja aquí? —me pregunta.

—Desde hace unos años.

—¿No le importa?

—¿El qué?

—Trabajar como mujer de la limpieza.

Le miro con frialdad.

—Tengo que trabajar.

Él guarda silencio y me observa. No le veo los ojos en la oscuridad.

—Tenía que asegurarme de que estaba bien —dice, encendiendo un cigarrillo.

—Lo estoy.

—Eso parece.

—¿Puedo irme ya?

Me ofrece el paquete.

—Quédeselo.

Le miro a los ojos. Después me vuelvo, incómoda, a contemplar el exterior.

Tras una pausa, dice él:

—Es muy triste lo que le está pasando a este país.

Sonrío. Tal vez sea sincero, después de todo.

Vamos corriendo por la calle. Al final de esa calle está el campo, y más allá, la frontera. Pretendo llegar hasta allí. Hay un puesto de defensa antiaérea, hay vehículos blindados por todas partes. Tiro de Heidi, que avanza más despacio que yo. Su cara es la imagen del terror. Hace rato que no deja de llorar. La cojo en brazos, a pesar de que ya tiene trece años y pesa casi tanto como yo. No sé si será verdad, pero he oído que los alrededores están sembrados de minas.

Vi una mujer muerta con el hijo en brazos. De ella solo quedaban las entrañas, y su hijo no paraba de llorar. Un paramilitar lo recogió del suelo y se lo entregó a alguien de la Cruz Roja. Se lo llevaron a Cuidados Intensivos.

Le dije a mi madre:

—No quiero salir a la calle con mi hija y acabar así.

Mi madre lloró. Me suplicó.

—Quedaos aquí. No te la lles, por Dios. Os matarán a las dos.

Hice un hato con nuestras cosas, y salimos hacia la frontera.

No fue difícil llegar. Solo tuvimos que seguir la larga cola de personas que abandonaban el país camino de la gran madre patria. Ir hacia el este era imposible. La Guardia Nacional tenía órdenes de limpiarlo de separatistas. Para ellos, nosotros también lo éramos. Todos los que vivíamos allí. Se dedicaban a asesinar.

Nos detenemos a descansar. Hay tanta gente huyendo que me siento confiada. Me dejo caer en el suelo junto a la carretera. Heidi se sienta junto a mí. Descanso la cabeza en la suya un momento. No mucho. Creo que me duermo.

Cuando abro los ojos, Heidi ya no está.

Me levanto y empiezo a gritar. Miro por todas partes. Corro por la carretera gritando su nombre, adelantando a familias enteras que me miran con indiferencia. Retrocedo y corro en sentido contrario. Sigo gritando. Heidi. Heidi. Me he roto la voz, pero aún puedo gritar. Un soldado de la fuerza de invasión me detiene y me pregunta qué ha ocurrido. Le digo que mi hija se ha perdido. Habla por radio con alguien. Viene un camión. Me suben en él y me conducen de vuelta a la ciudad. No me quiero ir. Los golpeo. Me dejo caer en el camión y lloro. Heidi está ahí, en algún lugar. Sola. Sin mí.

Abro la nevera. Hay algo envuelto en papel de aluminio. Lo abro, no recuerdo haber guardado sobras de comida durante los últimos días. Es un pájaro. El pájaro que encontré en el balcón. Está muerto. Me había olvidado completamente de que estaba ahí. Tiene los ojos cerrados. Está frío. Rígido. Suena el teléfono. Es Heidi.

—¡Gracias a Dios! —exclamo.

No me sostengo en pie, me dejo caer en el sofá. Le pregunto dónde está. Le digo que estaba muerta de preocupación. Ella me dice que están en Panóv. ¿Quiénes?, le pregunto yo. No me contesta, dice que no pueden volver porque un camión del ejército ha tenido un accidente en la carretera entre ellos y aquí. Están bloqueados, pero están bien. Volverán dando un rodeo por la frontera.

—¿Qué dices? —le digo—. ¿Cómo que un accidente?

No he oído nada en la televisión. Oigo un pitido y el eco lejano de una sirena.

—¡No te oigo! —le digo—. ¡Grita más!

Ella tampoco me oye a mí. Creo entender que se quedará en casa de los padres de Denis. ¿Denis? ¿Quién es Denis? Al parecer, Denis es su novio.

—¿Tu novio?

Se corta la comunicación.

Es la primera vez que la oigo hablar de un novio. Hace tiempo que no sé lo que pasa por su cabeza. No me cuenta nada. Apenas me habla. Cuando era pequeña hablaba mucho. A veces tenía que reprenderla porque no hacía los

deberes. Su profesora me llamó y me preguntó:

—¿Tiene Heidi algún problema en casa?

—No, que yo sepa. ¿Qué quiere decir?

Ella siguió preguntando:

—Es usted separada, ¿verdad?

Respondí:

—Estoy divorciada de su padre. Pero me volví a casar.

La profesora esbozó una mueca.

—La he llamado porque la niña va más retrasada que los demás.

—¿Y a qué cree que es debido?

—No lo sé. Nunca presta atención. Se distrae con mucha facilidad y no se concentra. ¿No se ha dado cuenta?

—Tiene mucha imaginación. Siempre está pensando en algo. No le cuesta nada concentrarse cuando algo le interesa.

La profesora me dirigió una mirada inquisitiva. Todavía me preguntó:

—¿Por qué Heidi viene tan descuidada al colegio?

—¿Descuidada?

—Sí. A veces trae manchas del día anterior. Y a menudo viene con el pelo trasquilado.

—No puedo evitar que se ensucie. Es una niña pequeña.

—Pero usted es su madre. Una persona mayor.

Siguió mirándome.

—No pretendo decirle lo que tiene que hacer, pero son cosas que redundan en su educación.

—Ya imagino que no pretende decirme lo que tengo que hacer —le contesté—. Los trasquilones son algo que se escapa a mi control. No acostumbro a seguir a mi hija al cuarto de baño.

—¿Ah, no? Tiene solo siete años.

—Tal vez no lo recuerde, pero en el catecismo se decía que los siete años era la edad de la razón. La edad en que los pecados y las faltas empiezan a contar. Y la libertad.

—No soy católica. No sé de qué me habla.

Me levanté de la silla y le dije:

—Intentaré que venga menos descuidada.

Lo hice. Compré bálsamos para desenredar el cabello. Ropa nueva y calzado. Cuando podía, me ponía con ella a estudiar.

Suena el teléfono. Esta vez es mi celular.

Es Zhrinovski.

—¡Por fin! —le digo.

Dice que tiene lo que le pedí.

—¿El arma?

—Sí.

Dice que esta tarde puede dármela y enseñarme a disparar.

—¿Aún la quieres? —me pregunta.

—Por supuesto que sí.

Nos veremos a las cuatro en las afueras de Polkrsbifskiy, cerca del aeropuerto.

Antes de colgar, le pregunto a Zhrinovski por Panóv. Quiero saber qué ha pasado allí.

—Nada —contesta él.

Sospecho que miente.

—Dime la verdad —le ordeno—. Mi hija está allí.

—No pasa nada en Panóv —insiste él—. Deberías preocuparte más por ti.

Me siento en la cocina a trabajar con el pájaro. Lo saco de la nevera y retiro el papel. Está un poco rígido, pero aún se puede salvar. La cabeza le cuelga del cuerpo como si se hubiera desprendido de él. Me pongo los guantes y preparo los ácidos. Registro la hora de su muerte y lo mido. Hago una incisión con el escalpelo en el pecho, por debajo del cuello, cortando lentamente por el centro hasta la parte posterior. Pelo la piel. Retiro la carne y la grasa usando una cuchara afilada, conservando los huesos de las alas y las patas. Trato la piel con los ácidos. Son productos químicos que he traído de la fábrica.

Cuando se seca, paso un alambre grueso por las patas y las alas, asegurándome de vincularlas donde faltan los músculos, y las uno al cuerpo del animal. Coso la piel y alineo las plumas en su posición correcta. De lo contrario, el resultado no parecería natural.

Dentro de unos días, en cuanto se seque, veré lo que hago con él.

Cuando llego a Polkrbifskiy, Zhrinovski ya está allí. Viene vestido de civil. Parece un muchacho. El flequillo le cae sobre la frente al bies.

—¿Por qué quieres aprender a disparar? —me pregunta—. El que tiene un arma acaba disparándola. Matando a alguien.

—¿Matar es difícil? —le pregunto yo.

—No. Es muy fácil —dice él—. Durante la guerra se trata siempre de matar o morir. Todos preferimos matar. No se trata de algo que haces. Sino de algo que impides.

Guardo silencio. Lo miro.

—¿Has matado a mucha gente?

Él rehúye mi examen.

—No lo sé. No llevo la cuenta de eso.

Pienso en Mogdovoi. Él sí que ha matado a muchos, pienso. Seguro.

—Vamos. Enséñame a disparar.

Zhrinovski saca el arma que ha traído para mí. Es una Makarov, dice, antigua pero eficaz. La cojo. Pesa mucho, más de lo que me había figurado por la televisión y el cine. Dudo que pueda sujetarla y apretar el gatillo a la vez.

—Podrás —dice Zhrinovski—. Al principio te costará un poco, pero te acostumbrarás. Vamos —dice—. Aquí detrás podrás tirarle a unas botellas.

Vamos a un descampado. Está nublado, va a empezar a llover. Está tan oscuro que los aviones que despegan iluminan el descampado y a nosotros dos con sus focos.

—Tendrás que darte prisa —dice Zhrinovski—. Está a punto de anochecer.
Coloca unas botellas y unas latas sobre un murete y se aleja. Le sigo. A unos cien metros se detiene.

Dice:

—Desde aquí.

—¿Desde aquí? —Miro las botellas. Apenas las veo—. Está demasiado lejos.

—Necesitas puntería para dar en el blanco.

—Mi blanco no va a estar tan lejos —le digo.

Zhrinovski se vuelve hacia mí.

—¿Qué te propones, señora? —dice.

Empuño el arma con las dos manos. Apunto. Presiono el gatillo con dos dedos. Disparo y acierto. Una de las botellas cae. Zhrinovski me mira asombrado.

Vuelvo a disparar. Acierto de nuevo.

Zhrinovski se mueve excitado a mi alrededor, ríe como un chiquillo. Coloca más botellas en el murete, vuelvo a disparar. Acierto dos veces más.

Sonríe con satisfacción, como si mi destreza fuese un logro que hubiera que atribuirle a él. Está orgulloso de mí. Enciende un cigarrillo y apoya la espalda contra la pared, como exhausto tras tanta excitación. Yo también lo estoy.

—Eres sensacional —dice, sonriendo.

Se acerca y me besa en la mejilla. Enciende un cigarrillo para mí. Me lo pone en la boca. Sonrío también.

Hace mucho frío. Caliento un poco la habitación de mi madre con ayuda de un radiador eléctrico que enciendo una hora antes de que se acueste, apago cuando se ha dormido y vuelvo a encender una hora antes de que se despierte.

En cuanto a mí, tengo suficiente con el calor de la cocina. Voy allí y me siento a leer. Leo sobre las condiciones del tiempo durante el último vuelo del dirigible. Leo sobre el paso por el Atlántico Norte. Leo sobre el avistamiento de los primeros icebergs. El paisaje helado de las islas del mar de Barents. Las exclamaciones de admiración de los pasajeros, envueltos en sus abrigos de piel, mientras contemplan al otro lado del cristal de la gran góndola colgante el mar. La expresión asustada de una joven al ver aparecer el sol.

No tengo más ganas de leer. El salón está frío, así que me pongo mi abrigo y, encima de él, el de mamá. Es de piel, nunca lo vendí. Ni siquiera Petra me lo va a arrebatarse. Huele a ella, a mamá. Al mismo perfume que usaba cuando Petra y yo éramos pequeñas.

Me adormezco. Sueño con la casa. Es esta misma casa, la de mi niñez. Petra y yo estamos durmiendo, oímos gritos en el salón, nos levantamos y vamos a espiar. Nos escondemos tras la puerta entreabierta y nos quedamos allí. Papá está sentado en su sillón. Ha debido de volver de los juzgados, donde ha pasado dos días y dos noches. Parece cansado. Enfadado. Mamá le está gritando. Petra se pone a llorar y regresa a su habitación. Yo sigo allí.

—No me toques —le dice mi madre a mi padre—. No quiero que te acerques a mí.

Mi padre dice:

—No te permito que me hables así.

Luego jadeos, toses, pasos rápidos por la habitación. Oigo un golpe seco y luego algo muy pesado al caer. Entro en el salón. Mi padre está tendido en el suelo. De su cabeza brota un chorro de sangre, se ha formado un charco en el parquet. Mi madre suelta el cenicero de mármol que aún sostenía en la mano y empieza a gritar. Se arrodilla junto a mi padre y lo sacude.

Recojo el cenicero y salgo del salón. Corro por la casa sin saber bien por qué lo hago. Lavo el cenicero en la cocina. Regreso junto a mi madre con el cenicero aún en la mano. Pesa mucho.

Petra acude al oír los gritos de mamá.

Dice, mirándome:

—¡Lo has matado!

Mi madre la coge y las dos se abrazan. Petra sigue gritando:

—¡Lo has matado! ¡Lo has matado!

Llega la policía. Se llevan a mamá.

El restaurante donde Louis me ha traído es muy modesto, pero Louis se comporta con mucha amabilidad. Cuando éramos adolescentes era prácticamente un delincuente juvenil. Ahora me sirve el vino. Me deja hablar. Sonríe todo el tiempo y es consciente de la distancia cultural que nos separa, incluso moral. Él es un exdrogadicto. Antes de la guerra tenía una empresa de transportes y lo perdió todo a causa de su adicción. También fue militar. Ahora conduce un camión. No el suyo.

Me ha contado todo esto sin un atisbo de pudor. Casi orgulloso. Como sintiéndose el protagonista de una película de acción de hace veinte años. Louis el Bárbaro. Louis el Proscrito. El personaje curtido por la vida. Le pregunto si, con la guerra, no pensó en regresar al ejército.

—Ni hablar —dice él.

Le cambia el semblante. Se echa hacia atrás en el asiento y me mira con distancia.

—No sabes cómo es aquello.

Me enseña un tatuaje bajo la manga del jersey. Una cobra alrededor de su bíceps.

—¿Dónde crees que me enganché? —dice después, con un punto amargo en la voz—. Además, habría tenido que unirme a la milicia. O, peor aún, a la fuerza de colaboración.

Se incorpora, se acoda en la mesa frente a mí, sonrío.

—Ahora te toca a ti.

Le cuento algunas cosas. Louis atiende. Cuando habla de su vida no me mira, mira al infinito con amargura, pero cuando le hablo de la mía, me mira con fijeza, directamente a los ojos, con arrogancia, como un actor. Sé que no me escucha. Únicamente me mira hablar. Cuando éramos adolescentes también lo hacía. Yo bajaba los ojos, me tapaba la boca para sonreír.

—¿Qué fue de Hanna? —le pregunto.

Observo su reacción. Él rehúye mi examen y se frota la nariz. Después suspira y enarca las cejas. Vuelve a llevar su silla hacia atrás.

—Hanna. Madre mía.

—Sí. Hanna. Era mi amiga, ¿lo recuerdas? Tu novia.

Él sonríe con ironía, mientras explora el local detrás de mí.

—Ha pasado una eternidad.

—Volvisteis a ser novios, ¿a que sí? —le pregunto—. Cuando acabamos el colegio. Cuando yo me fui.

Él dice:

—Sí. —Hace una mueca. Sacude la cabeza—. Pero no funcionó. Era una chica muy rara.

—Siempre pensé que os casaríais —le digo a Louis.

Doy un sorbo a mi café. Miro el reloj. Se me hace tarde y me empiezo a aburrir.

Él vuelve a acodarse en la mesa, se aproxima a mí.

—¿Tienes prisa? —me pregunta, sonriendo de un modo seductor.

—Mi madre me espera.

—Que espere —dice él.

Observo sus ojos porfiados sobre mí. Me divierte su nerviosismo, esta inversión de papeles que se ha producido con el tiempo.

—No puede ser —contesto.

—Me gustaría enseñarte mi piso. Ya que estamos aquí.

Sé que le gustaría. Sé que le gustaría oírme decir que sí. A mí también.

—Lo siento —digo, en cambio—. Me tengo que ir.

De vuelta, conduce la moto a toda velocidad. Siento vértigo, pero no digo nada, solo me pego cuanto puedo a él. Cuando llegamos, estoy temblando. Louis me quita el casco, me toca el pelo y me acompaña hasta el portal. Me detengo en la puerta. Él apoya una mano por encima de mi cabeza en la pared. Se acerca a

mí. Acerca sus caderas a las mías. Me vuelvo para buscar la llave, abro la puerta y la cierro despacio detrás de mí.

Le miro a través del cristal. Aún permanece un rato allí, con la mano apoyada en el mismo sitio, mirando cómo me alejo a través del cristal.

La casa está a oscuras, mi madre continúa sentada en el sofá. Enciendo la luz y la llevo a su habitación. La desnudo, le pongo el camisón, caliento un poco de sopa y se la doy. Le limpio con una servilleta las comisuras de la boca.

Llevo la bandeja a la cocina. Enciendo el televisor. Me quito las botas y descanso las piernas sobre el borde de la mesa. Me duermo.

Me despierto atontada unos minutos después. Aún sigue encendido el televisor. Me incorporo para apagarlo cuando alguien se me abalanza desde atrás. Intento zafarme. Caemos ambos sobre la mesa de cristal, que se rompe con estruendo. Entonces lo veo. Me coge por las piernas y me arrastra. Yo grito, me resisto, él me da una patada en la cara. Me abre las piernas y salta encima de mí. Veo el asa de mi bolso asomando por encima del brazo del sofá. Tiro de él. Encuentro el arma. La saco y lo apunto a la cara. Él se aparta jadeando, veo la lana del pasamontañas subiendo y bajando a la altura de su nariz. Quiero quitárselo, pero no me puedo mover.

Se levanta mientras lo encañono. Camina hacia atrás por el salón. Se detiene un instante en la puerta, y luego se va.

Llamo al número de Louis. La línea da el tono de aviso y al cuarto pitido salta el buzón de voz. Digo a su contestador: «¿Por qué?».

Cierro el albornoz y me quito la toalla. Recojo del suelo el bolso y la pistola. Me duele la espalda, el pómulo derecho me sangra, y la nariz. El salón está lleno de cristales.

Apenas he acabado de retirarlos todos cuando suena el timbre. Cojo el arma otra vez. Me acerco con ella a la puerta y escucho.

—Soy yo, hija —dice una voz de mujer.

Miro por la mirilla. Es la señora Chejof. Guardo el arma en mi albornoz y abro la puerta. La señora Chejof está parada en el umbral. A su lado está también ese inspector. Me cierro el albornoz.

—¿Sí? —pregunto a la anciana.

El inspector da un paso al frente.

—¿Se encuentra bien?

Mira por encima de mí hacia el interior. La señora Chejof no aguarda a que la invite a entrar.

—¿Dónde está? —pregunta.

La sigo indignada.

—¿Dónde está quién?

El inspector entra en el salón detrás de mí.

—¿Se puede saber qué quieren? —le pregunto de mal humor.

Dice con aire tranquilo:

—Su vecina nos avisó. Oyó golpes y gritos hace una hora.

—No sé de qué me habla.

La señora Chejof entra en la cocina y vuelve a salir. Se dirige al dormitorio de mamá. Le cierro el paso.

—Basta ya —le digo—. ¿Qué busca?

—Tú sabes muy bien lo que busco —dice ella.

—No. No lo sé.

—¿Dónde está mi Autiel?

—¿Cómo quiere que yo lo sepa?

La anciana forcejea conmigo para poder pasar, me empuja. El inspector la sujeta y trata de que se siente en el sofá. Casi tiene que darle un empujón. La señora Chejof cae pesadamente en él y se echa a llorar.

—¿Por qué lo escondes, perra? —dice, ocultando el rostro entre las manos.

El inspector me observa. Yo le miro a él. Le digo que iré a preparar una infusión para la señora Chejof, que haré también café. En la cocina, caliento agua y pongo la cafetera en el fogón. La señora Chejof sigue llorando, la oigo. El inspector entra en la cocina y me interroga con la mirada.

—Está histérica —le digo, poniendo una bolsita de tila en un tazón—. Le pasa a menudo.

—¿Quién es Autiel?

—Su hijo. Murió en el bombardeo del aeropuerto. Trabajaba allí.

Saco dos tazas más del armario. Le pregunto al inspector si va a tomar café. No me contesta. Me quedo mirándolo, esperando su respuesta.

—¿Qué ha ocurrido aquí esta noche? —me pregunta él.

—No ha ocurrido nada.

—Su vecina oyó gritos, golpes, cosas cayendo.

—Es una anciana. Y está perturbada.

—¿Qué le ha pasado en la cara? —me pregunta él.

Me llevo la mano al pómulo. Con la otra me cierro el albornoz.

—Me he caído.

—¿Dónde? —dice él—. ¿Aquí? ¿Por eso están rotos los muebles?

—No están rotos.

—¿Por qué los ha recogido? No se ha caído, ¿verdad?

—No. —Le doy la espalda—. Aquí no. Fue en el trabajo. —Saco una

bandeja y pongo en ella las tazas. Retiro la cafetera del fogón.

—No me mienta.

Me vuelvo hacia él.

—Le estoy diciendo la verdad.

Pongo la cafetera en la bandeja, la leche y el azúcar, y me dispongo a salir. El inspector cierra la puerta.

—Me acuerdo muy bien de su dirección —dice, cuadrado frente a ella—. Cuando oí el aviso de su vecina por la radio de la comisaría, les dije que vendría yo personalmente.

Lo miro sin contestar.

—Es la misma casa —dice el inspector—. Entonces yo no era inspector, no era más que un agente, un mocoso. Y usted, una niña.

—No sé a qué se refiere.

El inspector sonrío. Se trata más bien de una mueca.

—Lo sabe muy bien. Fue hace veintidós años. Pasó un año en un correccional.

Lo miro con impaciencia.

Digo:

—No sé lo que estará haciendo esa mujer, inspector, déjeme salir. Es una anciana muy nerviosa.

—Después se fue al oeste —continúa el inspector—. Se casó. Tuvo una hija. Se volvió a casar y su marido murió. Entonces vino a cuidar de su madre.

Contengo una mueca. Sonrío.

—¿Está obsesionado conmigo, inspector?

Él sonrío también.

—Habló entonces —dice—. No hay ninguna razón para que calle ahora.

Dejo la bandeja en la encimera e intento abofetearlo. Él me sujeta las muñecas. No opongo ninguna resistencia. Me suelta. Abro la puerta, recojo la bandeja y la llevo al comedor.

—¿Por qué no viene? —se lamenta la vieja—. ¿Por qué no vuelve a su casa?

Me siento a su lado. Le tomo la mano.

El inspector permanece de pie frente a las dos.

—Tendrá que venir conmigo a Jefatura —dice.

Lo ignoro.

—Vamos, Inna, no llore —le digo a la señora Chejof—. Tómese la infusión.

—Coja su abrigo —insiste el inspector.

Digo sin mirarle:

—Iré mañana. No puedo dejar sola a esta mujer. ¿Es que no lo ve?

El rostro del inspector se ablanda. Me mira a los ojos tan fijamente que me asusta.

—Está bien —dice al fin—. Tenga cuidado.

Se marcha. Suelto a la señora Chejof, me levanto del sofá.

—Váyase a su casa, Inna —le digo, alzando la voz—. Autiel ya no volverá.

La ayudo a ponerse en pie. Ella se tambalea. Por un momento, pienso que se va a desplomar. Sigue llorando quedamente hasta la puerta.

—Vamos, márchese ya. Quiero irme a dormir.

De pronto deja de llorar.

—¿Cuándo será el entierro de tu madre? —me pregunta.

La miro horrorizada.

—No diga barbaridades. Vamos, váyase.

Marco el número otra vez.

—¿Sí?

Tiene la voz pastosa. Estaba dormido.

—¿Razha? —pregunta—. ¿Eres tú?

—¿Te ha gustado? —le pregunto con rencor—. ¿Te ha gustado o no?

Le oigo bostezar.

—¿Qué? ¿Qué hora es? —Oigo cómo se incorpora—. Joder, son más de las dos. Razha, ¿estás bien?

—¿Que si estoy bien? No lo sé. Me acaban de violar. ¿Qué dirías tú?

Louis no contesta.

Tras una pausa, dice:

—¿Has llamado a la policía?

—No ha hecho falta. La policía ya ha estado aquí.

—No te muevas —dice—. Voy ahora mismo para allá.

—Usa tu llave —le digo con todo el odio que soy capaz de expresar.

Me acuesto con el arma. Miro el reloj. Son las dos y media de la madrugada. Cierro los ojos e intento dormir. Cuando los abro, el reloj de la mesilla ya marca las tres. Busco el arma y la aprieto contra mí. Me incorporo. Tengo el albornoz enredado alrededor de los pies. Intento desembarazarme de él, pero estoy muy cansada y me vuelvo a dormir.

Ruidos en el salón. Empuño el arma, me muevo en la cama para salir, pero mis pies continúan atrapados en el albornoz. Estoy desnuda.

—¿Cómo has entrado? —le pregunto.

—La puerta estaba abierta —dice Louis.

—No. No es verdad.

Aparta las sábanas. Se quita el jersey, el pantalón, el slip. Se acuesta a mi lado. Está frío, sus piernas, sus brazos. Me quita el albornoz, oigo su respiración suave en mi nuca. Aprieto el arma contra mí. Él roza mis pechos, aparta mis muslos, introduce una pierna entre ellos. Baja la mano por mi vientre, escarba en mi vello, mete los dedos y los vuelve a sacar. Empujo su cabeza por mi estómago y la dejo allí. Un instante después me sacude un estertor.

VII

En la tele se ve un puesto de defensa antiaérea, vehículos blindados. Se ven soldados sembrando de minas el suelo alrededor de una granja. Se ve un campo de refugiados. El envío de tropas a la frontera se realiza con regularidad desde ayer, dice un locutor. Los aviones sobrevuelan las ciudades al este. En Slavensk, los tanques se han apostado en la frontera. En Yenalchevsk, cerca de Gorensk, el ejército ha tomado la comisaría y ha volado la estación de ferrocarril. El ruido de las explosiones inunda el comedor. «No existen tropas de autodefensa —dice el locutor—, la ciudad está completamente rodeada por las tropas del régimen criminal.» Dice que cada noche disparan al aire para intimidar a la gente, que están listos para atacar.

No dice nada sobre Panóv.

Marco el número que Heidi me dio. Nadie contesta.

Marco el número de Zhrinovski. Salta el contestador.

Digo al teléfono:

—Necesito hablar contigo.

Aguardo un instante, como si él me fuera a contestar. Y luego cuelgo.

El servicio de autobús está cortado. Han sonado las alarmas, hay soldados por todas partes. Redirigen el tráfico y nos señalan por dónde tenemos que ir. No hay transporte público hasta Yensen, tengo que ir a pie. Llego con veinte minutos de retraso. Cuando termino de cambiarme, Patel me llama y me hace seguirla a su despacho. Me pide una explicación.

—Están bombardeando Slavensk, lo han dicho en la televisión.

—Y eso qué —contesta ella.

La miro con perplejidad.

—Han interrumpido el servicio de autobús —le digo—. Estamos en guerra.

Patel empuja el respaldo de su silla hacia atrás. Me contempla sonriente desde allí.

Dice:

—La próxima vez te vas a la calle.

No contesto. Ella se balancea adelante y atrás.

—De todas formas, este trabajo no es para ti. Tú necesitas otra cosa.

—No necesito otra cosa —digo yo—. Necesito esto.

—Eres demasiado mayor. Necesito chicas más jóvenes aquí, no tú.

—Tú no me puedes echar.

—No. Pero me encargaré de que te echen, zorra.

La miro con asombro. Podría denunciarla por hablarme así, pero de qué serviría. Si al oeste se han reanudado los ataques, pronto lo harán aquí también. Quién sabe cuánto tiempo permanecerá la fábrica en pie.

—Ya lo veremos —le digo.

—Sal de mi vista —dice Patel.

Paso la noche pendiente de mi celular. Me fumo un cigarrillo sola en el chiscón. No he visto a Gleb en toda la noche, quizás no haya venido a trabajar. Cuando salgo, una de las chicas me está esperando. Me pregunta si es verdad lo que ha oído.

—¿Qué has oído?

—Que vendes mierda.

—¿Quién te ha dicho eso?

—No lo sé. Lo he oído por ahí.

—Creí que nadie conocía este escondite —le digo—. Vamos, vete de aquí.

—La necesito —dice ella—. Mi hermana está enferma. Y yo estoy harta de todo, no puedo más. Además, te la puedo pagar.

—Aquí no pienso vender.

—Pues eres tonta —me contesta—. No solo yo te compraría.

Quizás tenga razón, pienso. Y si, al fin y al cabo, esta cuadra va a desaparecer un día u otro, qué razón hay para preocuparse.

Le digo que le traeré un poco al día siguiente.

—No traigas un poco —dice ella—. Trae más. Harás negocio.

La chica se marcha. Aplasto el cigarrillo contra el suelo y recojo la colilla para depositarla en mi cubo. Entonces oigo cómo se abre la puerta tras de mí.

Es Gleb.

—¡Gleb! —le digo—. Pensaba que no habías venido hoy.

Gleb entra en el cuarto y se sienta en un pilar roto frente a mí.

—Así que es verdad. —Sonríe.

—El qué.

—Que vendes costo.

Le miro sin contestar.

—No sé de qué me hablas —digo, disponiéndome a salir.

Él se interpone entre la puerta y yo. De una patada, la cierra.

—No seas ambiciosa —dice—. Yo he compartido contigo el negocio de aquí.

—Y yo, las ganancias.

Intento pasar. Gleb me sujeta por el brazo.

—¿Te interesa seguir trabajando en la fábrica o no?

Suelto mi brazo de un tirón.

—Métete tu trabajo por el culo —le digo.

Abro la puerta. Gleb me agarra por el hombro y me derriba. Desde el suelo, veo entrar a Patel. Se queda mirándonos a los dos. Mientras Gleb se adelanta y sale del chiscón, ella vuelve la cabeza para verlo marchar. Luego me echa una ojeada.

—No creas que no pienso informar —dice con rabia.

Me levanto, sacudo mis ropas, empujo mi carrito hacia la planta de embalaje.

Termino mi turno. Un rato antes de marcharme suena mi celular. Es Zhrinovski.

Dice:

—Ya no es seguro que me llames aquí.

Le digo que necesito más mercancía para vender.

—No tengo nada —dice él—. A partir de ahora no habrá más.

Le pregunto por Slavensk. Quiero saber qué pasa allí.

—¿Qué crees tú que pasa? —me contesta con mordacidad.

Siento miedo.

—¿Llegarán aquí?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Puedes estar tranquila un día o dos.

Guardo silencio. Le digo que mi hija está en Panóv.

—Panóv está lejos —dice él—. Está mejor allí.

—Necesito dinero para ir a recogerla. No me queda nada que vender.

—Ya te he dicho que no tengo más.

—No te creo.

Suspira. Tras una pausa, agrega:

—Está bien. Te llevaré algo mañana al sitio habitual.

—No. Esta noche. Tráemelo aquí.

A la hora de salida, Zhrinovski me está esperando en el aparcamiento. Ha venido en el camión del ejército, solo, sin Mogdovoi.

—¿Has traído el dinero? —me pregunta.

—Claro que no. ¿No creerás que lo llevo conmigo a todas partes?

Me mira sopesándolo.

—Está bien —dice—. Vamos, sube. Te llevo a casa.

Dentro hace calor. Me da el paquete. Es más grande que otras veces. Al llegar a mi casa se queda esperando en el camión.

—Tráelo —dice—. Te espero aquí.

—El qué.

—El dinero.

Gano tiempo. Enciendo un cigarrillo. No sé qué decir.

Al fin digo:

—No seas estúpido. No lo guardo en casa.

Antes de ponerse en marcha, Zhrinovski me mira con desconfianza desde la oscuridad.

—Son muchos favores, señora —dice—. No abuses de mí.

A la mañana siguiente llamo a Panóv. Me contesta una voz de mujer:

—Comisaría de Panóv. Dígame.

Miro el número escrito en el papel.

Digo:

—¿Es el 666 34 82?

—Sí —responde la mujer—. ¿Con quién quiere hablar?

—Con Heidi.

—¿Con quién?

Le digo que soy la madre de Heidi, la amiga de Denis. Le digo que hablé con mi hija la semana pasada. Le explico lo del accidente y la carretera cortada, y que mi hija me dijo que mientras todo se arreglase permanecerían allí.

—¿Aquí? ¿En la comisaría?

—¿Perdone?

Se hace un largo silencio. Oigo respirar a la mujer.

—¿Quién es usted? —me pregunta.

—Ya se lo he dicho —contesto de mal humor—. Quiero hablar con mi hija.

—Aguarde un momento, por favor.

Permanezco un rato a la espera. No sé qué significa todo esto, ni por qué no me dicen dónde está mi hija. Miro el papel otra vez, son mis números. Los que yo escribí. Lo arrugo con impaciencia.

Una voz de hombre contesta al fin:

—Señora, le habla el agente Gurev. ¿Ha perdido a su hija?

Cuelgo.

Solo un instante después, el teléfono vuelve a sonar.

—¿Señora? —dice la misma voz—. Se ha cortado la comunicación. ¿Ha perdido a su hija?

—No —le digo.

—¿Se encuentra bien?

No. No me encuentro bien.

—He debido de marcar mal —respondo—. Eso es todo.

El agente no parece satisfecho. Permanece callado.

—¿Está segura de que no necesita ayuda? —dice al fin.

—Sí.

—Está bien —dice contrariado—. No vuelva a llamar a la policía si no se trata de una emergencia de verdad.

Cuelgo. Voy al cuarto de baño. Me inclino sobre el inodoro y vomito.

Louis ha venido a buscarme al instituto. Es invierno. En el camino, nos detenemos en el parque. Nos sentamos en un banco y Louis me besa. Me gusta que me bese. Y que me toque. Enseguida empieza a anochecer. Nuestro banco de siempre es invadido por una pandilla de chiquillos y vamos a sentarnos a los soportales del edificio en construcción, al otro lado del solar. No hay nada allí. Solo hierros retorcidos y hierbajos. Hay también un tresillo que alguien ha tirado. Sale vaho de nuestras bocas. Louis se quita el anorak, lo extiende sobre el tresillo para que yo me siente en él y cuando estoy a su lado me susurra al oído. Cada palabra suya me estremece. Es como si me cayera dentro de él. Me acaricia el cuello. Casi no puedo respirar.

Unos hombres se llevan a mi madre. Petra llora. Yo les digo que no, que me lleven a mí. Sí, dice Petra, llévensela.

Tengo las manos manchadas de sangre. Un policía me pregunta si quiero una Coca-Cola, le digo que sí. Me la trae. Me pregunta por mis manos, por el colegio, quiere saber si me gusta estudiar. Cuéntame lo que le has contado a la agente hace un rato, me dice. Sí, le digo yo. Se lo cuento. He sido yo, le digo. Le golpeé con el cenicero. ¿Por qué lo hiciste?, me pregunta. ¿Te hizo daño? Le cuento lo sucedido. Le hablo de mis miedos nocturnos. Le describo la habitación del hotel. Le cuento que yo siempre enciendo la tele y me siento en una silla lejos de la cama. Continúa, dice él. Él viene y me obliga a ir con él. Nos sentamos en la cama. Él me abraza. ¿No te gusta que te abrace?, dice el policía. ¿Te duele? Me gusta que me abrace. Me gusta todo lo que me hace, aunque eso

no se lo digo al policía. Incluso cuando me toca. Hay un rótulo luminoso, le digo, en la ventana del hotel. Ahí pone cómo se llama. ¿Y luego qué?, pregunta el policía. Él se quita el abrigo. Lo extiende sobre la cama y se sienta junto a mí. Vemos la tele. La luz que entra por la ventana ilumina el cuarto de verde. Es como un pozo. Es como si me cayera dentro de él.

Me sacan del colegio y me llevan a esa institución. Es un sitio muy grande lleno de mujeres y ancianas. Apenas hay chicas jóvenes como yo. Una mujer viene a verme cada noche. No parece una reclusa. Dice que si hago todo lo que ella me dice saldré mucho antes de allí. Se desnuda y se mete conmigo en la cama. Coge mi mano y la lleva dentro de sus bragas.

Vuelvo a mi pueblo. Heidi viene conmigo, por entonces ya ha muerto Ber. Han bombardeado San Patricio, lo he visto en la televisión. El hospital está en llamas. Dejo a Heidi en la cama y corro hacia allí. Hay un cuerpo quemado en la plaza. Es un niño. Sigo corriendo. Rescato a mamá de las llamas y regreso con ella a casa. Donde estaba el cuerpo quemado hay ahora una mancha nada más.

Lo hago todo bien. Todo sale bien. Mamá está bien. Heidi está bien. Yo estoy bien.

Preparo los paquetes. Hago solo unos pocos. Pongo el resto de la mercancía dentro del bolso.

Me preparo para volver a Yensen. Me duele la cabeza, estoy sudando, me pongo el termómetro de mamá. Tengo fiebre. Voy al cuarto de baño y orino. Hay sangre en la taza. En el armario no hay compresas ni tampones. Arranco un trozo de algodón y lo coloco en mis bragas. Me tomo un analgésico caducado y un Orfidal también caducado de mamá.

No hay línea de autobús. Un soldado me indica que a partir de mañana tal vez no pueda ir más a trabajar.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Por el toque de queda —dice él.

De modo que ya ha empezado.

Me dirijo a la fábrica por la avenida de circunvalación. Los coches pasan a mi lado a toda velocidad. Algunos llevan maletas, se marchan. Al llegar a Yensen, veo gente haciendo cola frente al almacén.

Llego con una hora de retraso. Me desnudo rápidamente, estoy temblando, la piel de mis pechos está casi azul. Me pongo la bata de trabajo y guardo los paquetes en el carrito, debajo de los productos de limpieza. Dejo el resto en el bolso. Salgo al pasillo evitando tropezarme con Patel.

Paso una hora sola, fregando los suelos de la planta de envasado. No me cruzo con nadie, se diría que soy la única que ha venido a trabajar. A las once, en la escalera, me encuentro con la chica del día anterior.

Me dice:

—¿Lo has traído?

Contesto, mirando hacia atrás:

—¿No ha venido Patel?

—Ya lo creo. Ha preguntado por ti. Tengo mucho dinero, mira.

Me muestra las manos llenas de billetes. Le doy varios paquetes.

—Cuéntalo —me dice.

—No. Está bien.

—Cuéntalo —insiste—. Quiero más.

Lo cuento. Hay dinero suficiente para dos paquetes más. Se los doy. Otra chica se nos acerca. Suelta el carrito y pregunta:

—¿Es lo que creo?

También quiere. Pronto acuden las demás, todas quieren comprar. Al cabo de unos minutos tengo más dinero en los bolsillos del que había calculado que podría sacar. Pero se me acaban los paquetes, debo ir a por más.

Les digo:

—Esperad aquí.

Voy a los vestuarios y cojo los dos paquetes grandes de mi bolso. No tengo ni idea de cómo los voy a cortar. Me siento enferma, la cabeza me da vueltas. Me toco, estoy ardiendo. Dejo el carrito con las cosas junto a las taquillas, cojo el bolso y voy a fumar al chiscón.

Pensaba que tal vez Patel lo habría cerrado, pero aún está abierto. Acabo de encender un cigarrillo cuando entra Gleb.

—Ya sabía que te encontraría aquí —dice.

Viene hacia mí. Me arranca el cigarrillo de la boca de un bofetón. Se baja el pantalón. Le digo que estoy con la regla y se ríe de mí. Me tira al suelo. Me patea el estómago. Intenta quitarme el bolso y lo sujeto fuertemente contra mi pecho. Vomito en sus pies.

—¡Putas asquerosas! —dice.

Me vuelve a patear, esta vez en la cabeza. Me registra los bolsillos de la bata. Coge todo el dinero que hay. Me quita el bolso. Cuando encuentra lo que busca, lo arroja encima de mí.

—No vuelvas más por aquí o te mato —me dice antes de salir.

Cierro los ojos.

Cuando recobro el sentido estoy sola en el chiscón. Siento sabor a hierro en la boca. Con mucho trabajo, me levanto, cruzo el cuarto hasta la puerta, que está cerrada con llave, forcejeo, la puerta se abre y entra Patel.

—¡Joder! —dice, mirando a su alrededor. Vuelve a enfocar su mirada en mí —. Nunca he conocido a nadie a quien me gustara tanto echar a patadas.

Me agarra por el cuello y me golpea la cara con el puño. Al segundo golpe me hace caer.

—Coge tus cosas y lárgate.

Permanezco inmóvil con los ojos cerrados.

Patel sale del chiscón, la oigo alejarse.

Levanto el brazo. Me duele terriblemente el costado. Busco a tientas el bolso, que he visto cerca, en el suelo, antes de caer. Busco en él mi celular. No veo, siento los ojos húmedos, quizá sanguinolentos. Cuando consigo enfocarlos, en la lista de llamadas localizo el número de Paul. No contesta. El de Zhrinovski. Tampoco. Solo queda el de Louis. Llamo.

Contesta él:

—¿Razha?

Algo está haciendo una enfermera en mi cara.

—¿Dónde estoy? —le pregunto.

—En el hospital de la Cruz Roja —dice ella.

Miro a mi alrededor. La habitación es pequeña, está pintada de azul. Hay desconchones en la pared, orificios de bala.

Está oscuro.

—¿Es de noche? —le pregunto.

—Cálmese —dice ella. Me está aplicando algo frío y blando en la cara—. No debe hablar. Se le saltarán los puntos.

Me asusto.

—¿Puntos? —digo, llevándome una mano al rostro.

La enfermera me la aparta con suavidad.

—No se toque —dice—. No es nada, un corte en el pómulo. No le quedará señal.

Levanto el brazo, me duele. Me miro la muñeca, está conectada a una vía. Siento un ligero malestar.

La enfermera se fija. Me dice:

—No le pasa nada, pero ha sido una buena caída. —Me mira de refilón—. Si le ha sucedido en el trabajo, debería dar parte enseguida.

—Ha sido culpa mía.

Termina de manipularme la cara y deja una gasa manchada de sangre sobre la bandeja que hay en la mesita auxiliar.

Dice:

—Es una suerte que la hayan traído tan rápido.

—¿Quién me ha traído? —le pregunto.

—Él.

Señala detrás de mí.

Sentado en un sillón bajo la ventana está Louis. Tiene la cabeza apoyada contra el cristal. Duerme.

La enfermera sale de la habitación y el ruido de la puerta despierta a Louis. Tiene un aspecto desaliñado, como si acabara de salir de la cama hace un rato.

Se pone en pie. Cuando hace amago de acercarse a mí, cierro los ojos.

—¿Razha? —susurra.

Me incorporo y aparto la cara de él.

Él rodea la cama y se sienta a mi lado.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta.

—Bien —respondo.

Mira a su alrededor. Suspira.

—Tuve que traerte aquí. No sabía qué hacer. ¿Qué ha pasado?

Levanto la cabeza y dejo que mis ojos lo miren de refilón.

—No tuve más remedio que llamarte —digo con frialdad—. Me caí.

Él me sostiene la mirada.

—¿Hemos venido en moto? —le pregunto.

Louis sonrío.

—No.

Miro su mano, apoyada en el embozo de la sábana, cerca de la mía. La toco.

—Dime —le pregunto—. ¿No puede ser de otra manera?

Él la aparta, alguien ha entrado en la habitación.

Es Paul.

Lleva una bata azul. Su nombre está bordado en el bolsillo. Nos mira un instante antes de hablar.

—Hola, Razha —dice.

—Hola, Paul —contesto yo.

Louis toma mi mano y la oprime.

—Será mejor que yo me vaya —dice, mirando a Paul. Vuelve el rostro hacia mí—. Adiós, Razha.

Levanto apenas los ojos.

—Adiós —contesto.

Louis cruza el cuarto y sale de la habitación. Paul se gira para verlo salir. Cierra la puerta y camina sonriente hacia mí.

—¿Es la clase de tío que te gusta, Razha? ¿Un matón?

Le miro con perplejidad. Él me devuelve una mirada rencorosa, que paulatinamente se va volviendo infantil.

—Lo siento —dice con tristeza—. No quería decir eso. Bueno —añade, frotándose las manos con profesionalidad—. ¿Qué ha sido esta vez?

Aparto los ojos.

—La fábrica no es un lugar muy seguro —le digo—, está a punto de venirse abajo. Me caí.

—Eso explica los hematomas de la espalda, sí. ¿Y los cortes en la cara? ¿Te los hiciste al afeitarte?

Vuelvo los ojos hacia él. Me pregunto qué aspecto tendré. Me encojo de hombros y le digo:

—Soy un monstruo.

—Lo eres. Desde luego que sí —dice él. Durante un segundo parece reflexionar—. Si quieres, la policía puede estar aquí en unos minutos.

—Cállate —le digo.

Aparto los ojos de él. De pronto me acuerdo del bolso. Registro con una mirada nerviosa la habitación hasta que doy con él. Está colgado en la butaca donde estaba sentado Louis.

Le digo a Paul:

—Dame eso.

Paul mira el bolso. Cruza despacio la habitación. Coge el bolso y me lo da. Lo registro con ansiedad.

—¿Qué sucede? —me pregunta.

Sonrío con resignación.

—Nada.

Extiendo la mano hacia él. Le digo:

—Ven aquí.

Me mira con reticencia. Se acerca hasta la cabecera de la cama, pero se mantiene a cierta distancia de mí.

Aparto la mano.

Digo:

—¿Has tomado ya una decisión?

Él baja los ojos.

—No —se detiene. Hace una pausa. Dice al cabo, mirándome de nuevo—:

Mi madre quemó tu dinero.

Contengo una mueca de pesar.

—Esa estúpida —contesto.

Paul me mira.

—¿Por qué te odia tanto? —me pregunta.

—No lo sé. —Sonrío—. ¿Por qué no la odio yo?

Paul se acerca a la cama un poco más. Se sienta a mi lado. Descuelga de su cuello el estetoscopio y se lo ajusta en los oídos.

—Incorpórate —dice—, voy a auscultarte.

Obedezco. Me cuesta enderezarme, me duelen las costillas.

Le digo:

—¿Me he roto algo?

—No —dice Paul.

Aplica el fonendo a mi esternón, por encima de la bata. Lo desplaza por mi pecho. Le miro. Aparto un poco la bata, sonriendo con media cara nada más.

—Siempre has sido un buen chico —digo—. No te pareces nada a ella.

Levanto la mano derecha y la llevo a su cabello. Lo alboroto, como cuando era pequeño.

Paul aparta mi mano y la retiene. La oprime dentro de su puño. Me libero de un tirón.

—Me haces daño.

—Tómame esto —dice él.

Es una pastilla. La trago con un poco de agua que él me da.

—Iría contigo a cualquier parte —digo sin mirarlo—. Adonde fuese. Sabes que hablo en serio.

Paul se levanta de la cama y retrocede un paso. Después da media vuelta y sale de la habitación.

A las cinco me despiertan las alarmas. Por la ventana, hacia el oeste, hay un ligero resplandor, deflagraciones dispersas que iluminan regularmente el

horizonte. En el pasillo aumenta el ruido de pisadas. Algunas carreras. Nadie habla. Nadie entra. Cuando cesa la última alarma, me vuelvo a adormecer. Ya no se oye nada, solo un retumbar sordo de explosiones aún lejanas.

Algo me despierta. Abro los ojos, veo a Paul parado en la oscuridad. Viene hacia mí. Se sienta en la cama. Me incorporo y él me toma en sus brazos y me estrecha contra sí. Me abrazo a él. Recorro su cara con la mía, desde que era un niño no lo había vuelto a hacer. Beso sus ojos, su nariz, su boca. Beso sus manos, respiro su olor. Huele a polvos de talco, a alcohol. La cabeza me da vueltas. Aparto las sábanas y lo atraigo hacia mí. Está ardiendo también.

—Te quiero —digo.

Me duele tanto que me enferma. Me hace sentir mareo. Y un deseo de morir. Permanecemos abrazados hasta el amanecer.

VIII

El tratado del final de la guerra prohibió la construcción de dirigibles. Sin embargo, el 13 de octubre de 1928, el *Hindenburg* cruza Alemania y pone rumbo a las costas de América. Solo en una ocasión un dirigible había intentado cruzar el Atlántico.

No lo logró.

Tengo un aviso de Louis en mi celular.

Dice:

Put a mentirosa. Sin golpes no es igual, ¿verdad?

Retiro las manos del teléfono y voy a ver a mi madre. La tapo con la manta y cruzo el cuarto apoyándome en el bastón.

Me preparo algo de comer. Enciendo la tele. En la pantalla, un locutor de rostro contorsionado por el frío emite un parte. Tras él, una plaza llena de humo, polvo, disparos. Hay heridos. Hay contenedores calcinados y gente oculta entre los restos de un edificio.

«En Panón —dice el locutor— ha sido atacada la sede del gobierno militar.»

Siento que se me detiene el corazón.

Escruto los rostros. La busco entre los edificios. Busco su cara infantil, su cuerpo lleno de vida entre las caras y los cuerpos de los heridos que muestra la televisión. Y en medio del caos reinante me parece ver su pelo, su anorak. Me parece verla moviendo los brazos hacia mí.

Heidi.

Metó unas cuantas cosas en una bolsa de viaje y salgo de casa con precipitación. Ni siquiera he pensado cómo voy a llegar hasta allí.

Cuando alcanzo la calle, Louis está parado en el portal. Lleva el casco de la moto en una mano y en la otra unas flores. Avanzo hasta la puerta y él se vuelve. Tiene la cara enrojecida, de la boca le sale una espiral de vaho.

Abro.

—Hola —dice sonriente. Me tiende las flores.

Las miro.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a ver cómo estás.

Me cuesta un gran esfuerzo contestar.

—Estaba a punto de marcharme —le digo—. ¿Por qué no has llamado?

Él vacila. Mira al suelo, se aparta el flequillo.

—He perdido mi teléfono —dice—. Debí de perderlo anoche de camino al hospital.

Le contemplo sin expresión. Tras un instante, le pregunto:

—¿Has venido en la moto?

—Sí.

Tomo una decisión.

—Llévame a Panónv.

—¿Qué?

—Necesito que me lleves a Panónv.

—¿Panóv? —repite él—. Eso está a más de trescientos kilómetros de aquí. Echo a andar delante de él. Louis me retiene por el brazo.

—Espera —dice. Mira las flores y después me mira a mí—. Vamos, dame una oportunidad. Sé que no soy médico, pero eso no es todo, ¿no? Hace mucho que nos conocemos.

Aguardo un instante. Él sigue mirándome.

—Está bien —contesto. Me pongo los guantes—. Voy a Panóv. ¿Vas a llevarme?

Sonríe. Acerca su cara a la mía como si fuera a besarme, yo me aparto.

—Ponte esto —dice él.

Me da su casco. Él saca un pasamontañas del bolsillo y se lo cala. Veo sus ojos a través de los agujeros, observo su reacción.

No hay ninguna. Me subo a la moto.

Salimos.

Es temprano, apenas hay tráfico. La carretera está helada y el hielo a veces nos hace derrapar. Me da igual. He calculado que, a esa velocidad, en tres horas más o menos estaremos en Panóv. El único problema es que, en la moto, los seis grados de temperatura del exterior se transforman en menos seis, y el aire en un viento glacial. Con el casco, el frío es tan intenso que me duele. Sin él, no creo que Louis aguante hasta Panóv.

La bruma se espesa a ambos lados de la carretera. Más adelante, a unos doscientos metros, hay parado un camión militar. Louis reduce la velocidad. Nos paramos, pero el hielo hace que la moto derrape y Louis pierde el control. Salgo despedida y aterrizo unos metros más allá. El asfalto me ha desgarrado la tela del pantalón y me duele la cadera.

Miro hacia atrás. No veo nada con el casco puesto y forcejeo para quitármelo. Afuera hace un frío mortal, me falta la respiración. Algunos soldados se aproximan. Mueven los brazos y gritan. Busco a Louis. Lo veo tirado en el suelo al otro lado del arcén.

Petra está sentada en el banquillo del pequeño tribunal. El hombre que le hace preguntas la obliga a mirarlo. Sin embargo, ella se vuelve todo el rato a mirar a mamá. Mamá la mira a ella con dureza. Petra se pone a llorar y el hombre pierde un poco la paciencia. Ya es casi una mujer, pero se sorbe los mocos, se restriega la nariz. Tiene el pelo amarillo y el culo gordo.

El hombre vuelve a preguntarle qué sucedió.

Petra dice que nuestro padre y nuestra madre estaban discutiendo en el comedor. Dice que nosotras acudimos a ver lo que pasaba. Dice que ella no quería ir y que, pese a todo, yo la obligué. Me mira, oculta el rostro entre las manos. El hombre le habla al juez que está sentado en el estrado y se aproxima a Petra. Le dice que no tiene nada que temer, que diga la verdad.

Petra dice que me vio coger el cenicero, dirigirme a nuestro padre y golpearle en la cabeza con él. Dice que seguí golpeándolo hasta que mi madre me obligó a parar.

Mamá tiene los ojos cerrados, ojeras, está despeinada. Parece una mujer mayor.

El juez dicta sentencia.

A mí me llevan a una institución donde permanezco un año.

La iglesia es más que nada un recinto derruido, sin la parte izquierda del ábside. Los retablos de uno de los laterales han sido trasladados allí para tapar la oquedad. Hace frío.

Somos muy pocos los que nos congregamos allí, cinco o seis personas aparte de mí. Es de esperar que un hombre joven tuviera más amigos. Novias. Hijos. Pero no.

A pesar de todo, cuando el féretro se cierra, siento que algo se sella dentro de mí.

Acabada la homilía, salgo al exterior. No me paro a hablar con nadie. Avanzo hasta la marquesina y me siento a esperar. Tal vez pase un autobús, o alguien se pare.

Suena un chasquido y las farolas de la calle parpadean. Finalmente, solo se enciende una de ellas, tan lejos de mí que no llego a quedar iluminada por su cono de luz. Hace frío, se me duermen los pies.

Un coche patrulla se detiene junto a mí. Ese inspector de policía baja la ventanilla y me habla desde el interior.

—La he estado buscando —dice—. Suba.

Tengo tanto frío que obedezco. Mientras rodeo el vehículo pienso en mi aspecto. Hace días que no como ni duermo. No me he maquillado. Llevo la ropa sucia.

Entro en el coche y cierro la puerta sin estruendo. Dice el inspector:

—¿Era amigo suyo?

—Sí —contesto—. Del colegio.

Deja escapar el aire por la nariz. Sacude la cabeza.

—Es una pena. —Vuelve la mirada hacia mí—. ¿Se encuentra bien? ¿Sufrió usted algún daño en el accidente?

—No —le digo—, estoy bien. Solo me duele un poco la cabeza.

Como si no me hubiera escuchado, el inspector se apresura a preguntar:

—¿Adónde iban? ¿A Panóv?

Siento mi espalda tensa separarse levemente del asiento.

Miro al inspector.

—No.

Él saca un paquete de tabaco del bolsillo y me lo enseña.

—¿Le molesta el humo para el dolor de cabeza?

No contesto. El inspector hace un gesto afirmativo que parece dirigirse a sí mismo. Guarda el paquete en el bolsillo. Se endurece su expresión.

—Sé que habló con la comisaría de Panóv. Reconocieron su voz. Comprobaron que era el mismo número de teléfono.

Sigo sin decir nada.

—Me llamaron —dice—. También se acordaban de mí.

Me vuelvo airada hacia él.

—¿Por qué no me deja en paz? ¿Qué quiere de mí, eh, inspector?

—Quiero ayudarla —dice con expresión apenada.

Se me escapa una carcajada amarga.

—No me haga reír, por favor. Ustedes no ayudan a nadie. Son todos iguales, igual de inútiles.

Sacude la cabeza con pesar.

—Reconozco que en aquella ocasión no hicimos mucho por usted.

—No hicieron nada —digo con odio.

Me mira a los ojos con los suyos hechos dos rayas.

—Todo estaba patas arriba. A mí me metieron en un camión militar y me llevaron al oeste. Sé que usted lo pasó mal, que su infancia fue trágica, y que luego lo de su hija...

—¡Basta! —le interrumpo—. Déjeme en paz.

Busco el tirador de la puerta y hago amago de salir. El inspector me retiene. Coge mi mano y la sujeta.

—Solo quiero ayudarla. Déjeme ayudarla.

Contengo una náusea. Miro a los ojos del inspector, semiocultos bajo el pronunciado arco ciliar.

—Inspector, aquello sucedió hace mucho tiempo. —Bajo la vista a mi mano, atrapada entre la suya. La suelto—. Por fortuna, todo terminó.

El inspector me examina como si comprobara que digo la verdad.

—¿Qué pasó aquella noche en su casa? —me pregunta—. ¿Quién era el hombre que la atacó?

Rehúyo su examen mirando por la ventanilla al exterior.

—No sé de qué hombre me habla. No pasó nada.

—Sé que no me dice la verdad. Sé que le han hecho daño. Dígame la verdad.

Me vuelvo en el asiento para quedar de frente a él.

—¿Qué quiere de mí, inspector? ¿Quiere follarme, eh?

Me desabrocho el abrigo. Tiro de la chaqueta y de la blusa y aparto las trabillas del sujetador.

El inspector me contempla un instante. Luego cierra los ojos.

Se vuelve hacia el volante y enciende el motor.

—Vístase —dice—. La llevaré a su casa.

Con un abrigo que no es verdaderamente el mío, sigo al soldado que lleva nuestras cosas por la carretera del norte que va a Panóv hacia el puesto de vigilancia. Allí las coloca en un vehículo militar al que me hace subir. Pregunto al conductor en su idioma adónde vamos. Pregunto al soldado que se sienta a mi derecha qué va a pasar si mi hija regresa y yo no estoy allí. El soldado se retrepa en el asiento mientras abre la ventanilla. Le grita algo a la larga fila de personas que avanza penosamente por la carretera delante del camión, con sus pertenencias a cuestas. Enciende un puro y lo mastica más que lo fuma mientras el camión trenza su camino por entre medias de los otros vehículos que se dirigen hacia la frontera siguiendo el convoy.

—Aquí no podemos hacer nada más —dice el soldado—. La llevamos a la comisaría de Panóv.

En el cruce con la autopista del este, una furgoneta que circula a gran velocidad desobedece el retén de soldados que le da el alto y va a dar de lleno contra el camión donde viajamos. Chocamos contra una tanqueta parada en el arcén. Salgo despedida hacia la parte de atrás, en medio de una lluvia de cristales rotos.

Me rehago y bajo entre el gentío que comienza a reunirse. No me he herido, digo. Respondo a las preguntas de un oficial que me habla en un dialecto cerrado. Encuentro el abrigo que me dieron y me lo echo por los hombros, hace frío. El oficial me traslada a otro vehículo, da el nombre de la comisaría de Panóv al conductor. Voy encogida en una esquina del camión, exhausta y

tiritando, durante el resto del viaje.

Así que llegamos a la comisaría, una enfermera viene a verme. Quiere curarme las heridas, le digo que estoy bien. Me da una pastilla que me obliga a tragar con un poco de agua en un vaso de papel. Pide algo al policía de uniforme que se sienta ante una mesa junto a la puerta de entrada y me entrega dos impresos de denuncia y dos sobres abiertos que debo rellenar.

Me hace seguirla. Por una puerta de cristal esmerilado y hojas de vaivén, entro en un estrecho pasillo. Una puerta de color verde medio borrado a la izquierda del corredor me lleva a un despacho pequeño y caldeado que huele a humedad. La enfermera me hace sentar y me deja allí.

Apoyo la cabeza en los brazos sobre la superficie de la mesa y empiezo a llorar. Heidi está sola por ahí. Solo tiene trece años, nunca ha ido a ninguna parte sin mí. Si pudiera conseguir que volviese matándome, lo haría. Ahora. Aquí. Lo merezco. Pero no puedo morir.

Un hombre que aparece por la puerta por donde hace un momento he entrado yo me observa en silencio. Es un hombre de estatura corriente, maduro, bien vestido y de rostro enjuto, con el arco ciliar tan pronunciado que los ojos apenas se le ven.

Me aproximo a él y le digo:

—¿Dónde está mi hija?

Él me estrecha la mano.

—Aún no la hemos encontrado —dice el inspector—. Pero lo haremos, no se preocupe. —Echa un vistazo a su alrededor—. Creo que aquí estará bien. Más tarde la llevaré a su casa.

Me aparto violentamente de él, me dirijo hacia la mesa y digo mirando hacia atrás:

—No pienso irme de aquí hasta que vuelva mi hija.

Me siento en la silla. El policía, serio, calla. Luego se aproxima a mí.

—Deme eso —dice, extendiendo la mano hacia los impresos.

Le miro esperanzada.

—No los he rellenado aún.

—Yo lo haré —dice él. Ante mi desconcierto, añade—: No me mire así. Lo sé todo de usted.

Me vuelvo sobre la silla para ver cómo el policía se dirige a la puerta y la

abre. Desde allí, me dice:

—No se preocupe, aparecerá.

Permanezco contemplando la puerta hasta mucho después de que se haya cerrado del todo.

Escucho las explosiones al otro lado del centro comercial. Retumban los cristales de la casa, cae la pintura del techo sobre el edredón. Nadie puede entrar o salir de la ciudad.

No me muevo. El sol entra por la ventana formando sobre la alfombra un cuadrilátero de luz. Abro los cajones de Heidi. Registro sus cuadernos. Saco ropa de su armario, me la pongo, vago por la casa con ella puesta, vestida de Heidi, capas y capas de ropa que cuelgan de mí como sudarios.

Busco la botella de Ber y bebo hasta que anochece. El contenido de mi estómago se revela ascendiendo otra vez a mi garganta. Vomito. Mientras caliente en la cocina un poco de sopa para mamá, vuelvo a vomitar.

Suena el timbre de la puerta. Me arrastro hasta ella. Es Petra. Tiene el pelo amarillo completamente pegado a la cabeza. Tiene ojeras. Y ese rictus de las mujeres de su tierra.

Me mira como si se hallara ante una aparición.

—¿Qué ha ocurrido? —dice—. ¿Estás borracha?

—¿Qué haces aquí? —le pregunto—. ¿Qué quieres?

Su rostro se endurece. Dice:

—Nos vamos.

Aguarda que yo diga algo.

—Hay un campo de refugiados en Rostov —dice—. Todo el mundo se marcha allí.

—Muy bien —contesto yo—. Buen viaje.

Empujo la puerta, pero ella la sujeta y me hace retroceder.

—Estúpida —dice—. Ven con nosotros.

Le pregunto:

—¿Va también Paul?

—No —dice ella con desdén—. Se ha marchado a Yanév. Le necesitaban en el hospital. Venga, vámonos. Rostislav espera.

Sonrío a la que fue mi hermana, según parece, alguna vez.

—No puedo —le digo, echando un vistazo hacia la habitación de mamá—.

Ya lo sabes.

Una mueca desdibuja la boca de Petra.

—Te mereces todo lo que te pase —dice con odio.

Da media vuelta y se va.

Vuelve a oírse una explosión. Con cada explosión vibra el suelo. Atravieso erráticamente la casa, entro en el cuarto de mamá.

Mi madre duerme. La beso.

Me pongo el abrigo y salgo de allí. Corro al refugio más cercano.

Las diez. Hace una hora que el toque de queda empezó. Mogdovoi y Zhrinovski están esperándome en el sitio habitual. Zhrinovski está de frente al vehículo aparcado a la entrada del callejón, junto al cine ahora cerrado y con el cierre metálico echado, mientras echa un vistazo a su teléfono. Mogdovoi, con el cuerpo apoyado en el morro del camión y los pies cruzados delante de él, se yergue y da un codazo a su amigo mientras se aproxima a mí. Paso de largo junto a él y sigo a Zhrinovski hasta el interior del camión.

—Has tardado mucho, señora —dice—. ¿Qué ha pasado?

Sonrío yo también.

—Que he venido andando.

—¿Desde tu casa?

—Ya no hay servicio de autobús.

—Estás loca. Si hubieran sonado las alarmas podrías haber muerto.

Miro al fondo de sus ojos, y digo, con todo el valor del que soy capaz:

—No tengo el dinero.

Su rostro se endurece. Me mira sin expresión.

—¿Qué?

—Me robaron la mercancía esa noche —digo.

—¿Y lo que habías vendido ya?

—Lo gasté. No tengo nada.

Cuando comprende al fin que no bromeo, Mogdovoi entra en el camión. Advierte que algo pasa y pregunta:

—¿Qué suceder ahora, puta?

Zhrinovski vuelve la cara hacia él.

—No tiene el dinero.

La boca de Mogdovoi se contrae. Va a decir algo y mira a su compañero, que aún me está mirando a mí.

—Cállate —dice Zhrinovski—. ¿Qué piensas hacer? —me pregunta a mí.

Le miro con decisión.

—Voy a ir a Panóv a buscar a mi hija —digo—. Y tú me vas a llevar.

Los dos hombres se miran a la vez. Zhrinovski dice:

—Si estaba en Panóv, tu hija ha muerto ya.

—Mentira —le digo.

—Mátala —dice Mogdovoi.

Me vuelvo.

—Tú no vienes.

Mogdovoi abre la puerta e intenta arrastrarme fuera del camión. De una patada me desembarazo de él. Saco el arma y disparo. Su cuerpo cae de espaldas fuera del camión.

Me vuelvo y encañono a Zhrinovski.

—Arranca —le digo.

IX

Mientras conduce, Zhrinovski mira el arma.

Dice:

—Aparta eso de mí. Se podría disparar. No eres una experta tiradora.

Dejo el arma donde está.

—Sigue conduciendo —digo.

Zhrinovski me observa con rencor.

Atravesamos la ciudad. Nos movemos con lentitud entre fachadas agujereadas y contenedores volcados. Está anocheciendo. Hay soldados patrullando las calles. Cuando nuestro vehículo pasa cerca de ellos, levantan el arma y luego la vuelven a bajar, tranquilizados por el camión militar que Zhrinovski conduce decidido, pero sin llamar la atención.

Nos dirigimos por el norte hacia la autopista. En el cinturón industrial, vacío a esta hora, aún se ven llamas. Dos o tres naves continúan ardiendo, sale humo del suelo, el olor a goma quemada nos hace cerrar los ojos y toser. Por todas partes, el fuego ha dejado lengüetazos de hollín.

Las farolas de la autopista se terminan. Empieza la oscuridad. Zhrinovski arruga los párpados y se frota el puente de la nariz.

—¿Qué te pasa? —le digo.

—Nada.

—No intentes engañarme. —Lo encañono—. No puedes estar cansado aún.

—No estoy cansado —dice él—. Esta mañana han bombardeado Pavel, cerca de tu fábrica. Tengo una herida en el hombro.

No le creo. Le digo, mirando la carretera delante de mí:

—Sigue conduciendo.

Él vuelve un poco la cabeza.

—Eres una mujer muy dura. No creía que fueras así.

Mira la carretera y después me mira a mí.

—Has matado a Mogdovoi.

No contesto.

El camión vibra tanto que parece que se va a desarmar. Me duele el estómago. Me duelen los dedos de sujetar la pistola. Siento que de un momento a otro se me va a caer. O a disparar.

—¿Dónde está tu hija? —me pregunta Zhrinovski.

—Cállate.

Vuelve a mirar al frente mientras exhala ruidosamente el aire por la nariz.

—Quiero ayudarte —dice—. Puedes dejar de apuntarme.

Levanto el arma y se la coloco en la sien. Él me mira sorprendido. Sacude la cabeza.

—Estás loca.

Digo:

—Estoy loca, sí.

—¿Por qué está en Panóv? Tu hija. ¿Qué hace allí?

Aparto el arma de su sien. Apuntándolo aún, miro a través del cristal.

—Es estudiante. Fueron a hacer un trabajo para la universidad.

—¿Qué estudia?

—Qué te importa.

Zhrinovski hace una mueca. Sus labios se pliegan en forma de U.

—Yo aún no he terminado de estudiar.

Lo miro.

—¿Qué estudiabas?

Su gesto se vuelve mordaz.

—Qué te importa —contesta.

Media hora más tarde hemos recorrido cuarenta kilómetros nada más.

Me revuelvo incómoda en el asiento.

—Ve más deprisa —le ordeno.

Zhrinovski me mira, contesta con tranquilidad:

—Este camión estuvo en Afganistán. —Da un golpecito en el salpicadero—. Tiene más de treinta años. Es sorprendente que aún se tenga en pie.

—Me da igual. Ve más deprisa.

—Prueba tú —dice, pisando el freno.

Rápidamente, el camión empieza a perder velocidad. Vuelvo a apuntarle a la cabeza.

—Acelera, no seas payaso.

Zhrinovski obedece.

Dice:

—Trabajo social.

Le miro sin comprender.

—Estudiaba trabajo social —dice él—. Me faltaba un año para terminar.

No contesto.

Dice él:

—Ocurrió lo vuestro y me alisté.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Estudio su perfil y miro por la ventanilla al exterior. Pasamos por un puente. Abajo, un campo de maíz. Largas hileras de plantas idénticas iluminadas por la luz de la luna. Han talado los árboles del terreno circundante. Para minarlo, seguramente.

—No esperes encontrar gran cosa en Panóv —dice Zhrinovski.

—¿Qué quieres decir?

—Solo eso.

—¿Qué habéis hecho en Panóv?

Me vuelvo y lo escruto desde la oscuridad.

Mirando la carretera, contesta:

—No nos tienes mucha simpatía. ¿Por qué?

—Y qué más da por qué.

—Yo no soy responsable de nada. A mí solo me dicen lo que tengo que hacer.

—Y tú lo haces.

—Y yo lo hago, sí —dice él.

No puedo reprimir una mueca de asco al dirigirme a él.

—Me das pena.

—¿Crees que tu hija es mejor? —dice él.

Enderezo la espalda.

—Cállate.

—Te diré lo que piensa tu hija. Piensa en la manera de deshacerse de ti.

Levanto el arma por encima de su cabeza y la descargo sobre él. Zhrinovski da un volantazo, el camión se bandea. Cojo el volante mientras él se lleva la mano a la frente. Está sangrando.

—Mogdovoi tenía razón —dice—. Tenía que haberte matado.

—Conduce —digo, apuntándolo otra vez.

Llegamos a Panóv a las seis. Está empezando a amanecer. Pasamos por el cementerio a la entrada de la ciudad, largas filas de lápidas caídas, túmulos funerarios rotos, no se sabe si por el simple paso del tiempo o a causa del mortero.

Hay un parque a la derecha, me acuerdo de él. Está todo destrozado. Los nuestros han retirado bancos y columpios para tener el tiro libre. Hay socavones por todas partes y, esparcidos dentro de ellos, trapos, alambre, botellas, latas vacías y munición.

No puedo apartar los ojos de él.

—¿Qué habéis hecho aquí? —digo a Zhrinovski.

Zhrinovski me mira.

—Nosotros no hemos puesto los pies en Panóv.

Seguimos avanzando. Las calles densamente pobladas hace cuatro años están ahora vacías. Es temprano. Zhrinovski conduce muy despacio, como si tuviera miedo de despertar a la población.

—Vamos a la comisaría —le digo.

—¿Dónde está? —pregunta él.

Señalo la calle vacía por delante del camión.

Aquí y allá, entre los edificios, un coche calcinado, farolas caídas, una viga retorcida con los extremos de hierro desmelenados. Delante de las tiendas hay colchones y asientos reventados, ruedas de coche y de autobús.

Llegamos a una plaza, también la reconozco. Hace cuatro años busqué a Heidi allí, pregunté a los transeúntes, entré en los comercios donde solo quedaban hombres, las mujeres y los niños se habían marchado ya. Los árboles

que bordean la plaza están cubiertos de polvo blanco. Ahora que me fijo, el aire está lleno de polvo en suspensión.

—¿Ves todo esto? —dice Zhrinovski—. Han sido los tuyos.

Cinco minutos después estamos ante la comisaría de Panóv. Parece completamente deshabitada. El sol empieza a reflejarse en los cristales de las ventanas del piso superior. Levanto la vista esperanzada pero, cuando miro, nada parece moverse dentro.

Obligo a Zhrinovski a detenerse, bajamos del camión. Hace tanto frío fuera que me cuesta respirar. Apunto a Zhrinovski con el arma y lo obligo a caminar delante de mí.

La puerta de la comisaría está atrancada con tablones. Al buscar una entrada lateral, topamos con un perro que nos gruñe y que sale huyendo en cuanto nos acercamos. Por fin encontramos la puerta lateral, entramos en el recinto. Por todas partes cristales rotos, mesas volcadas, sillas caídas y cables y papeles por el suelo, trozos de estucado del techo y monitores despanzurrados de ordenador. Pasa un rato hasta que nos hallamos en la única sala habitable del edificio, en la que hay una mesa y un teléfono y varias ventanas con los cristales intactos. Me siento. Con un movimiento del arma, le indico a Zhrinovski que se siente también.

Lo encañono cuando lo tengo frente a mí.

—Dime qué ha pasado aquí.

Se quita la mano de la cabeza. La mira con una mueca de horror. La sangre se ha secado y se le pega a la piel.

—Supongo que una limpieza.

—¿Una limpieza?

—Habrán matado a unos cuantos y se habrán llevado a los demás.

—¿Adónde?

Me mira con indiferencia.

—No lo sé. —Se encoge de hombros.

Acerco el arma a su sien.

—Dispara si quieres —dice él. Hay un círculo rojo en su guerrera, a la altura del hombro—. No lo sé. Supongo que a un campo de concentración.

Me pongo en pie.

—Vámonos.

Zhrinovski permanece donde está.

—Estoy cansado. Vamos a quedarnos aquí un rato más, por favor.

Recostado contra el respaldo de la silla, cierra los ojos. Hay manchas amarillentas sobre cada uno de sus párpados. El círculo morado se ensancha sobre su guerrera.

—Levántate —ordeno desde la puerta.

Cuando me mira, lo hace con odio.

Desandamos nuestros pasos. Junto a la escalera de madera del edificio de al lado, en la pendiente del jardín, yace algo. Es un hombre. Está tendido en la hierba boca arriba, con las rodillas dobladas y hacia fuera. Está muerto o no podría permanecer en esa posición. Nos quedamos los dos mirándolo. Luego, agarrando el arma con la otra mano, tiro de Zhrinovski y subimos al camión.

Un par de kilómetros más tarde, mientras atravesamos un puente, el camión se detiene. Apunto a Zhrinovski a la cabeza.

—¿Qué haces?

—No hay gasolina —dice, deteniéndose en el arcén.

Miro hacia abajo a través del cristal. Hay un río negro caudaloso, se oye la corriente discurriendo, zumbando como un cable de alta tensión.

De un manotazo, Zhrinovski me arrebató el arma. Me apunta con ella al estómago, mientras me obliga a descender del camión. Me conduce a la parte de atrás.

—Sube —dice.

Subo al remolque. Él sube detrás de mí.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto.

—¿Tú qué crees? —dice él.

Un funcionario viene a verme con la última carta que le escribí a mi madre.
Me dice:

—No puedes decirle estas cosas a tu madre.

—¿Por qué?

—Tu madre no está bien.

—Ya lo sé. Sé que ha sufrido mucho por lo que me pasó.

—No debes seguir mencionándole a tu padre. No debes seguir mortificándola con eso.

—Mi madre odiaba a mi padre.

—No lo odiaba, sencillamente no está bien. Ya estaba desequilibrada antes de que todo ocurriera. Pero eso lo precipitó.

Miro al funcionario con una mueca reticente.

—Usted no sabe nada.

—Si quieres ayudarla, no le vuelvas a hablar de él.

—Es ella quien me habla. Yo ya habría olvidado a mi padre de no ser por ella. Hace tiempo que lo olvidé.

El mismo funcionario viene a verme unos meses después.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Estoy bien.

No es verdad. En este tiempo he adelgazado. No tener noticias de mi madre me ha hecho perder el apetito, tampoco tengo ganas de estar con nadie. Ya no escribo cartas con asiduidad. Aun así, intento escribirle a mamá todas las

semanas. Pero de cada cinco o diez cartas que le escribo, solo me dejan enviarle dos.

—Tu madre no quiere volverte a ver —dice el funcionario.

Le miro con incredulidad.

—No es cierto.

—Debes comprenderlo —insiste él—. No está bien. Van a trasladarla a otro centro.

Cuando termina mi condena y salgo de allí, voy a ver a mamá. No me dejan hablar con ella. Intento hablar con todo el mundo pero es inútil, mamá no quiere verme a mí. Voy al oeste. Estudio. Me licencio y me pongo a trabajar. Conozco a un hombre y tengo una hija con él. Él se va. La niña y yo vivimos solas hasta que aparece Ber y viene a vivir con nosotras.

Un domingo de cada dos llamo a mamá. Le digo que la quiero. Ella hace un silencio al teléfono y me doy cuenta de que ha pasado otra vez. Algo ha salido mal.

Muere Ber. Mamá está tan enferma que tenemos que venir a vivir aquí. Empieza la guerra. Muere mamá.

El accidente del dirigible se cobró treinta y tres vidas humanas. Uno de los camareros, tras recibir la avalancha de agua procedente del fuselaje, se vio impulsado al exterior cuando la nave perdió altura y se escoró. Cayó desde tres metros al suelo, pero no murió. Pese al agua, sufrió quemaduras en el pelo y en la cara. En el pecho y en los brazos. El médico del pueblo le administró morfina, como a todos los demás.

No sintió dolor. No sintió nada hasta varios días después. Fue cuando se dio cuenta de que, a pesar de estar vivo, no sentía que estuviese vivo. Recordaba haber sentido mucha pena cuando vio al *Hindenburg* arder.

Dos de la madrugada. No hay luz. Dos veces ha sonado el aviso de cese de alarma, pero las alarmas volvían a sonar.

Las tres. El barrio dormita. Oigo carreras en la calle, botas golpeando la acera que se pierden en la oscuridad.

Me tumbo junto a mi madre. Tomo su mano áspera, la acaricio, vuelvo el cuerpo hacia ella y la abrazo. Está dura, seca, áspera. Llena de cicatrices.

Cuatro de la madrugada. Sopla el viento a través de las ventanas sin cristales. No queda nada de la botella de Ber. No queda café, ni nada de comer. De vez en cuando, el tronar seco de la artillería lejana, como si entre ellos y aquí estuvieran celebrando alguna fiesta. Fuegos artificiales, cohetes.

Cinco de la madrugada. Se ha ido la luz. En la escalera se oyen voces, taconeos de zapatos y llamadas: «*Zdes', imenno zdes'!*».

Un fuerte golpe, las paredes se tambalean. Un golpe más y la puerta salta de sus cuadernas. Una linterna me enfoca súbitamente desde la oscuridad. Me tiro al suelo y repto hacia la ventana, a cuyos pies hay aún restos de cristales. Me detectan. La claridad de la linterna ilumina mi pantalón y mi jersey. Me retrepo hacia la ventana. La linterna avanza rápidamente hacia mí. Unas manos me sujetan y me agarran por el cuello. Me arrastran por el pelo a la otra habitación.

Me violan. Cuando han terminado de hacerlo, algo me golpea la cabeza. La siento caer pesada contra el suelo. Luego, algo caliente chorreando por mi frente. Luego, sabor a hierro.

Otros hombres, o los mismos, me vuelven a violar. Cuando acaban, uno me

golpea el estómago y otro me patea el esternón.

A mi lado cae un cuerpo. No puedo moverme. Hago un esfuerzo y vuelvo la cabeza para mirar. Reconozco el rostro de Zhrinovski. Tiene la boca desmesuradamente abierta.

Oigo una voz de hombre que grita en la habitación de mi madre. Es un grito de horror. Las pisadas se precipitan hacia allí. Después, todos regresan y me patean y me escupen, mientras uno de ellos viene arrastrando su cuerpo.

—¿Qué es esto, puta? ¿Una momia?

No quiero mirar, pero ellos me obligan. Echan sobre mí el cuerpo hueco y vacío de mi madre, que ya no reconozco, y yo siento el asco sobreviniendo por mi estómago.

Después, olor a gasolina. Calor.

Después, oscuridad.

Abro los ojos, me ciega la claridad. No estoy muerta, estoy en una cama. No recuerdo por qué estoy aquí. Me llevo la mano a la cabeza, que está cubierta por una venda, e intento decir algo, hablar, quejarme. Estoy tan cansada que me vuelvo a dormir.

Despierto, veo una habitación. Muebles viejos. Papel pintado en las paredes, unas cortinas. Mis manos están cubiertas por vendas, mis dedos asoman por ellas. Tengo las uñas negras.

Alguien entra en la habitación. Me acuerdo de él, es ese hombre, el inspector.

—¿Dónde estoy? —le pregunto.

—Está en mi casa. No se preocupe, está usted a salvo.

Me mira las manos. Las coge y las vuelve a poner bajo las sábanas.

Tengo sueño. Duermo a intervalos y en una ocasión intento ponerme en pie. Me caigo. Advertido por el ruido, alguien entra en la habitación. Es ese hombre, el inspector. Me recoge y me acuesta otra vez.

—Mi madre —le digo—. Estaba en la casa.

—Tranquilícese —dice él—. En la casa no había nadie más que usted y ese chico, el soldado, ¿me oye? Nadie más.

—No, inspector, le digo que mi madre estaba allí.

—¡Míreme! No repita jamás esa frase delante de alguien que no sea yo, Razha.

El inspector se sienta a mi lado.

—Su madre murió al comienzo de la guerra, durante el primer bombardeo. Una de las bombas cayó en el hospital psiquiátrico donde ella estaba interna.

Me despierto gritando. He soñado con mi hija. De repente lo recuerdo todo, la carretera, los soldados, Panóv. Siento una gran angustia, un deseo insoportable de estar muerta. Grito hacia la puerta. Aparece el inspector.

—¿Dónde está mi hija?

—Tiene que descansar —dice él.

—¿Dónde está mi hija? Dígamelo.

—¿No se acuerda?

—¿De qué me tengo que acordar?

—Vamos, duérmase.

—No. Dígame dónde está.

—Su hija desapareció. Hace cuatro años.

Me pongo a gritar. No puedo parar de gritar. Unos brazos. Un pinchazo. De nuevo la paz y la oscuridad. Cuando despierto, ese hombre, el inspector, está tendido a mi lado. Me giro en la cama y lo abrazo.

Estoy sentada en un banco de la comisaría. Espero a Heidi. Llevo prácticamente veinticuatro horas aquí.

Desde la ventana, veo el exterior. Veo las calles vacías de la ciudad de Panónv, una ciudad en donde nunca había estado. Veo las luces de la autopista al norte, bordeando las montañas, más elevadas que el resto de la ciudad. Los coches avanzan muy despacio, entre los túneles y las curvas, todos en la misma dirección, desde aquí parece que estuvieran parados. La larga fila de los que abandonan el país a pie también sigue ahí. La gente camina muy despacio, entre los coches, en ocasiones adelantándolos, acarreando niños, ancianos, bultos, maletas con ruedas, empujando carritos de supermercado, bicicletas, pequeños trasportines con sus pertenencias, formando atascos que dificultan el tráfico en dirección a la frontera del país. Heidi está ahí, en algún lugar.

Una mujer policía viene a verme a las diez. Me trae algo de comer, un sándwich. No lo quiero. Le pregunto si puedo ir con ellos, con los soldados que están buscando a mi hija. Me dice que no, que no es posible, que no hay nadie buscando a mi hija en ese momento.

—Enseguida vendrá alguien a hablar con usted.

Espero.

Viene un agente uniformado que me trae algo de beber. Le digo que no quiero. Le pregunto por mi hija. Me dice que enseguida vendrá alguien a hablar conmigo y me dirá lo que hay que hacer.

Medianoche. No hay corriente. En la viga que está encima de mí humea una

lamparilla de gas. Pronto empieza a oírse el rumor lejano de la artillería. Miro por la ventana a través del cristal, que tiembla con cada explosión, veo a gente correr sin ton ni son por la carretera. Veo los coches pararse en el arcén.

Bombas. Los muros se tambalean. Mis dedos tiemblan aferrándose al marco de una puerta. Varios agentes uniformados, la mujer policía de antes incluida, atraviesan en desbandada el hall. La intercepto, agarrándola por el hombro. Le digo que quiero salir.

—Tal vez alguien haya recogido a mi hija —le digo—. Quizás ahora mismo me estén buscando. Yo debería estar ahí fuera, con los soldados, para que mi hija me pudiera reconocer.

La agente me mira con incredulidad.

—Están bombardeando a seis kilómetros de aquí.

Se va.

Las cuatro de la madrugada, la comisaría dormita. Las bombas han dejado de caer. La agente vuelve a pasar a mi lado. Me levanto. Le grito que quiero que encuentren a mi hija o que me dejen hacer algo. Me mira con consternación, está acostumbrada a tratar con gente histérica.

—Hay muertos ahí fuera —dice—. Su hija no es ahora nuestra prioridad.

—¿No van a seguir buscando? —le pregunto—. ¿Es que no se dan cuenta? Si se llevan a mi hija fuera del país nunca la encontraré.

—Tranquilícese —dice ella.

Se aleja de mí con incomodidad. Vuelve al poco rato el inspector. Trae mi abrigo.

Le digo:

—No pienso irme de aquí sin mi hija.

Entre él y otros dos agentes me meten en un coche celular. Recorremos en sentido contrario el camino que durante el día hice con Heidi a pie. A lo lejos, en dirección a la ciudad, un resplandor anaranjado ilumina el cielo. Cuando llegamos, las primeras bombas empiezan a caer. El policía que conduce detiene el coche, baja la ventanilla, se pone a otear el horizonte.

—Es en el aeropuerto —dice.

Abro mi puerta y salgo corriendo en dirección al bosque. El policía no intenta seguirme.

X

El viento silba a través de las ventanas tapadas con cartón. Hace aletear los jirones, los golpea contra el marco. Parece un mensaje cifrado escrito hace un millón de años. Me envuelvo en una toalla y recojo del suelo un pedazo de libro sin quemar. Lo deposito en la mesa.

El inspector me acaricia la espalda. Se vuelve hacia mí. Ha venido directamente a mi casa desde Panónv.

—¿Por qué sigue viniendo aquí? —me pregunta—. Esta casa está a punto de venirse abajo, no es segura.

—Es mi casa.

—No lo es. Usted no pertenece a este lugar. Debería volver a su casa, a la capital.

—Esta es mi casa. Allí no tengo a nadie.

—Aquí tampoco.

Me aparto de él. Contemplo la ruina en que ha quedado convertido este lugar.

—Se equivoca.

El inspector se acerca a mí.

—No es ella —le digo—. No es Heidi.

—Sí lo es —dice tristemente él—. Aún había restos entre los pilotes del puente. Los otros cuerpos han sido identificados también. Hubo muchas muertes durante aquel primer día de éxodo masivo.

Oigo esa monstruosidad mientras mi cuerpo se rompe. El corazón. Los

intestinos. Los huesos. Pronto no quedará nada dentro de mí. A partir de ahora no seré nada ni estaré hecha de otra cosa que nada.

Cuando el inspector se va, me tumbo en el jergón retorcido de mamá, cubierta toscamente con su manta. De fuera me llegan sonidos brumosos. Se oye el fuego antiaéreo en los suburbios. Más allá, en el aeropuerto, el martilleo de un cañón.

Suena mi celular. Es un mensaje de Louis. No hay nada escrito en él. Ahora ya puedo pensar en su significado, puedo precisarlo. Muerte. Lo pronuncio para acostumbrarme a su sonido.

En algún lugar, alguien tocando el acordeón se detiene.

La última sirena dejó de sonar hace rato. No hay luz. Oigo ruido en la calle, alguien vocifera. No me muevo. No me asomo a mirar. Me aferro al arma y vuelvo a acercarla a mi cabeza.

De repente, la madera de la puerta cruje tras de mí. Me vuelvo. Hay un hombre con el rostro cubierto parado en el umbral. Atraviesa el cuarto y viene hacia mí. Me levanto lentamente y voy a la habitación de Heidi, donde no hay nada sino su viejo somier. Me tumbo en él.

Hoy no hay golpes. No se oye nada salvo su respiración. Luego el sonido de mis bragas al desgarrarse.

Cinco minutos después le oigo respirar de forma irregular. A través del pasamontañas veo sus ojos. Las comisuras de la boca. Levanto su cuerpo y lo aparto de mí. Voy al comedor. Cojo el arma y regreso con ella a la habitación. Apoyo el arma en su nuca y disparo.

En la calle empieza a amanecer.

Tiro del pasamontañas. Paul tiene la boca entreabierta. Un hilo de sangre cae por ella. Le acaricio la cabeza.

Me asomo a la ventana. El cielo está azul. No hay ningún globo suspendido de él. Nada que haga presagiar que hay salvación. Al norte, sobre los edificios, donde no ha amanecido aún, una gasa de mosquitos sobrevuela la oscuridad. No confío en verlo nunca más, a pesar de que la vida se prolonga como una excrecencia purulenta y porfiada. En contra de todo lo humano.

Regreso al jergón y cojo el arma. Tiemblo. Voy a buscar un trapo a la cocina y me seco las manos con él. Cuando empuño el arma de nuevo me castañetean los dientes. En la cocina se está bien, permanezco allí hasta que entro en calor.

Entonces, antes de iniciar el movimiento, oigo su voz detrás de mí. Es una voz distinta. Pero a la vez es su voz:

—Mamá.

Hindenburg
Cristina Cerrada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Teresa Cucala

© Cristina Cerrada, 2019
Publicada de acuerdo con la Agencia Literaria Dos Passos

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-322-3525-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



